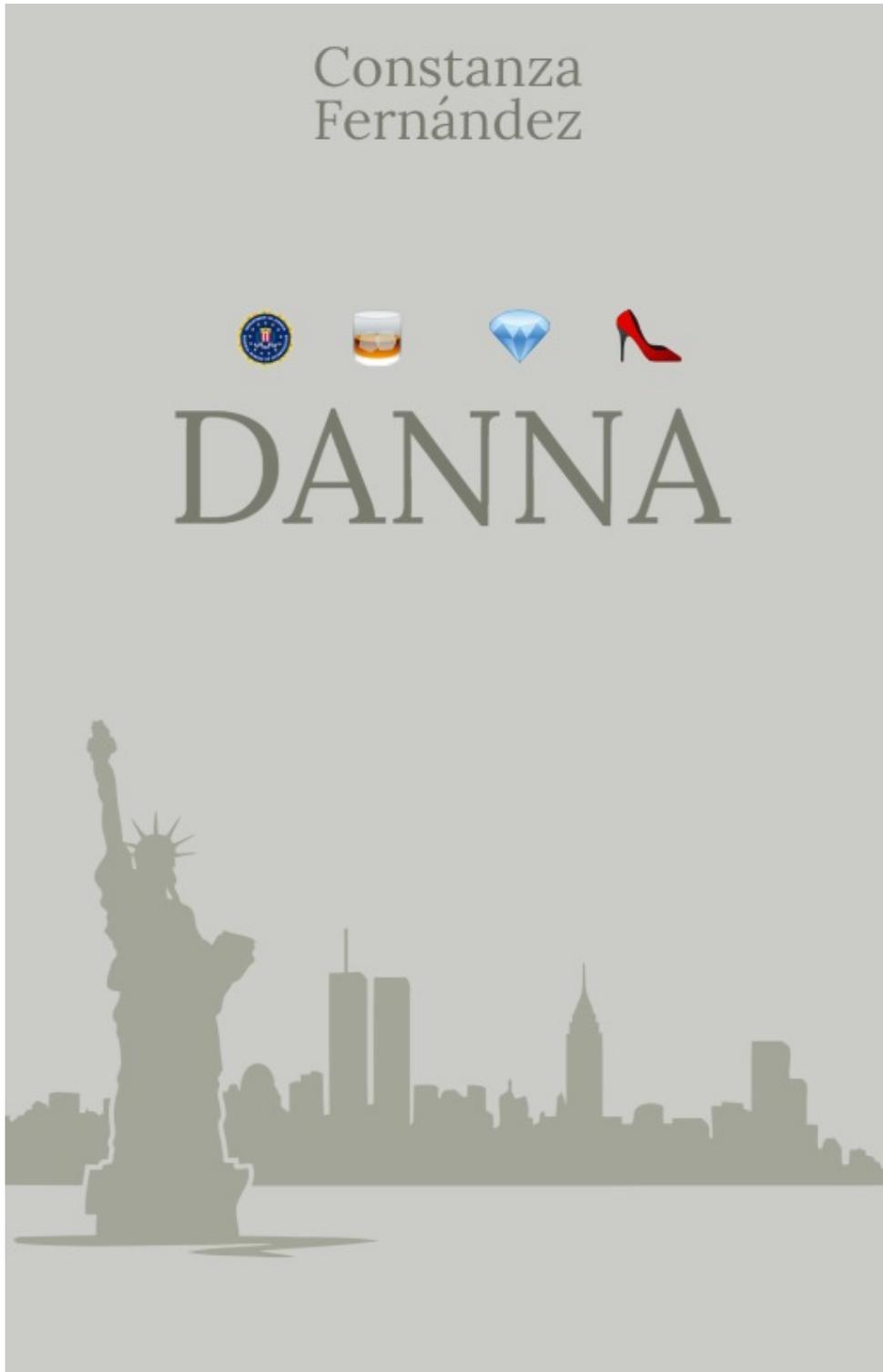


Danna (Parte I) REESCRIBIENDO

Constanza Fernández



Capítulo 1

—¿Qué es lo que ves?

Sonrió al escuchar a su madre. Solía hacerle las mismas preguntas todas las tardes y desde hace tanto tiempo que no sabía calcularlo con exactitud. ¿Qué niño necesitaba tener esos conceptos en cuenta, en todo caso?

Le costaba diferenciar las formas entre las nubes. Eran demasiado complejas, y no por su edad, porque ese no era el problema; cinco años y unos cuantos meses, o eso es lo que decía el parte médico cada vez que iban al chequeo mensual. Era que siempre estaba buscando ir más allá. Podía ver una esponjosa silueta de un helado, pero deseaba hallar algo novedoso. Distinto. Quería sobresalir, echar la imaginación a volar y no tener límites. Danielle le repetía lo mismo una y otra vez. Y más que mal, era esa mujer la responsable de su crianza. Porque su padre por otro lado...

—¿Danna? ¿Me estás escuchando? —giró la vista en su dirección.

Asintió de inmediato. Calló por un segundo y después, apuntó con el índice pequeño y delicado, hacia el cielo. Una tez blanca casi parecida a la leche, se tiñó de los rayos del sol, donde aprovechó de taparse los innegables e intensos ojos azules, herencia de su madre, contra estos.

—Creo que es un hipopótamo. —frunció el ceño.

Danielle ya estaba de medio lado, presionando las suaves arrugas entre sus cejas. Con dos sencillos dedos obtuvo lo que quería: evitar que quedaran marcas.

—Eres tan parecida a tu padre... —dijo con cierto pesar.

¿Acaso eso era algo malo? El comentario no hizo más que atenuar las facciones ya lo suficientemente expresivas de la pequeña. Mamá siempre hacía ese tipo de oraciones donde su padre estaba como última frase. O en el medio. Pero pocas veces ahí, con ellas.

—¿Eso es una estrella de mar? Sí, lo es. —Danna respondió en contra de sus deseos por preguntar más, de saber y sanar su hambrienta curiosidad.

En vez de seguir con el tema principal, su madre abrió los ojos más de la cuenta. Tendidas sobre el pasto del amplio patio trasero de la casa donde vivían, todo parecía más relajado, perfecto. Y ella, más hermosa que nunca. Esperaba ser tan parecida, tener la misma sonrisa y carisma que

hacía que todos estuvieran enamorados y deseando tenerla cerca.

Danna cerró los ojos y suspiró. No sabía si era por estar viendo el mundo seguir su rumbo mientras ellas tomaban un descanso antes de las clases de su madre o por el hecho de pensar continuamente en su padre. En cuándo vendría, específicamente. Lo extrañaba. No se atrevía a decirlo porque eso hacía a Danielle sentirse triste. Desesperada. ¿Cómo lo sabía? No tenía claridad, pero solo lo sentía. Lo veía en sus ojos.

—¿Qué es lo que quieres llevar de colación al estudio?

Su interrupción la hizo cavilar sobre contarle a su madre de la nube con forma de gusano que pasó con tanta parsimonia que de haber sido tan alta como el cielo, la habría tomado con las manos para dársela a su madre. En vez de eso, relamió sus labios y volvió a envolverse en el silencio nada incómodo que crecía entre ambas cuando decidía qué decir. Con paciencia, como le había sido enseñado por una de las mujeres más conocedoras de dicho significado.

Su madre, la maravillosa Danielle Selene, era una mujer dada hacia las artes. El baile era una de sus grandes pasiones, tanto así que consiguió tener su propio estudio de danza. Tenía alumnas de varias edades, todo para pasar más tiempo con ella. Era reconocida por su talento, su habilidad de expresar emociones por medio de la música, pero al quedar embarazada tuvo que optar por otras alternativas para conseguir ser profesional y madre al mismo tiempo.

—Juguito de naranja, galletas de chocolate y uno de esos exquisitos rollos de canela.

La sonrisa llena de ingenuidad y felicidad era capaz de hacerla conseguir cualquier cosa. No en un ámbito manipulador, sino que todo lo contrario. Era sincera. Más de lo esperado.

—¿No crees que es mucha azúcar para ese cuerpo tan pequeño que tienes?

Sin esperar una respuesta, Danielle se volcó de inmediato hacia ella. Las cosquillas no tardaron en aparecer y las risas también.

—¡Por favor, por favor! ¡No aguanto! —gritó en júbilo.

No le importaban los vecinos. Ellos sabían la manera en que solían entretenerse. Al cabo de unos segundos los dedos dejaron de estar en su vientre. Apenas podía contener la respiración acelerada y las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Iré a preparar las cosas. —la mayor se puso de pie—. Lávate los dientes y el rostro. Te espero para irnos.

—Está bien.

—Cinco minutos, Danna Costello. No más. —la apuntó con el acusador índice.

Por eso lo imitaba. Su madre era una profesional a la hora de usarlo. Incluso con su padre.

Se quedó sola por tanto tiempo que no se dio cuenta de cuánto había pasado, salvo cuando sus brazos estaban medio entumecidos por el frío. Centrándose en el cielo azul, precioso y extenso, se dejó tragar por esa misma inmensidad. Pensó en muchas cosas. Desde si había alguien mirándola desde ahí o si de pronto un extraterrestre estacionaría su nave para llevársela. Porque sí, una vez sin querer vio uno de sus programas y no pudo dormir una noche completa. Su madre la regañó, claro está. Nunca más quiso saber del tema.

Se colocó de pie. Un suave mareo la retrasó de sus planes de buscar a su madre. Se quitó el posible césped en la ropa y cabellos claros, para después cruzar el trayecto entre el verde oscuro y brillante hasta el cemento de la terraza. La puerta estaba abierta así que solo tuvo que tirar de la manilla y entrar. No tenía idea de lo que terminaría encontrando tan solo de estar en el interior.

Era su casa, por supuesto. La diferencia es que el frío de afuera no era nada comparado con lo que ahora sentía. Diminuta, apenas podía ver por sobre la encimera, pero no parecía que su madre estuviese ahí preparando las cosas como dijo. Por instinto, cerró tras ella. La hacía sentir más segura, por tonto que fuera. Sabía que nadie estaba en el patio. Avanzó, dando cortos pero constantes pasos hasta que dos cuerpos captaron su atención. Volvió a juntar las cejas, confundida. No podía distinguir quién era, pero en el fondo, en la ignorancia de su poca edad, supo que no podía resultar ser algo bueno.

Acercándose un poco más, vio que una de sus pesadillas se hacía realidad. Su madre, la única mujer que tenía en el mundo entero, —porque así lo veía la pequeña Danna, viéndose sin su padre y sus abuelos—, estaba acostada en el suelo de madera color oscuro. Sobresalía de la imagen porque de pronto, todo estaba muy iluminado y a su propio gusto, imposible de soportar. Sentía que era similar a encender el televisor en medio de la noche. Así de enceguecida estaba.

Dos pasos más. Solo dos. Tal como esperaba, sus cálculos fueron casi exactos. Le faltó uno solo para llegar. Tragó saliva y contuvo un grito en la

garganta.

—Así es como tenía que ser.

Fue lo único que la sombra dijo antes de desaparecer por completo. No por la puerta, ni tampoco por su lado. Se desvaneció igual que neblina en una mañana de invierno.

Algo iba mal.

Bajó la vista hasta su madre. Los ojos estaban abiertos, casi fuera de sus cuencas, la expresión perdida, adolorida. Sus manos estaban encrespadas; se estaba aferrando a algo antes de morir. O alguien. Piernas inmóviles en señal de haber luchado minutos antes. Estaba fría, dura. Parecía hecha de arcilla. Sin ese rosado color en sus mejillas después de las rutinas de baile que ejecutaba en el estudio. Danna intentó moverla, pero no consiguió mucho. Puso la mano en el corazón, pero nada. Ni un solo movimiento.

Miró alrededor, desesperada. Apartó un mechón de cabello casi rubio hacia atrás, y mordió sus labios. Pensó que era una broma y que Danielle sonreiría cuando viese lo asustada que estaba, y quizás ese era el motivo por el cual en primera instancia no lloró. Juntó las piernas y se abrazó a ellas mientras esperaba volver a ver esos ojos azules y la picardía en su mirada.

Mantuvo la cabeza sobre las rodillas a la espera de una respuesta durante minutos. No tanto como para quedarse dormida pero lo suficiente para saber que esperaba un imposible. Lágrimas calientes marcaron un camino por sus regordetas mejillas, por donde después pasaron las siguientes. Lloró en silencio. No quería romper con la calma en la que Danielle estaba envuelta. Siempre la había visto dormir en su cama antes de tener que levantarse para ir a la escuela. Ahora era distinto.

Nerviosa y tambaleante, consiguió estabilizar su cuerpo y tener las fuerzas para pensar en lo siguiente que hacer. Tendría que salir e ir hasta la casa vecina, donde la amiga de su madre, Beatrisa. Esta sabría qué hacer, dónde llamar. Ahí también estaba Leonard, pero no tenía ganas de jugar. Menos de apartarse de su madre.

Corrió, corrió con todas sus fuerzas hasta la puerta. No avanzó. Era un inagotable pasillo que parecía cerca pero volvía a alargarse cuando la yema de sus dedos estaban por tocar el pomo. Intentó gritar, pero todo lo que salía de su boca era mudo.

Comenzó a removerse, todo con tal de poder despertarse. Odiaba ese tipo de pesadillas que le recordaban lo sucedido una y otra vez. No eran frecuentes, pero siempre había algo que las detonaba. Algo en el interior

de su cabeza. Inconsciente, como su terapeuta había dicho sin siquiera mirarla a los ojos. Por eso no solía dormir mucho. Con suerte cinco horas, y eso que manejaba dos trabajos a la perfección. Ahí era capaz de no pensar en el pasado, lo que ayudaba a tener una vida más o menos normal.

No dejó de convulsionar hasta que por fin los ojos se le abrieron de golpe. Le dolía la cabeza y tenía el cuerpo sudoroso, con mechones de cabello pegados a los hombros y a la nuca. La sensación de vulnerabilidad, de miedo, no la dejó hasta que tuvo que ponerse de pie para ir a la ducha. Ni siquiera consultó el reloj en la pantalla del teléfono cuando pasó por el lado.

Eran las seis y treinta. Justo como la mayoría de los días. A las ocho y cuarenta tendría que estar en el trabajo, más o menos. Eso le daba tiempo suficiente para pretender ser una persona normal, llena de vida y apasionada por su labor.

El problema principal, era que Danna Costello nunca sería normal después de la muerte de su madre.

Capítulo 2

Si había algo que no le gustaba en absoluto, eran las fiestas. Los mismos eventos para hacer sonar su apellido, una y otra vez. Ser una Costello en Estados Unidos era pasar inadvertida la mayoría de las veces, pero cuando se estaba en sociedad con otros italianos significaba estar preparada para que pusieran una corona de oro sobre su cabeza y la admiraran como a la mismísima reina de Inglaterra. Su padre no se lo pedía muy a menudo; Alessandro sabía a la perfección lo que Danna pensaba de la sociedad, esa misma que años atrás se encargó de hacerle notar que estaba del lado incorrecto. Pero Dante, su hermanastro y el del medio en el clan familiar, prefirió perderse la reunión de la alcurnia y escaparse con alguna chica, una pobre e ilusa mujer que dejándose llevar por las poéticas palabras del hombre habría hecho cualquier cosa por darle en el gusto. Y por unas cuantas visitas a lugares caros y donde jamás habría podido poner un pie sola. A la italoamericana, porque esa era la nomenclatura de sus genes, no le gustaba asistir por dos motivos: primeramente, porque lo suyo eran más las fiestas con descontrol: sexo y alcohol de por medio, de preferencia; y dos, porque sentía que encargarse de los negocios familiares no tenía nada que ver con ella. No desde hace años.

Tendría que haber aceptado encabezar el legado familiar. El negocio familiar, mejor dicho. Pero para Danna lo único importante era abandonar Nápoles lo más pronto posible y hacer una vida nueva en la Gran Manzana, esa misma que había recorrido con poca consciencia y mucho corazón años atrás, de la mano de su madre. Pero los planes dictaron otra cosa muy diferente. Además, no le correspondía a ella sentarse en el gran sillón de cuero negro de papá. Era Dante el único hombre y por tal, responsable moral de tomar las riendas de la inmobiliaria. Ella solo estaba prestando su precioso rostro para conseguir inversionistas, gente interesada en hacer negocios con la firma. Y era excelente con las palabras, lo que conseguía muchos más beneficios de los que el del medio podría obtener con unas cuantas sonrisas.

Ahí estaba entonces, proponiéndose fingir la sonrisa más hermosa y ojalá más sincera de todo el lugar. Una creíble, que hiciera juego con el escandaloso vestido rojo que dejaba muy poco a la imaginación en el área del busto, ese que se ajustaba con gusto sobre su delgada cintura y caderas. Sentía la mirada de la mayoría de la gente, sobre todo hombres, pero no era lo importante ahí. Ni después, porque pocas veces prestaba real atención a eso. Salvo cuando quería acostarse con alguien. Entonces sus gélidos ojos azules cambiaban a uno oscuro e intenso, casi tormentoso.

Le bastó una primera copa de bourbon, su bebida favorita por sobre cualquier otra, para después encaminarse con una segunda y tercera. Ya

casi no le hacía efecto el alcohol en el torrente sanguíneo, pero los excesos los reservaba para la intimidad de su hogar, en las afueras de la ciudad. Ahí estaba todo lo que necesitaba, donde medianamente la vida era más fácil.

Consiguió algunas tarjetas de empresarios, las que guardó en el bolso que estaba trayendo con ella. Lo pegó bien a su costilla derecha antes de ir por una copa de camarones. Comer era otra de sus grandes pasiones aunque jamás se llegara a pensar por la contextura delgada pero proporcionada que solía dejar a la vista de los curiosos. Conversar, un don sacado de su padre, le permitía mantener largas charlas y hacer que los que la oían no pensarán en otra cosa que no fuese en ella.

Parecía que lo disfrutaba, el tener atención. Caso contrario, porque cada que alguien se interesaba en lo que fuera que dijese, por mínimo, sentía que se estaba desnudando en demasía. Y no era algo que la italoamericana soliese hacer.

Habiendo pasado varias horas en el lugar, acompañada de personas que desconocía por completo, y de haber bebido más de lo que se permitía cuando estaba conduciendo, Danna empezó a despedirse con la esperanza de poder arrancarse sin que intentaran persuadirla de conseguir un taxi o de que algún interesado en pasar una noche de pasión quisiera proponerle llevarla. Claro que lo consiguió. No quería cortejos innecesarios.

Casi a la una de la mañana, en pleno trayecto por la carretera, recibió un llamado inesperado. Lo supo por los números en la pantalla tanto del teléfono como por la del deportivo que solía conducir. Un ferrari rosso fiorano, de sus mejores compras y el que más le había gustado manejar. Los pies le dolían, pero aun así seguía manteniendo su dignidad intacta: llevaba los tacones puestos. Y no se los sacaría hasta llegar.

Al quinto llamado atendió. No quería perderse el grito final de Axl Rose en el coro. Ni siquiera pudo terminar la canción, en todo caso.

—Agente Costello al habla.

Se aclaró la garganta antes. El bureau solía sorprenderla con esas llamadas a última hora y a ella no le quedaba más que aceptarlas. Era su trabajo, por lo que había luchado tanto y que ahora veía cada mañana al despertar. Jamás un hombre. No solía pasar la noche con nadie, salvo uno solo. Leonard.

—Necesitamos refuerzos en el área del túnel libertad. ¿Necesita la dirección? —silencio de segundos—. Su GPS nos indica que está más cerca que otros agentes.

Un cansado suspiró dio paso a su tedio. Quería irse a casa. Mucho. Nunca había necesitado tanto la soledad escalofriante de ese lugar. Y encima estaba con unas cuantas copas encima, lo que a simple vista era motivo para tacharla como incompetente en la misión.

Pero la mujer que seguramente estaría usando una coleta baja y un micrófono con audífonos incorporados, no lo sabía. O no se había dado cuenta de ese pequeño gran detalle. Danna tampoco se lo haría saber, pues amaba la adrenalina.

No necesitaba la dirección, así que negó con la cabeza. Después, recordando que esta no podía verla, verbalizó los hechos. Mantuvo ambas manos presionadas sobre el volante. Aceleró con el pie al máximo contra el suelo.

—¿Qué es lo que pasó para que haya tanta necesidad por trabajar a esta hora?

Miró el reloj. Pocos casos requerían ese tipo de prioridad.

—Uno de los sospechosos de asesinato por encargo, publicaciones en la Internet profunda ha escapado y se le ha visto ingresar al túnel.

Ya. Solo tenía que escuchar “asesinato por encargo” para comprender todo el esquema. Era uno de los más buscados por el FBI. El mismo, que además de ser un real psicópata a quien no le importaba mancharse las manos a cambio de dinero, hacía cuentas bancarias, con propósitos de lavado u otros, para estafar a las personas. Diferentes métodos, como cambio en una letra de las páginas web de transacciones bancarias, —porque nunca nadie era tan cuidadoso de leer lo que escribía—, eran de sus más grandes hazañas. Por eso era perseguido con tanta necesidad. Nunca se dejaba ver, así que era extraño que ahora decidiera dar un paseo nocturno a sabiendas de la deuda judicial que caía sobre sus hombros.

Por un momento, una fracción de segundo, Danna redujo la velocidad de manera impresionante, tanto así que la cabeza hizo un gesto duro que repercutió en su nuca. Le dolió igual que el picante deje de una palma chocando con la otra. Dudó de si valía la pena meterse en eso.

—Agente Costello, ¿me escucha? —silencio—. La necesitamos.

—Puedo estar ahí en unos quince minutos si...me salto algunas leyes del tránsito. —respondió. Miró alrededor, pero no había movimiento de otros automóviles.

—El superior a cargo dice que haga lo que deba para llegar a tiempo. No

se puede escapar una vez más.

Cortó la llamada antes de recibir alguna otra indicación. Desde ese instante corría por su cuenta cualquier cosa que hiciera. No solía pegarse a las reglas como cualquier otro de sus compañeros haría. Suponía que había perdido el respeto a ese tipo de cosas. Lo suyo era más la improvisación en momentos desesperados, lo que se contraponía por completo con esas ansias de tener todo planificado, en orden. Saber dónde iba a dar el siguiente paso en su vida personal, pero en el área profesional mandar todo a la mierda y no perder el tiempo en cosas pequeñas. Arriesgada, cabezota y algo demente. Algunas de las características que más le atañían. Seguro que no le importaría morir, de ser el caso.

Siguió el recorrido recto, subiendo la velocidad todo lo que fue posible. En un último tramo viró a la izquierda y dobló en U, contra el tránsito. Rogaba porque nadie tuviese la idea de venir por el mismo camino o podría poner la vida de alguien en riesgo, justo lo que no deseaba. Necesitaba llegar luego a la bifurcación. Eso la hacía comerse las uñas cuando no tenía ambas manos sobre el volante, y hasta masculló palabras poco amables. Era su obligación llegar a tiempo.

A unos cuantos metros del túnel, se bajó. Con el arma en la mano derecha, —la dominante—, recorrió unos cuantos pasos para verificar que todo estuviese en orden, al menos en ese perímetro. Todavía estaba lejos, pero no desestimaba la idea de que el sospechoso, en conocimiento de ser reprendido por las autoridades, correría lo más lejos posible. Por suerte el bolso lo dejó debajo del asiento, junto a su teléfono. Lo siguiente en el plan de varios pasos, era cambiarse de ropa. No iba a correr sobre esos preciosos y caros tacones, y menos con un vestido tan increíble como el infartante que tenía puesto.

Fue hasta la parte de atrás. Su silueta bailó en los oscuros tonos del vehículo en el proceso. Deseaba que algo ahí dentro fuese de ayuda para moverse con agilidad. Recordó haber dejado un bolso negro con ropa deportiva, del último entrenamiento. Lo dejó ahí, olvidado, por lo que agradeció tener esos lapsus repentinos donde pasaba cosas por alto. Pero como llamar la atención no contaba en lo que debía hacer, Danna tuvo que hacer uso de las manos para registrar todo el interior. Le costó, porque estaba lleno de cosas; bolsas, herramientas que Leonard dejó por algún extraño motivo, y los instrumentos de seguridad en caso de quedar tirada en medio de la carretera. Ah, y el botiquín, el que pocas veces usaba.

Dio con el bendito mango y arrastró este fuera, donde pudiera ver mejor. Abrió con sigilo y revisó una a una las prendas. Lo único que le faltaba, para su mala suerte, era lo más importante de todo. Un sujetador de deporte. Golpeó el borde del automóvil con furia. No tendría más remedio

que revisar qué encontraba para suplir el sostén necesario para desenvolverse en su papel de agente.

—Tiene que haber algo... —masculló, removiendo entre espacios vacíos. Se pegó en las uñas varias veces, a lo que retrocedió tal y como si se hubiese quemado—. ...sé que había...hm....

Sonrió con júbilo. Era de esas muecas que no reflejaban genuinidad espiritual, ni un estado pasajero del ser humano; para Danna era solo la consecución de acciones que la llevaban al éxito. No una sensación placentera, de éxtasis. No sonreía porque lo sentía en el alma. Más bien terminaba siendo un reflejo.

Comenzó a desvestirse, primero desde arriba para desatar el tirante de tela roja que se cernía en su cuello. Arrastró el intenso color hasta liberar sus pechos y poder enrollar estos con una cinta de color gris. Dolería como el mismísimo infierno cuando tuviese que arrancarla, pero valdría la pena. Las calzas y las zapatillas fue lo último que se puso. Tuvo cuidado de abrocharse bien los cordones y guardar su elegante vestimenta en el maletero. Tendría que pedir que lo lavaran por la mañana. Que estuviese listo para una siguiente oportunidad. Las llaves del auto las tuvo que poner en el espacio entre sus senos.

Él último vistazo y emprendió camino hacia el comienzo del túnel, donde parte de sus compañeros debían de estar investigando. Algunos eran reales profesionales sacados de una serie de televisión, mientras que otros parecían haber perdido cualquier esperanza en sus talentos. Ella estaba en el primer grupo; siempre lista para la acción, para arremeter con todo de ser necesario. Muchos pensaban que era una manera de demostrar por qué estaba metida ahí, entre agentes, y tenían mucha razón. Tampoco es que le hubieran hecho la bienvenida al plantel muy cálida. Vivían susurrando, preguntándose cómo era posible que una Costello estuviese ahí. A veces no se trataba de su apellido, era ella como persona.

Demasiado hermosa y femenina.

Capítulo 3

Demasiado frívola e intensa.

Saludó a un grupo que más que ayudar parecía perder el tiempo en una acalorada conversación sobre cómo entrar al túnel. Uno dijo que no habían suficientes agentes para cubrir las salidas, mientras que otro puntualizó que por eso no habían llamado a los policías, que ellos podían hacer esta misión. Danna estaba con el último hombre, por supuesto.

No quiso perder más tiempo y apoyándose del arma de servicio, ingresó. Todo estaba oscuro pero hace años que ella ya no pensaba en esa sensación de terror absoluto que le provocaba estar sola en medio de la noche. Si era el caso, resultó que consiguió camuflar sus emociones una vez más. Solía ser de la misma manera una y otra vez, nunca permitiendo que algo la apartase de su meta.

Junto a la espesa neblina abastecida por las anchas paredes de concreto también estaba el asunto del hedor. La mezcla de putrefacción se unía de la mano con los desechos humanos en una danza que tenía a la agente mareada y casi a punto de vomitar. Tuvo que taparse la nariz durante un buen rato mientras se dejó engullir por la oscuridad a cada paso dado. Solo quería acostumbrarse puesto que sin una mano, era imposible salir con vida de ahí. Con todos los sentidos más que desarrollados, procedió a dar pasos cada vez más lejos del ahora distante arco, en el que apenas se percibía la diferencia entre adentro y afuera. No se sentía preocupada. Era ansiedad lo que recorría su cuerpo.

Si rompió una hoja, esta amplificó su pequeña bomba molecular en un eco que no deseaba sacar a la luz. Debía ser cuidadosa, casi levitar por el suelo y hallar la manera de ser más inteligente que la persona cuyas pistas seguía. Movié las piernas apenas unos centímetros, sin sacar la planta del suelo lleno de tierra, piedras pequeñas y grandes, más otras cosas que no quería averiguar.

De manera inesperada, alguien apareció en su rango de visión muy tarde para su mala suerte. La figura masculina, lo que infirió gracias a la fuerza y la forma pesada de moverse, la sostuvo por detrás, ahorcándola. Danna intentó luchar pero por la posición en la que se encontraba le fue imposible hacer algo. Debido a su atrevimiento, la agente terminó contra una de las paredes y antes de caer al suelo, sostenida de un brazo y obnubilada por una luz que apuntó directo a sus ojos azules. Creyó que era por culpa del alcohol en su organismo, pero no. Sucedió de verdad. Rebuscó el arma, que jamás halló. Se preguntó cómo la había perdido en vez de cuestionar qué pasaría con ella habiendo sido encontrada.

La sombra se hizo más cerca suyo, imposibilitando cualquier tipo de reacción por su parte. El golpe la atontó un poco, por eso lo lento de sus reacciones. De haberlo visto venir la historia sería otra.

—¿Alguien te extrañaría si mueres, agente? ¿Tienes familia? ¿Hijos, tal vez?

El hombre, porque reconoció el tono de voz, habló con ironía. Quería meterle el dedo en la herida, hacerla sufrir y jugar con sus emociones.

Dante. Marie. Su padre. Leonard. Esos nombres dieron vueltas a su alrededor. Pensó en asentir, pero le pareció detestable. Como no fue capaz de responder, el hombre se las ingenió a la hora de explayarse.

—¿Sabes lo que les duele más a las perras como tú? No es el hecho de que las violen, o las toquen...es el que les hagan daño en su herramienta de trabajo. —sonrió en una mueca amplia y guasona—. ¿No es con esto que consigues todo lo que quieres? —algo helado usó para recorrer la pálida piel de su mejilla—. Es un bisturí. —respondió. Le leyó el pensamiento, lo que la hizo estremecer—. La belleza lo es todo para las mujeres frívolas como tú. Viven arreglándose y buscando llamar la atención de las personas, tanto que dejan de serlo. Se transforman en demonios.

La agente mantuvo la respiración regular de siempre, aunque de vez en cuando necesitó algo de apoyo de su boca para conseguir un poco más de oxígeno. Nuevamente sin una respuesta por entregar, prefirió morderse la lengua. Ya era suficiente con la exaltada conversación que el desconocido, todavía, seguía entablando. Aunque fuese un monólogo, era lo suficientemente bueno como para pretender darle espacio a respuesta, pese a que no hubiese nada que decir.

El dolor en la espalda y omóplatos disminuyó, pero Danna no tenía la fuerza necesaria para derrotarlo por su cuenta. Ninguno de sus compañeros sospechaba donde se había metido.

—¿Me vas a matar? ¿Es eso? —para la suerte de la mujer, pudo sonar constante y segura a pesar de tener la garganta seca—. Porque puedes ahorrarte todo el discurso y solo hacerlo.

Negó y sumado a eso, chasqueó la lengua con aires de superioridad. La pose le entregaba dicho pódium, pero no sería por mucho tiempo.

—Me imagino que por tu profesión tendrás muchos enemigos, agente. —posó dos dedos en su garganta. Presionó con fuerza hasta el punto de hacerla toser—. ¿Cuántos dólares le pondré a tu cabeza? Miles, creo.

Tener enemigos no era el problema principal del asunto, sino que mantenerlos a raya se transformaba en una encrucijada a la que no podía atenerse. Ya siendo agente federal se veía expuesta a toda clase de amenazas, más cuando se sabían ciertas cosas sobre su familia y sus andanzas, que era generalmente el motivo de disputa. Todo se sabía en los suburbios; pese a ser una ciudad tan grande casi siempre se pasaban los datos sobre gente interesante. Ahí estaba la mayor de los Costello.

Tomó la iniciativa cuando sintió que recuperaba la fuerza. Le atrajo por los hombros y golpeó justo en la entrepierna, un ataque vil y sucio pero que en realidad no tuvo consecuencias tan graves como en realidad deseó. No conforme con este repentino ataque, Danna le pateó la rodilla antes de salir corriendo por un costado. Por el ruido que escuchó detrás suyo creyó que se la desencajó. Eso le dio segundos de ventaja por sobre el hombre. Para su mala suerte, no consiguió hacerlo: una de sus piernas fue agarrada y por tal, cayó directo al piso, estrellándose contra las piedras del camino. Algunas quedaron incrustadas en sus palmas pero no le importó. Se arrastró e imitó el movimiento de una escalada, pie y mano, para darse impulso necesario.

—Vas a morir antes de tiempo, cara bonita.

En una cola improvisada al sostenerla del cabello, azotó la cabeza de la mujer contra las vías del tren dos veces, y después le dio la vuelta. De los brazos la imposibilitó a zarandearse y luchar por su vida. Como se dio cuenta que no era una mujer capaz de dejarse vencer, él terminó sobre ella, a horcajadas. Su peso no le hacía daño pero sí era notorio en comparación a la escueta figura femenina.

—Es algo a lo que estoy acostumbrada, más si tengo que lidiar con tanta mierda como tú.

Una cachetada rompió la calma del lugar, y el sonido viajó como un resorte impulsado por una sola maniobra. El escozor le picó tanto que dejó de lado la escena que estaba viviendo para desear poder sobarse la mejilla y dejar que esta estuviese tan caliente.

—Acabemos con esto ahora.

Abrió los ojos con la misma rapidez que este pronunció las últimas palabras. Intranquila ante la receta que vio como única salida a su disputa, la agente volvió a la carga con nuevos gestos de manos y piernas. Quería sacárselo de encima pero ya cansada como estaba, le fue imposible ponerse al mismo nivel que un ser humano que tenía en proporción, casi el triple más de fuerza.

La frialdad de sus palabras a la hora de prometerle la muerte inmediata fue algo que la sacó de juicio. No alcanzó a replicar y más bien sus

oraciones quedaron estancadas en un gemido que dejó de ser erótico y resultó más estremecedor que nunca. Algo fue enterrado en su abdomen, cada vez más profundo y doliente. No tardó en sentir que la zona estaba en un incendio. El metal le estaba quemando y como si no fuese poco, el individuo se dedicó a mover el artículo hacia los costados. Tortura. Así es como lo sintió.

Descuartizador. Desequilibrio de la personalidad. Violador.. Eso fue lo que leyó en la carpeta investigativa del caso, entre otros trabajos más específicos.

Con una de las manos evitó que el filo ingresara más en su cuerpo, uno que ya había perdido suficiente sangre, lo que significaba una sola cosa. Transfusión de sangre. Pasó por eso unos años atrás, cuando recién entró al bureau y tuvo una pequeña discusión con uno de los prófugos que detuvo. La otra, la que tenía menos fuerza y consideraba tonta, trazó un camino por todo el costado y lo que le permitía la flexibilidad del hombro y el brazo, para dar con el arma.

No iba a ser una agente cobarde, de esas que veía todo perdido y empezaba a pedir por su familia y por ser perdonada si tenía pecados. Danna lucharía todo lo que debiese y más, pero lo haría. Porque así era ella. Una maldita kamikaze.

Dejó que sus ojos permanecieran cerrados. Evitaba así el recuerdo de los ajenos y que por tal, los tuviese en su memoria el tiempo suficiente como para grabarlos. Buscaría venganza, por eso no quería hacer contacto visual. Podía ser muy bélica cuando se lo proponía.

Con las uñas, que seguramente tenían tierra y granito más finos de piedra por debajo, pasó a llevar algo helado. Maldijo por su falta de cuidado. Era muy, —en extremo en ciertas instancias—, intensa. Repasó una vez más la zona hasta que uno de sus dedos calzó en el orificio de la boca de fuego, la sostuvo con anhelo. Dio por terminada su búsqueda solo para quitar el seguro y dispararle en el cuello. Sin dubitación. La sangre saltó por todos lados, en chorros, y el cuerpo yacía inerte sobre el suyo que ya estaba bañado con su propia dosis. Intentó quitarlo de encima, empujarlo hacia un costado pero no pudo. La herida se hizo más profunda y Danna no podía seguir evitando que le atravesara los músculos o algún órgano importante.

Se sintió cansada, carente de fuerzas. Los párpados estaban tan pesados que no quiso volver a abrirlos en cada intento que tuvo. Se rindió pese a que uno de sus compañeros le alivió el peso del pecho dejándole vía libre para respirar con más calma.

—Hey, Costello...vas a estar bien.

Fue lo último que escuchó antes de desmayarse. Pudo haber sido por la sangre perdida o por el dolor, jamás lo supo. Tampoco quería. Solo se dio cuenta de lo frágil que resultó para ella morir sin haberle hecho justicia a su madre, porque eso es lo que estaba haciendo en el FBI como principal misión.

Buscaba responsables a un delito que quedó inconcluso años atrás. Danna tenía un nombre y podía jurar que estaba segura que era así, pero necesitaba las pruebas. Luego de eso ya vería lo que sucedería.

El pitido constante de la máquina a un costado de su cama la hizo removerse y también los ojos, que parpadearon varias veces. Eso y el incontrolable hambre. Lo primero que vio al dejar ver sus ojos azules fue el techo blanco, cuadriculado, y una pared del mismo tono. En realidad todo estaba igual. Muy limpio. No necesitó preguntar dónde se encontraba. Danna era un imán para esos lugares. No solía ir muy seguido, pero las visitas se extendían por semanas. Siempre perdía sangre, cosa poco común incluso en su adolescencia pero que ahora era una gran constante en su vida. Sabía el protocolo de memoria, así que no se molestaba en entregar mucha información suya. La obtenían de una forma u otra gracias al bureau.

Suspiró resignada. En la derecha, una aguja le atravesaba la piel y dejaba marcas a su paso, unas amoratadas y nada amables muestras de su invasión en el lugar. Quiso arrancarla con la mano contraria pero se resistió al ver una silueta cruzar la puerta. Todavía cansada, tendía a pestañear más de la cuenta.

—Ha tenido muchas suerte, señorita Costello. —dijo la joven con tono entusiasta—. Tiene que mantenerse en reposo durante el resto de la madrugada hasta la tarde siguiente. —anotó algo en un papel aplastado contra un plástico con el logo del hospital—. Sigue teniendo mucha anestesia en su cuerpo, así que le recomiendo dormir un poco más.

Entre movimientos borrosos, Danna pudo dar con el nombre de la chica. Victoria. Sonó bien en su mente pero a la hora de llamarla no pudo. Estaba muy concentrada viendo los números y traspasándolos de inmediato a sus anotaciones que ni siquiera la vio gesticular.

—Tengo... —carraspeó. Quiso recuperar su voz pero no lo consiguió—. ...hambre. Necesito...comer...algo.

Victoria se dio la vuelta para así verla a los ojos. Sonrisa extensa como una carretera, pestañas más largas y enfundadas en negro, y unos ojos cafés y simpáticos que entregaron su respuesta antes de siquiera

escucharla hablar.

—Por ahora solo podemos darle suero, agente. En un par de horas más será capaz de ingerir alimentos medianamente sólidos.

Se refería a comida de hospital. Asquerosa y poco sabrosa, pero comida. Esto hizo que Danna bufara con suavidad. Por el cansancio o por la decepción, no lo supo.

Al ver su reacción, la enfermera amplificó la mueca en sus labios. Seguro que acostumbraba a tratar con pacientes igual de desesperantes que la agente. No se lo iba a decir, claro está, pero en sus ojos pudo percibir ese aire de diversión.

—En un par de horas vendré a revisar que todo esté en orden. Intente descansar. —recomendó por segunda vez. Después desapareció por la puerta.

Rendida por la anestesia en su cuerpo, se quedó dormida. Por suerte no sintió el dolor punzante en su costado, ahí donde estuvo el cuchillo incrustado. Tampoco pensó en la muerte propiciada al homicida y las explicaciones que tendría que darle al bureau. Habrían investigaciones, interrogatorios, todo para probar que los protocolos habían sido seguidos como correspondía. Danna estaba segura de que así era, aunque de alguna extraña forma siempre conseguía estar en el ojo del huracán así hiciera las cosas bien. No importaba lo bien portada que pretendiese ser. Ahí estaban todos los ojos sobre ella.

En unas cuantas horas la comida llegó. Comió por obligación. Más que nada por el doctor encargado de ver su herida quien advirtió que de no tener el estómago lleno no podría suministrarle más drogas para evitar el dolor. Sola, porque no quería que nadie de su familia o sus amigos en la Gran Manzana se enteraran, aceptó la propuesta. Pero agregó algo más a la oferta; tenían que dejarla salir esa misma noche. Después de tirar y aflojar, el médico firmó los papeles del alta. La agente sonrió agradecida.

De algo le servía tener un rostro bonito. Un elemento de trabajo, como horas antes había sido descrita con tanta facilidad. Así fue que consiguió irse a casa. Y hasta conducir, porque no molestaría a Leonard a esa hora solo para dejarla en New Hampshire.

Capítulo 4

Veintitrés años. Necesitaba tener veintitrés años para conseguir postular al FBI. Ni siquiera para entrar, sino que para ver si tenía oportunidad de ser llamada a las pruebas. Eso que estaba tan cerca, la verdad sobre la muerte de su madre, de pronto se convirtió en un imposible. Porque Danna no tenía ninguna posibilidad a la vista. No cumplía con el requisito más importante y eso la desanimó en grandes proporciones aunque no era una mujer que se rindiera a la primera de cambios. Deseaba entrar a como diese lugar y no permitiría que nadie la sacara del camino que había trazado con anterioridad. Así era ella; capaz de poner la cabeza fría, dejar a un lado las emociones y solo ver el esquema a seguir.

Añoraba tener en sus manos una placa, un arma debidamente inscrita y la potestad de investigar en profundidad. Porque las que ella tenía, pistolas en su mayoría, eran más bien de colección y de disparo recreacional. Era una de sus cuantas pasiones, junto a la pintura.

Cuando la fecha se acercaba, Danna se preparó para las pruebas físicas, —porque no pensó nunca en quedarse con los brazos cruzados. Modificó fecha de nacimiento y frente a eso el bureau no tuvo más opciones que permitirle acceder a estas—, con tanto corazón que los músculos parecieron a punto de desgarrarse por completo y abandonarla. Iba al gimnasio todos los días después del bar, que era su único trabajo de momento, y también por las mañanas donde sabía que habría menos gente. Nunca le gustaron las grandes concurrencias, sobre todo por llamar demasiado la atención, lo que no era difícil si se tenía en cuenta el impresionante color de sus ojos, su estatura y la figura contorneada que poseía. No existían tintas medias: era quedar o quedar, y ojalá en la primera instancia. Tenía a su favor las pruebas cognitivas, donde sin duda destacaba, y creía que en el ámbito de resistencia y velocidad podría desempeñarse bien.

Tenía todas sus fichas puestas en esa institución, porque era lo más cercano al caso de su madre, uno que en cualquier momento podría acariciar con las manos, leer de arriba hacia abajo. Por eso no permitiría que algo tan insignificante como su edad terminara por sacarla de juego sin antes haberse probado.

Dos semanas antes, justo cuando las postulaciones se abrieron al público, envió una solicitud. Tuvo que ir a dejarla al Federal Plaza 10278, lo que le emuló a un asunto muy importante. Puede que fuese para echarle un vistazo y así tener en cuenta cómo lucían los candidatos. Pero fue. Mantenía la esperanza viva de que las cosas salieran a la perfección. Tantas eran sus ganas, que no mostró problema alguno a la hora de sonreírle a la muchacha tras el mostrador después de preguntarle qué estaba haciendo ahí. Hasta pasó por alto la manera en que la escrutó de

arriba hacia abajo dos veces porque la primera no se convenció de la imagen que tenía, para decirle con la mirada que no pertenecía ahí. Y puede que tuviera toda la razón en hacerlo.

El pantalón de jeans se ajustaba en las partes necesarias; cintura, caderas y muslos, seguido de unos tacones negros que hacían juego perfecto con una camiseta de pabilos de escote en V. El bolso de marca que quedó en el mesón tuvo que haber corroborado la minuciosa inspección que hizo. Depositó la carpeta sobre la mesa, justo para entregárselas a la mujer. Los anillos en sus dedos sugerían poder económico que notó y no pasó por alto. Sostuvo las hojas por el filo y detuvo su mirada en cada uno de ellos, sobre todo en el anular derecho. Ese era el anillo que su madre usaba, regalo de su padre en uno de sus tantos viajes a Estados Unidos.

Intuyó que la parte más complicada de todo el proceso era esperar. Y lo fue. Peor que una de las tantas pesadillas que solía tener. Sin un tiempo estipulado real para calmar su ansiedad, el correo que le llegó después para confirmar su inscripción no la hizo sentir mejor. Al final de este, deseaban suerte y que los aplicantes no se decepcionaran si no eran aceptados. Habrían nuevas postulaciones por ende la constancia era uno de los valores más importantes que una persona podría tener, más si deseaba convertirse en agente federal. Habían otras palabras como «paciencia » y «perseverancia ». Una de ellas no la tenía. Igual que tiempo.

Tan desesperada estaba, que comenzó a rayar los días en el calendario. Ponía su atención en los números tentativos de entrega, en las semanas transcurridas desde su visita. Pensó en vano que así los días correrían a su favor. Todo lo contrario. Las manecillas parecían haberse congelado con implacable desdén. Por suerte tenía el bar para mantener la cabeza ocupada o de lo contrario creería, con lo obsesiva que era, que un día terminaría acampando a las afueras del edificio. No conforme con eso, era una activa visitadora de la página web del FBI. Eso era por dos motivos; su ambición de ver su nombre y para informarse de los pasos que la agencia estaba llevando a cabo. Eso ayudó también a consumir horas de su inagotable necesidad de saber más y más.

Estaba segura que el bureau la aceptaría, que era un excelente elemento. Confiaba de sobra en sus capacidades. Eso era motivo de preocupación: expectativas.

Una tarde de otoño, donde las hojas tapaban la vereda con su color amarillento y café en manchones, y algunas otras secas y listas para pisar, se encontró con una carta en el suelo de la entrada de su casa justo antes de entrar. Su primera reacción fue fruncir el ceño y agacharse para ver de qué se trataba. Recogió el sobre por detrás así que no tenía la menor idea de qué contenía el papel blanco. Ni siquiera pensó en el FBI, lo que después le pareció lo más irónico y retorcido de la vida. Al ver el logo

impreso en colores azules, su sorpresa fue inmediata. De haber sido una persona expresiva habría gritado y saltado de la felicidad, pero se contuvo. No perdió más tiempo y entró a su casa después de encontrar las llaves en tiempo récord.

Lanzó el bolso en el sillón más cerca después de pasar por el lado del improvisado separador, y tomó asiento más al fondo, en uno de los taburetes de la amplia encimera. Su casa era inmensa, con concepto amplio y remodelado luego de volver a vivir a New York cuando cumplió la mayoría de edad. No fue necesario encender alguna luz, puesto que las ventanas posibilitaban la natural, aunque fuese poca debido a la época. Rasgó la protección y dejó el sobrante sobre el granito gris. Sacó el papel doblado en tres y la desdobló con agilidad. No tardó ni un minuto en leer el contenido que la dejó de una sola pieza. Por un momento creyó que la mano le temblaba pero logró aminorar la sensación de vacío.

" Estimada señorita Costello.

Esperando que se encuentre bien y que esta carta haya llegado en óptimas condiciones a sus manos, deseamos hacerle saber su desempeño en nuestras pruebas.

Como primera parte, le hacemos saber nuestro agradecimiento por confiar en la Oficina Federal de Investigación, y por creer en nosotros como una institución de confianza y como posible lugar de trabajo.

Después de una exhaustiva revisión de toda su ficha, incluyendo el desempeño físico y cognitivo, lamentamos hacerle saber que no puede pertenecer a la plantilla que corresponde a la de agentes. De todas formas, queda una invitación abierta para intentarlo el próximo año si así lo desea, sin ningún tipo de negativa o similar.

Muchas gracias, nuevamente, por comunicarse con nosotros.

Atentamente.

Benjamin Moore.

Jefe del departamento del FBI en Manhattan. "

Capítulo 5

No tuvo conciencia plena del tiempo que sostuvo la hoja entre sus dedos, los que no se movieron ni siquiera ante el calambre claro y notorio en los músculos. La impresión, por la que esperó con ansias y revuelo, indicaba que no estaba capacitada para trabajar como agente. Le cerraron una puerta en la cara, dándole en la punta de la nariz. Dolió más de lo que Danna podía asumir o sentir, puesto que el dictamen del especialista había sido claro. Una inquietante ráfaga de molestia la acorraló al punto de romper la hoja en pequeños pedacitos, los que dejó entre sus palmas sudorosas hasta que no le quedó más remedio que tirarlos al suelo. Eran excusas de mierda. Sí, nada más. Solo por no tener edad suficiente y haber mentado un poco. Eso no la iba a detener. No había esperado tantos años para crecer, volver y pertenecer al bureau.

Hizo lo que cualquier persona que perseguía sus sueños hubiese hecho, o eso fue lo que pensó para animarse a correr el riesgo. Tomó la pistola que estaba sobre la encimera que en un fugaz instante de lucidez le pareció pésima idea para tener a salvo, y la colocó al costado de su pantalón. Salió disparada hasta el auto, el que la llevó a varios kilómetros por hora hasta la oficina. El malnacido del señor Moore tendría que explicarle personalmente por qué la rechazaron. No sabía quién era, pero tenía que enfrentarlo.

Su ira era más grande que nunca, por ello su leve enceguecimiento hasta no ver la opción de aceptar y seguir con su vida. Condujo más rápido que nunca. Sus pies sintieron el dolor posterior en la planta.

La inmensa estructura la saludó con sorna, como diciéndole que nunca pondría los pies ahí, que no era su lugar. El color diplomático y profesional le pareció excesivo, pero le gustaba el ligero toque elegante que dejaba a la vista. Entró con seguridad. Una rápida inspección en el interior y unas cuantas preguntas a la joven y consternada recepcionista que se hallaba a unos cuantos pasos fueron suficientes para darle un rostro al motivo de su molestia.

Y parece que era su día de suerte. Justo estaba saliendo del ascensor cuando la mujer medio resignada y contemplativa, le indicó con el índice. Sin darle las gracias, Danna giró su cuerpo y se encaminó hacia la figura que avanzó con paso decidido hacia las puertas, las mismas por las que ella había ingresado minutos atrás. No iba a perder la oportunidad.

—¿Es usted el señor Moore?

Era obvio que sabía, pero quiso tener algo de tiempo a su favor. Así pudo divisar su cabellera medianamente grisácea, ojos cafés cansados y abatidos por la edad y el trabajo; la responsabilidad de tener a cargo a

tantas personas y lo que conllevaba trabajar en el bureau. Más bien alto y con la espalda erguida, le hizo pensar si acaso no tenía dolores en la zona baja por las noches. Se le veía pacífico, nada comparado con lo que dibujó en su mente después de leer la carta.

—El mismo. —frunció el ceño con desconfianza. Lo vio en sus ojos—. ¿Y usted es?

—Danna Costello. —el tono duro de su voz se hizo notar por encima del ambiente—. Usted rechazó mi ingreso al FBI.

Abrió los ojos de par en par. Claro, ni él pudo disimular lo que pasó por su cabeza al momento de verla. Creía lo mismo que la mayoría. Ese porcentaje era el que le impedía demostrar sus capacidades.

—Hija, muchas personas quedan fuera.

Intentó avanzar, pero Danna volvió a cruzarse en su andar.

—Yo no soy muchas personas, señor Moore. —añadió con un claro deje de suficiencia. Podía notarse en sus azulados ojos la necesidad de ser escuchada.

—Todos se creen especiales, Danna.

—Yo no lo creo. Lo soy.

Intentó imposibilitar su paso hacia el exterior, pero no lo consiguió. Bufó hastiada, pero le siguió de todos modos. La calle volvió a envolverlos a ambos, lo que desesperó a la joven de cabellos castaños. Habían más posibilidades de que el señor Moore cortara la comunicación y siguiera con su día como si nada. Seguro rechazaba a mucha gente, lo que no debía significar mucho.

Tenía que hacer algo ahora. No se le ocurrió nada mejor, otra vez, y es que no pensaba para nada con la cabeza. Sacó su arma pero sin apuntarle. Él respondió de la misma forma, con su arma de servicio, pero quedó en la simple idea solo por ver que ella no tenía intenciones de herirle.

—Dígame cuál es el problema. —susurró con ímpetu, siempre mirándole.

—Eres muy joven, Danna. Impetuosa y aún incapaz de discernir. —puso las manos por delante como defensa.

—Usted no sabe si soy capaz de discernir. —dijo. Desvió la mirada y

simplemente disparó.

Percibió la sorpresa en sus ojos cuando el vidrio se partió en pequeños trozos que cayeron sobre ellos como lluvia de invierno. El agente la sostuvo por la cintura para apartarla, protegiéndose ambos de pedazos filosos. Eran de varios tamaños, y algunos hasta se hicieron más pequeños contra el asfalto de la ciudad. Los ciudadanos que estaban cerca observaron en todas las direcciones posibles para saber de dónde provenía el disparo. Pronto se dieron cuenta que era una joven cerca de ellos la que sostenía el arma con fuerza. Ni siquiera se inmutó ante la reacción de terceros.

Después todos vieron hacia arriba. Uno de los últimos pisos del edificio tenía una diminuta falla simétrica. Faltaba un ventanal.

—¡Joder! ¿Estás demente? —descansó las manos en los delgados hombros de la chica y la zarandeó—. Eso fue... ¡arriesgado e increíble! ¿Cómo hiciste para apuntar con esa precisión? Ni mis mejores agentes pueden hacerlo.

Si solo quería sorprenderle, lo consiguió, más no mostró señales de sentirse orgullosa. Era normal. El tono de voz del agente era urgente, ansioso. Entre molesto a más no poder pero también curioso, buscando respuestas a todas las dudas que parecía tener sobre la enigmática principiante.

Danna aprovechó el momento muerto para ponerle el seguro al arma y guardarla.

—Aprendí gracias a mi padre y a mi hermanastro. —aparté un mechón de cabello.

—Te enseñaron bien. —decretó con confianza—. Sonará ridículo pero... ¿todavía estás interesada en pertenecer al bureau?

Los curiosos se dispersaron al ver que no se trataba de un atentado terrorista, algo que los estadounidenses solían tener en consideración a cada instante de su vida. Tampoco prevaleció el pánico porque ninguno de los otros agentes que salieron en cuanto la explosión sucedió la detuvo o hizo el intento; estaba con el jefe mayor, el que mandaba todo lo que sucedía en el interior. Y si no habían órdenes de su parte, significaba que todo estaba bien.

Su interés la hizo sentir importante. Y sonrió de manera escasa.

—Sí, es lo que más quiero. —no reveló sus intenciones de inmediato.

En cuanto el hombre le propuso unirse al FBI, Danna supo por qué. No todos los novatos eran tan experimentados como ella. Costaría mucho equilibrarlos para ir a campo sin haber terminado todo el proceso de guiamiento. Ella tenía la práctica pero le faltaban los fundamentos, las leyes y los procedimientos. Resultaba más fácil saltar a la teoría que ponerla a repetir actividades que de seguro conocía. En ese instante agradeció a los hombres de su familia por enseñarle tanto.

—¿Por algún motivo en especial? —Benjamin sintió interés en su misterioso hablar.

—Si lo conversamos en otra parte, quizás me de tiempo para explicarle todo.

—Está bien. Vamos arriba.

Por dentro el lugar resultó ser todo un sueño. Un espacio amplio, miles de sillas y mesas donde los agentes trabajaban. Archivos y una zona para el café, todo lo que había visto en diferentes películas. Le encantó de inmediato y supo que si aceptaba las condiciones de Moore y él las suyas, alguno de esos escritorios terminaría siendo su lugar de trabajo. Siguió sus pasos de cerca hasta que empezó a subir los peldaños y terminaron en su oficina. En el trayecto pudo divisar varias personas, pero uno captó su atención. Ojos verdes esmeralda, brillantes y pendientes de ella. Le sonrió pero lo pasó por alto. No arruinaría su entrada por un lío de pantalones.

Cerró la puerta tras ellos cuando ingresaron. Benjamin la invitó a tomar asiento para después hacerlo él. Puso los codos sobre la mesa, inclinó el cuerpo hacia adelante. Su gesto denotaba profesionalismo y años de experiencia. No lo conocía pero algo de eso la ayudó a admirarlo con increíble rapidez.

—Ahora estamos en plena privacidad. La escucho.

Dirigió una absorbente mirada que para Danna no pasó desapercibida. Buscaba dar con las palabras justas para no comentar demasiado al respecto. Tomó un poco de aire y habló.

—Hace años que estoy tras el responsable de la muerte de mi madre. —eso pareció gustarle al hombre porque entreabrió la boca. No dijo nada así que continuó—. Y mi padre tiene...negocios en Italia que necesita mantener aquí.

Eso lo dejó más anonadado que antes. Danna no lo disfrutó mucho, puesto que esperaba una negativa clara. Ningún agente con su currículum

se prestaría para algo así.

—¿Costello, dijiste? —miró a la joven, y esta asintió con solemnidad—. Puedo imaginarme lo que hace.

Evidente que sabría, pero igualmente ella quiso hacerse notar en la conversación. No era mucho de asentir y aceptar las cosas así como así, sino que le gustaba debatir hasta lo más nimio.

—Mi padre lava dinero. —su posible superior alzó la comisura de sus labios al oírla—. Si formo parte del FBI podría ayudarle a vivir tranquilo y a facilitarle las cosas.

Creó que lo pertinente era ponerlo sobre la mesa con agilidad, sin mucho relleno. Su idea era que sonara pasable y normal, al punto que a Moore no le daría más remedio que aceptar. Al contrario de su idea perfecta, este plasmó su recelo y desconfianza. Pensó que la echaría a patadas del lugar. Una vez más, sorprendida, vio que se ajustó la corbata. Estaba de pie, pero fueron solo segundos porque de un momento a otro, estaba sentado sobre el filo de la mesa, con un pie en el suelo. Ella por su parte solo fue capaz de sostenerle la mirada. Parpadeó igual que siempre, a la espera de una respuesta.

Capítulo 6

Agregó, o más bien balbuceó un poco más de la empresa que su padre tenía, de las cosas que necesitaba hacer por ellos para que no hubiese problemas con la justicia. Casi todo era metafórico porque en lo que se relacionaba a un delito como tal jamás se había podido comprobar, así que Danna más bien parecía que le estaba dando la clave para desbaratarlos y meterlos en la cárcel si es que el FBI podía usar su bendita jurisdicción.

—Supongo que sabes que ese es un delito muy grave, Danna. Si pone las manos en territorio americano podría ser detenido y procesado como cualquier persona.

Ya las tenía, de hecho.

—Lo que me interesa es que no lo detengan por lavado de dinero.

—¿Qué es lo que quieres, específicamente? ¿Que haga lo que desee y nosotros nos tapemos los ojos? —negó.

—Lo sé. —admitió de inmediato—. Protección para los miembros de mi familia y cierto albedrío a cambio de cerrar casos que todavía no se han podido resolver. Casos que tengan que ver con delitos de cuello blanco.

La oferta era más de lo que cualquier otro ser humano podría haberle ofrecido, pero pareció que eso no bastó para convencerlo del todo. Chasqueó la lengua con cierto descontento.

—Me lo pones complicado, Danna. Necesito personas apasionadas con su trabajo, que den incluso la vida si es necesario, necesito que estudies. Que sientas pasión por este lugar. Pasión real, quiero decir.

—No puedo prometer eso, señor Moore. No soy como los demás que están aquí. Soy distinta por el simple hecho de tener un móvil muy diferente que ellos. —encogió los hombros a modo de disculpa—. Pero sí puedo asegurar que voy a trabajar como agente. Y que me apasionaré por mi trabajo.

No comentó sobre su madre en profundidad. Benjamin notó la incomodidad a la hora de ser preguntada al respecto. No le quedó más que hacerlo ver como algo casual, esporádico. Consiguió engañarlo al usar un pretexto que a simple vista resultó más convincente y fundamentado.

—Espera un poco... —pareció que lo pensó mucho, una eternidad. Se

colocó de pie y caminó hacia la puerta—. ¡Dean, ven aquí!

Se giró para observar la escena y ver lo que el hombre se disponía a hacer. Lo que se encontró la dejó sin aliento. Un hombre atractivo, alto y de tez más o menos bronceada fue quien levantó la vista. Sostenía unos papeles en las manos y permanecía inclinado sobre la mesa. Junto a otro agente que ni siquiera volteó a mirar, parecía muy interesado en lo que estaba impreso. Bastó la sonrisa de medio lado que le brindó para darse cuenta que era el mismo agente que la observó al llegar. Suponía que pertenecía al plantel de agentes, porque de otra forma no debería estar ahí.

El tal Dean dispuso una elaborada caminata por el pasillo y después en las escaleras hasta que ingresó en el espacio personal de Moore. Hombros erguidos y balanceo constante fueron las primeras cosas que notó. Mentón en alto y perfilado al igual que sus mejillas, labios levemente delgados pero al mismo tiempo con la suficiente carne como para poder ser mordidos. Se detuvo ahí y desvió la vista hacia otro lado donde tuviese menos tentaciones.

—Danna. —el señor Moore llamó su atención. Cerró la puerta—. Te presento a Dean Hawkins. Dean, ella es Danna Costello. Tu nueva compañera de labores.

Escuchó que trabajaría con él, pero no demostró una actitud ni positiva ni negativa. Solo observó al inmenso hombre que ofrecía una de las más sinceras y coquetas sonrisas que hubiese visto en mucho tiempo. Este parecía contento de tener una nueva compañera. No supo disimular el lento recorrido que hizo por su cuerpo. Por supuesto que ella fingió no darse cuenta. Le ofreció la mano, una que no rechazó. Ambas presionaron con fuerza, corto pero significativo apretón.

—Es un gusto, Danna. —habló con el grave tono de su voz.

—El gusto es todo mío, Dean. —reafirmó sin duda alguna.

En cuanto sus ojos estuvieron a la misma altura, —porque el agente recién llegado tuvo la amabilidad de agacharse un poco—, predijo que sería lo mejor que le pasaría en ese lugar. Después, volvió a ponerse derecho y en posición hacia el jefe. El jefe de Danna también. SU jefe.

—Los dejaré a solas unos minutos mientras salgo para arreglar unos asuntos. Dean, muéstrale a Danna las instalaciones y su espacio personal. Ya mañana tendrá tiempo para traer sus cosas. —avanzó hasta su escritorio y juntó unos papeles para guardarlos en un maletín—. Preocúpate también de empezar el papeleo para que le entreguen su chaqueta y la placa. Te confío eso para agilizar las cosas y que pueda

trabajar lo antes posible. ¿Todo claro?

—Todo anotado, señor. —asintió con la cabeza.

Benjamin Moore lo miró embelesado. Seguro que Hawkins era de los agentes que no dejaban las cosas para último minuto. Eso le gustó.

—Perfecto. Danna...espero que disfrutes de tu estadía aquí y que te pongas al corriente de inmediato en tus labores. Dean puede mostrarte algunos casos que están cerrados para que empieces a familiarizarte con el papeleo.

—Sí, gracias por la oportunidad. —repuso la italoamericana—. No lo defraudaré.

La promesa era doble. Para el bureau y para su madre. No podía defraudar a nadie más.

—Oh, estoy seguro que no lo harás. —se despidió con un asentimiento de cabeza, caminó hasta la puerta y al momento de abrirla se giró—. Pídeles por favor a los de seguridad que se encarguen de retirar los vidrios en la entrada y de reponer la ventana que falta, por favor.

—Está bien, señor. ¿Pasó algo? —mantuvo las manos tras su espalda.

—Nada importante. —restó importancia. Danna no bajó la cabeza tampoco, lo que en el hombre causó más inquietud—. Preocúpate de que quede resuelto hoy.

Cuando se quedaron solos aprovecharon de conversar un poco más, de conocerse como su superior les había pedido. Ella consiguió estar relajada e imperturbable ante el atractivo de su compañero; él no tanto, y de seguro se imaginaba las escenas más eróticas junto a la castaña. En todo caso, tampoco hizo el intento de conseguir una cita o de hacerle ver sus intenciones. Danna le habló sobre donde vivía, lo que hacía antes de presentarse al FBI, el bar, y de sus estudios. Dijo que vivió en Nápoles desde los nueve años hasta la mayoría de edad, donde antes de regresar obtuvo su título en administración de empresas. Lo tenía sorprendido e incapaz de contener las muecas en su rostro.

Dean juntó las manos sobre los muslos con gesto reflexivo; los dedos estaban entrelazados pero no generaban presión. Imitó la misma pose de Moore sobre la mesa, de medio lado y con un pie casi en el suelo por si acaso. Quería preguntarle algo. No necesitó decirlo. Solo con el gesto de su boca lo dijo todo.

—¿Me dijiste que tu apellido era Costello?

Asintió. Suposo que Dean tenía una ligera idea, al menos sobre historia. Así que en vez de negarse o intentar hacerle creer que era simple alcance de nombre, Danna comenzó a relatar con pocos detalles o fechas, sobre su familia. Ya que trabajarían juntos, vio necesario ese nivel de confianza, una que no tendría con absolutamente nadie más dentro de la institución. Había intuido parte de lo que sucedería más no pudo ver la imagen completa, salvo que Dean era una persona de fiar y digna de mantener a su lado. Ya averiguaría el porqué meses después.

Acostumbrarse a las rutinas no fue tan complicado como esperaba que fuese. Tenía que levantarse temprano casi todos los días, a excepción de uno donde su trabajo empezaba a las nueve y media, con jornadas que danzaban desde las seis de la tarde hasta las siete y media. Eso dependía de si había trabajo pendiente, que en su mayoría no era así a menos que existiese un caso difícil de resolver. Las noches hasta la madrugada las pasaba en el bar atendiendo. No abandonaría su pasión por los tragos así nada más. Era justo que mantuviese su vida lo más normal posible incluso si no lo era. No se preocupaba por dormir mucho. Con unas cuatro o cinco horas podía batirse bien para el resto del día. Además que el piano y su copa de bourbon conseguían mantenerla despierta sin quejarse posteriormente. Solía tocar sin descanso, siempre inmersa en sus pensamientos del pasado. A veces pensaba que algo estaba pagando.

Respecto a sus compañeros de trabajo, los demás agentes, se mantuvieron algo reticentes en las primeras semanas. No la veían con buenos ojos, sobre todo porque Dean alardeaba de la suerte que tenía; no era machista, al contrario, siempre estaba recalcando las cosas buenas que esta hacía, como por ejemplo identificar a un sospechoso con tal solo ver un tatuaje. No fue suerte, por supuesto, pero sí un buen reconocimiento de los más buscados. Solo tenían que empezar a mirar las imágenes que ellos mismos creaban y poner atención. Nada más. El colmo fue cuando se le ocurrió lavar la asquerosa cafetera. Para ellos significó una pérdida de tiempo, el que pudo haber utilizado para investigar algún caso, pero ante los ojos de Danna fue una agradable forma de poder sentir que tenía control sobre algo, aunque fuese una estúpida jarra de vidrio con microorganismos viviendo en ella. Después, meses o años, pudieron verla como era realmente. Inteligente, astuta y buena agente. Era de las más cualificadas para salir a campo. Siempre con Dean, por supuesto, quien se convirtió en algo así como su mentor. Le enseñó todo.

La relación con su padre, entretanto, era excelente pese a sus diferencias. No cedía antes los pedidos de este para que volviese a Nápoles pero sí lo hacía cuando juntaba algunos días libres y decidía ir a su "hogar" para ver cómo estaban las cosas del otro lado del mundo. Sus hermanastros solían llamarla constantemente; Marie era más de videollamadas porque siempre le enseñaba nuevos diseños, ideas que se le ocurrían mientras estaba sola

en su habitación, y Dante, seguía manteniendo los protocolos que solo se inventó por años. Con la única persona con la que no se llevaba bien era su insoportable y despiadada madrastra. Giordana era agotadora en todos los sentidos de la palabra. Ni siquiera porque era una niña pudo contener su rabia.

Día a día aprendió nuevas cosas, se empapó con la idea de ser una agente real. No quería que ninguno de los dos, Moore o Dean, creyeran que llevaba como insignia el capricho de saber sobre el asesino de su madre. O por su familia italiana.

Sería por las ganas de justicia, tal como su nombre indicaba en su significado.

Capítulo 7

Tomó asiento al lado de Dean sin percatarse de las reales intenciones de este. Solo pensó en lo aburrido del papeleo que tenían por delante y la molestia de tener que trabajar en la oficina. Aunque por ahora era mejor que estar en pleno invierno recorriendo las calles de la ciudad, eso tenía que admitirlo. Así también, su compañero gentilmente dejó una taza de café recién hecho, el que agradeció con solo un breve murmullo y una sonrisilla corta. Él podía, con el paso de los años, comprender lo que aquello significaba. Ayudó a su voluble estado de ánimo, que en la mayoría de las veces parecía inexistente y en otras donde predominaba alguna emoción, era más bien parecido a enojo. Seriedad, en realidad.

Como permanecía en sus profundos pensamientos, Dean pasó una mano por delante de su rostro. Se echó hacia atrás y del mismo modo, golpeó el dorso de su diestra. Odiaba cuando se tomaba esas libertades solo por trabajar juntos desde hace tiempo.

—No vuelvas a hacer eso. —ladró en tono recriminatorio.

—No hacías nada, Dannita. Pensé que te daría un ataque. —vociferó el mayor de los dos, junto a una carismática sonrisa de medio lado.

Quería arrancarla de un golpe, que no volviese a hacerlo si era de la mano de ella, pero se contuvo. Lo hizo para cabrearla y lo consiguió. No le daría más el gusto. Volvió la vista hacia la pantalla, donde comenzó a tipear. Era buena en esas cosas; transcribir archivos hacia el computador y ordenarlos para hacer más fácil su búsqueda de ser necesario. Por eso estaba sentada justo en medio del escritorio, su escritorio, y Dean en una esquina.

—Se supone que me dictarías para terminar pronto, y ahí estás, esperando a que te salga el polvo de la semana. ¿No conoces otra forma de atraer a una mujer?

En efecto, Hawkins tenía reputación de mujeriego. En los casi seis años de trabajo en equipo, Danna le había conocido más mujeres que los dedos de las manos. Una sola tuvo la "suerte" de mantenerse sobre él por algo así como dos años. Una demente con todas las letras y quien al final salió despachada cuando su locura ya no se pudo ocultar más. Desde entonces, buscaba alguna inocente mujer que cayera en sus garras para así desquitar sus deseos sexuales. Por ella y otro medio millón de la población americana que todavía no lo conocía, es que hablaba así de él.

—No hay que perder la esperanza, ¿hm? —respondió. Los ojos estaban sobre la pantalla de su moderno teléfono, lo que a Danna le ofuscó más. Él lo notó porque apenas y levantó la mirada para ver el computador—.

¿Qué quieres que te diga?

Primero alzó una ceja, después entendió la pregunta. Un bolígrafo pendía de sus dedos mientras estos saltaban de letra en letra, así iba marcando del papel lo que ya estaba listo.

—La fecha, hora, dirección, números... —empezó a enumerar lo que recordaba de la hoja.

—Catorce de octubre de dos mil veinte. —guardó silencio por unos segundos mientras ella escribía—. Podríamos salir uno de estos días, ¿no te parece?

—¿A qué hora? —movió la cabeza hacia la derecha. Había un molesto dolor en su cuello que no la dejaba en paz.

—A las diez y media, quizás. Te invito a cenar.

—La hora del archivo, Dean. Concéntrate.

—Ah, a las catorce treinta. —cambió a un gesto más profesional por esa breve oración—. Es en serio, Danna. ¿Por qué mierda no quieres salir conmigo?

La italoamericana ocupó el tiempo de sobra para anotar las palabras. Recordó el testigo así que pasó de preguntarle a él. De los dos, era ella quien tenía todo el orden. Danna era la que presionaba por no tener asuntos pendientes antes de que terminara el mes. Si ahora tuvieron que quedarse encerrados junto a otros agentes fue solo por negligencia del atractivo hombre a su lado, que pronto había empezado a dejarle la responsabilidad a Danna.

—Porque somos compañeros de trabajo, Dean. Por eso. —explicó con sencillez—. Prácticamente te estoy poniendo en el mismo nivel que mi hermanastro.

—Imposible. Así es como nos quieres catalogar.

—¿Dirección?

—Estoy hablando en serio.

—Eres imposible. —tuvo que anotarla por su propia cuenta. Lo sabía, pero buscó una excusa para no tocar ese repetitivo tema de siempre.

Hasta que Dean le ocultó las hojas ella no lo miró, ni tampoco habló. Intentar mediar con un hombre tan testarudo como él no resolvería ninguna cosa. No era la primera vez que buscaba salir con ella,

conquistarla y llevarla a la cama, pero la agente siempre tuvo en cuenta que una vez eso sucediese, complicaría todo entre ellos. Más que nada porque se veían todos los días, estaban en el mismo departamento y el señor Moore los había puesto juntos.

—¿Por qué te cuesta tanto hablar de las relaciones?

—Porque es lo que pretendes tener. Una relación.

Pareció ofuscado porque apenas y mantuvo la vista verdosa en las orbes ajenas. Suspiró, pasó una mano por la mejilla derecha y asintió.

—¿Y qué si no?

Mujeriego, pero romántico. Uno empedernido que intentaba a toda costa tener a las mujeres contentas, encantadas y a sus pies. Las conocía tan bien que cada gesto que propiciaba era una muestra casi de amor eterno. Por el contrario, ella no sentía necesidad de enamorarse. Jamás lo hizo, de hecho. Tampoco ansiaba ese momento. No era de esas mujeres y cada año lo comprobaba más. Con sus trabajos, placeres, familia y amigos era suficiente.

Supo que la conversación no terminaría solo ahí, por lo que disminuyó el paso de sus dedos por las teclas oscuras y plásticas hasta detenerse por completo. Sin moverlas de su lugar, pudo girarse hasta enfrentarlo.

—Eres un hombre más que atractivo, Dean. Lo sabes. —percibió el atisbo de una sonrisa por su parte a la hora de hacerlo evidente—. Si nos hubiésemos conocido en un bar o en una fiesta, ten por seguro que habríamos tenido sexo. Buen sexo. —negó de inmediato—. Más que buen sexo. Y mucho. —rectificó—. Pero, no necesito que ahora las cosas se compliquen también aquí. Trabajamos juntos, nos llevamos bien. ¿Por qué arruinar esto solo porque estás engeguado con la idea de follar?

Habló en un tono de voz tan bajo que solo él podía escucharle. Sabía de los rumores que rondaban a su alrededor, donde Dean era quien pasaba las noches en su casa y no por el trabajo. En cierta medida tenía claro que era justo lo que él quería que sucediese, porque nunca negaba dichos mitos.

—Porque los dos nos vemos bien juntos. ¿No es acaso un buen motivo?

Danna puso los ojos en blanco.

—Se necesita más que verse bien con la otra persona, Dean.

—Sabes que estoy bromeando. —propició un corto empujón en su hombro—. Podemos seguir teniendo esta tensión sexual tanto como

quieras. Sucederá, lo sé.

—No sucederá.

—Deberíamos apostar dinero. O algo más importante para ti.

Captó la indirecta con todas sus letras. Dean era bueno tanto en los asuntos directos como en los contrarios; solía tener ese método en el que el juego de su rostro, altura y físico podían conseguir cualquier cosa. Sobre todo si se trataba de mujeres. En el caso de enfrentarse con uno de sus pares, era la envidia y su grado como agente lo que promovía apartar las aguas y hacerse un espacio. Fuese como fuese, era un atributo más a la lista de "cualidades profesionales". Para ella era un rostro bonito, pero nada del otro mundo.

Danna no alcanzó a responder, aunque en realidad no pensaba hacerlo. Benjamin apareció por el lado izquierdo de su escritorio. Su rostro lo dijo todo y reafirmó las sospechas cuando una palma bronceada y un anillo de matrimonio en el anular se instaló en medio de los papeles que les quedaba por transcribir. Ambos, al mismo tiempo, pusieron la atención en la silueta del hombre.

—Necesitamos refuerzos en Central Park.

Capítulo 8

Bastó con oír aquello para que un escalofrío descendiera en témpano por su espalda. Fue igual que la sensación de tener un hielo propagando su gélido aliento por cada poro de la piel hasta convertirla en notorios puntos a causa del frío. Ese lugar tenía historia para ella. Era de los recurrentes con su madre, de los pocos que seguía visitando por estar cerca de su trabajo como bartender. Lo poco que la ataba a la Gran Manzana.

Dean recobró la postura al ponerse de pie, mientras que ella permaneció en el mismo lugar de siempre. Se preocupó de guardar lo avanzado y después apagar el computador. No fue por querer alivianar la contaminación calórica o por miedo a perder lo poco que escribió por culpa de su compañero, sino que se traducía a mantener la cabeza tan ocupada como fuese para así no tener un colapso frente a ellos. Hace meses no se presentaba para un chequeo psicológico y aunque siempre lo pasaba como por arte de magia, también era cierto que su habilidad para esquivar y vencer empezaba a desgastarse.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber con veloz movimiento de labios.

—Una banda escapaba, uno de sus delincuentes quedó atrapado y tomó como rehén a una mujer.

Nadie hacía los resúmenes tan escuetos como Moore. Se figuró que los datos no eran tan relevantes para compartirlos pero aún así la agente quiso saber de lo que se trataba.

—Pueden llamar a la policía, ¿no? —fundamentó Dean, quien jamás se calentaba la cabeza por casos que no estuvieran dentro de lo que hacían a diario.

—Sería buena idea. —agregó Danna. Tampoco le interesó la idea de ir solo por eso—. No está dentro de los parámetros que consideraríamos delitos de cuello blanco.

División. Especialidad. No cualquier tipo de robo o delito menor. Para eso estaba la policía, para aquellas cosas que el FBI no podía hacer por falta de tiempo o simple interés. Además, Danna y Dean trataban con personas de gran estatus económico y social, porque no existía uso de la fuerza ni contacto físico. Todo se resumía a dinero y cómo moverlo para hacerlo crecer de maneras poco legales. Ilícitas. Lavado de dinero, malversación, tráfico de influencias, delincuencia organizada, y así. Una lista de varios delitos por los que muchos empresarios en Estados Unidos podrían ser detenidos.

La súbita respuesta de sus agentes no le gustó a Benjamin, quien pensaba irse antes a la reunión de a saber qué mierda. Entornó sus ojos en la dirección de Danna, quien a su juicio era la que mandaba a la pareja.

—¿Y si eso implica que el delincuente que tiene la rehén está metido en el crimen organizado de obras de arte con gran valor económico y cultural?

Detalles. Todo se trataba de ello. Si hubiese preferido iluminarlos así antes de mandarlos a trabajar la conversación habría terminado mucho antes.

—Suenan a que tenemos un caso entre manos. —contestó el mayor.

Ella, supuso que era tiempo de levantarse y calzarse la chaqueta que permaneció sobre el respaldo de la silla mientras tanto. Las letras mayúsculas y chillonas en amarillo hacían evidente su posición dentro de la escala de seguridad, y le encantó usarla la primera vez. Todo el mundo se detenía a observarla en la calle. Igual que a una celebridad. Ahora era tan normal como cepillarse los dientes por la mañana.

Benjamin no esperó a que estos salieran del edificio. Dio por dado su discurso, entre comillas, motivacional, y se enfrentó al barullo de los demás agentes que a esa hora ocupaban su boca comiendo o conversando, jamás aprovechando el espacio libre para adelantar asuntos relacionados al bureau. Con esa última idea en la cabeza, ese bichito que siempre le decía que estaba trabajando horas extra por todos esos zánganos, caminó al lado del agente federal.

No existía mucha distancia entre ellos, apenas unos centímetros, pero que de todas formas se evidenciaban gracias al peinado hacia arriba de Dean. Este pasó el brazo por sobre su hombro. Ella se apartó al punto de que pareció que agua caliente le caía encima. Su adorable compañero, como él mismo se describía, sonrió de medio lado e ignoró su malestar. Se conocían tanto que hasta las bromas eran compartidas, aunque no disfrutadas por los dos.

En el automóvil camino a Central Park, fue Dean el encargado de armonizar el silencio que se creó después de subirse. Canturreó la mayoría de las canciones de la transmisora radial, —y las que no, porque eran más viejas que él—, y en cuanto intentó tener una conversación con la italoamericana, fue sin éxito. Ella miró al frente y se enfocó en el tráfico creciente a esa hora. Era común que el mayor de los dos jugara y bromeara sin importar el real motivo. A veces le hablaba de su familia, de los planes de su madre porque se retirara del FBI, que tuviese un trabajo apropiado para un hombre con apellido aristocrático. Danna le hallaba razón a la progenitora, y no temía en decírselo cada que el tema salía a la palestra. A viva voz exclamaba que le detestaba tenerlo al lado, aunque en el fuero íntimo donde nadie más que ella podía hurgar, sabía que Dean era parte de su equipo, su compañero y además, algo así como un buen

amigo. Al contrario de este, Danna no contaba muchas cosas de los Costello, tampoco de su infancia. Suponía que no era un asunto importante; si no tenía que ver con algún caso, o con el bureau de plano, asuntos jurídicos y ese tipo de cosas, entonces era tiempo perdido.

Dean, de treinta y cinco años, era el mayor de dos hermanos e hijo de un reconocido político y su madre, una actriz de antaño retirada que ahora enseñaba a jóvenes aprendices en un pequeño estudio en Queens. Ninguno de los dos quiso seguir huellas ya pisadas, lo que la agente aplaudía porque hizo exactamente lo mismo con su padre. Pero los más grandes, experimentados y con conexiones importantes en sus respectivos rangos profesionales, no pensaron lo mismo. Sobre todo cuando él fue el puntapié inicial para que su hermano tuviese el coraje de imitarlo. Igualmente conseguían ser una familia unida y feliz, o eso era lo que no se cansaba de repetirle una y otra vez. Aunque no fue lo soñado para sus pequeños, porque siempre lo serían, el profesionalismo y reconocimiento que Hawkins obtenía como agente federal consiguió enorgullecerlos. Del otro hermano poco sabía, pero por hacer oídos sordos y cortar las conversaciones de raíz. Lo que sí, parecía que también estaba en una rama de inteligencia y seguridad nacional. Dos héroes en la misma familia. Único en su especie.

Justo su acompañante iba a mencionarle que bajara un poco la velocidad pero se calló cuando una melodía conocida sonó en los estruendosos y chillones parlantes del vehículo. Una sonrisa retorcida, entre jocosa y rayando en la seriedad se hicieron presentes en él. Ella, iba a cambiar la emisora para evitar el mal rato. Dean no la dejó y como si escucharla tanto en la grabación como en vivo no fuese ya una tortura, giró la perilla del volumen para aumentar su molestia.

En ese momento quiso estrellarse contra cualquier cosa que los hiciera detenerse. Solo ocurrió en su imaginación.

—No, no, no...déjala. Es tu canción. —Dean impidió que volviese a intentar evadir el momento.

Por suerte solo duraba unos pocos minutos. Dos minutos y cincuenta y cuatro segundos para ser exacta. De solo escuchar los primeros bajos, platillos y algún instrumento de aire esperaba que el tiempo pasara rápido. Cada vez que esto sucedía, fuese incluso acapella, Danna reconocía más instrumentos. No se trataba de la canción o del cantante. De hecho, Tom Jones era uno de los artistas que su madre amaba. Era la intención que Dean ponía a la hora de cantar. A veces creía que se estaba burlando de ella por sus...nada normales maneras de reaccionar ante sus claros coqueteos.

—Well, she's all you'd ever want... she's the kind I like to flaunt and take to dinner. —nunca le sorprendía lo entonado que era, menos que justo en

esa parte comenzara a apuntarla—. But she always knows her place. She's got style, she's got grace. She's a winner. She's a lady...

Junto a los índices de ambas manos señalándola, se añadía un nada improvisado baile que consistía en mover la cadera. A la hora del "woah, woah, woah" movía la cabeza de un lado a otro con entusiasmo; hasta hacía creer que él había escrito la letra. Cualquiera ignorante se lo habría creído, eso no lo dudaba. Después, para avergonzarla más, infería que existían probabilidades que entre ellos existiese algo. Sí, enfatizaba "mine" y la miraba con esos encantadores ojos claros y transparentes. La quería convencer de cualquier cosa que su nada inocente mente estuviera inventando. Y no se detenía hasta acabar con la estafalaria interpretación que muchas veces los hacía quedar en ridículo, sobre todo si estaban en un semáforo. La gente los observaba entre horrorizados, embelesados y hasta enamorados, porque ambos eran perfectos, atractivos. Y si por separado llamaban la atención, entonces juntos eran simplemente dinamita. Nadie pensaría que eran agentes de la ley, ni menos que el hombre a su lado llegaría en cuestión de años a los cuarenta. Por suerte su jefe jamás había recibido alguna queja o el hombre habría pagado las consecuencias por sus desmedidas niñerías.

Después del impasse, Dean rió con gusto ante la cara de hastío total de su compañera. Como no le gustaba trabajar con la castaña en ese estado de frialdad extrema, le propuso hacer una competencia de canciones. Cambiaría la radio cada cierto tiempo y si había alguna canción sonando, tendrían que continuar la letra. El perdedor, se vería obligado a invitar al otro a beber. Contaba con que Danna perdiese para ir al bar una de sus noches libres, pero poniendo las cosas en perspectiva, la abrumadora mujer de ojos azules podía resultar ser una excelente competidora. Se tomaba en serio los desafíos, más si había alcohol de por medio. Aumentaba la apuesta. Ahí consumieron varios kilómetros entre temas de los ochenta, noventa y la época actual; cualquiera pensaría que por estar tras el volante Danna perdería concentración pero en realidad se las apañó muy bien. Aún así fue el mayor el ganador por tan solo un punto. Una mísera canción la hizo quedar en el segundo lugar y era porque confundió una oración. Dean no tuvo compasión al reírse a destajo de su falta. La llamó ignorante musical.

—Estaciónate aquí. —puntualizó él cuando vio un espacio disponible.

Danna frenó justo antes de pasarse mucho, puso las luces intermitentes y retrocedió astuta y ágil. Años detrás del manubrio le enseñaron la seguridad suficiente para replicar cualquier película de Rápidos y Furiosos; su hermanastro, tuvo la culpa de inculcarle la pasión por las tuercas y los motores. Hasta el día de hoy estaba actualizada con las marcas más exclusivas, casi siempre deportivos, para añadir a su colección. Apagó el motor, quitó el juego de llaves que depositó en el índice derecho y salió a la fría mañana en New York. Dean se le unió después, cuando ambos

pusieron el pie sobre la acera.

—¿Sabes a quién tenemos que buscar?

—Dudo que tengamos que hacerlo bajo las piedras.

Capítulo 9

Dean no comprendió la oración hasta segundos después. Un amplio operativo tanto de seguridad como de periodistas ya estaba en la entrada de Central Park. También curiosos rodeaban la verde frontera que dividía el gris de los edificios colindantes. Era un gran respiro de tanto cemento, tanta evolución a expensas de la naturaleza que todavía pretendía crecer tranquila entre la civilización. Así como vio la mueca en los labios de su compañero, también percibió la inquietud de estar con tanto público el día de hoy. Podrían ponerlos en peligro si hacían algo mal. La urgencia de su llegada era clasificada, pero sería algo incluso peor de cometer un error. Salvaguardar el bien común era una de sus misiones más importantes.

Ante los primeros pasos de la castaña hacia el lugar, Hawkins extendió la mano delante del cuerpo femenino, con todos los dedos alargados en diagonal. Tocó su vientre, el que se apretó más debido al contacto desprovisto de aviso. Danna necesitaba ser avisada de ese tipo de gestos, más cuando algo en ella se rehusaba a aceptarlos, a sentirlos.

—¿Qué? —fue todo lo que dijo. Molesta, entornó los ojos.

—Tenemos que conversar sobre lo que haremos... —empezó a decir Dean.

Negó. No una ni dos veces. Cuatro. Enfatizó su postura de no perder segundos que podrían jugarles en contra de no tomar decisiones ahora. Volvió a caminar, pero ahora fue la anatomía completa del hombre el que se le cruzó en el camino.

—Tiene una rehén, Danna. ¿Cómo mierda pretendes salirte con la tuya?

—Salirnos. Estamos trabajando juntos. —replicó la joven.

—A veces lo olvidas. Así como también que soy yo el que tiene la experiencia.

Lo notó molesto y por eso decidió suavizar el gesto y también su idea de querer mandar. Sabía que lo que decía era cierto y no existía manera de poder debatirle: era el agente más experimentado de los dos, por ende debería ser él quien tomase las decisiones importantes. Danna solo debía acatar y supervisar que todo saliese bien. Por otro lado eso era prácticamente imposible, y Dean no tenía más remedio que aprender a vivir con esta agente dueña de la verdad.

Lo intuyó, porque tan pronto como bajó la mano, Danna se dirigió hacia su compañero, con mirada imperiosa y llena de ganas de participar. Estaba decidida a permitirse el gusto de proponerle algo. Dean, consciente

de ello, le dio el pase.

—No sabemos lo que sucederá más adelante. —ambos estuvieron de acuerdo con ello, sin embargo el hombre no veía factibilidad, y se lo hizo saber sin rechistar—. Lo que menos necesito ahora Danna, es que tengas un accidente o pongas en riesgo la vida de otros. Hace unas cuantas semanas estuviste en el hospital. —puntualizó. Se cruzó de brazos.

Ese gesto solo infería denotar una sola cosa; que no podría salirse con la suya. No podía dejar que decretara que sería así o definitivamente no habría nada más que hacer.

—Pero me recuperé muy bien. —bastaba con verla de pie y erguida como de costumbre para darse cuenta de eso—. En todo caso, no propondré nada que ponga en riesgo a más personas. —acercó su cuerpo al agente para así susurrarle en el oído—. Pero no dejaré que alguien quede con secuelas psicológicas tampoco.

Al fin de cuentas Danna sabía muy bien lo que eso significaba. Más que eso, debía vivir con los recuerdos de su infancia auestas desde hace años. Veintisiete años de carga sobre sus hombros, porque incluso antes de nacer ya traía una responsabilidad encima. A simple vista se le veía como una mujer normal, puede que más atractiva que el promedio, quizás inaccesible para los hombres más alentados a coquetear o antipática según lo que mujeres comentarían con otras, pero seguía siendo común si no se escarbaba demasiado. Pretendía que nadie llegara a eso, por eso esa manera tan impasible de comportarse. Y los que se atrevían a pasar la primera prueba, recorrerían el infierno para verla tal y como era. Hasta en ese último tramo es que se negaba a asumir la herencia bondadosa y preocupada de su madre.

Miró a Dean después de la íntima confesión que había generado entre ambos. No tuvo que argumentar más puesto que el agente, tan inteligente y arraigado en sus labores, interpretó a la perfección lo que ella quiso decir con el cuerpo. Mejor ejemplificación que esa no existía.

Así fue como ambos dieron comienzo al plan que los llevaría al éxito una vez más y que les permitiría tener las anheladas vacaciones de dos semanas, esas donde Danna aprovecharía para alejarse de la alocada vida a la que estaba acostumbrada. Había prometido a sus hermanastros visitarles, pasar más tiempo con ellos y dejarse querer, con esas palabras. Ellos estaban en el centro de su universo; penaba por la menor de los tres, puesto que lamentaba que tuviese una madre tan horrible como Giordana cuyos genes no fueron dominantes. Era lo único por lo que agradecía a Dios; su relación se había roto por completo en el momento de quedar huérfana. Dante era igual a su padre, caballero y forjado con elegancia italiana, siempre dispuesto a proteger a los suyos. También

necesitaba verlo.

Sobre su plan, la italoamericana estipuló dos cosas trascendentales: actuar con la cabeza fría y dispararle de ser necesario. Como prometió, quiso poner a salvo a tantas personas como fuera posible y su coqueto compañero le ayudó en la tarea. Ambos trabajaban como uno solo y podían adivinar lo que el otro pensaba. Era lo más cercano a conexión que tendría con alguien. Dean se encargó de pedir refuerzos, los que tomarían pocos minutos en llegar pero que sin duda ayudarían a la causa. La policía comenzó a acordonar el área, impidiendo el paso a aquellos que pretendían dar un paseo. Buscaban excusas para poder cruzar de todas formas, inconscientes del riesgo al que se exponían. El problema era que Central Park tenía considerada grandes hectáreas de terreno, por lo que era imposible mantener a mucha gente afuera. Lo peor que podía sucederles era tener que perseguirlo entre verdosa naturaleza y perderlo de vista.

Eso le recordó lo arriesgada que fue años atrás al adentrarse a los vicios durante sus primeros meses en la ciudad. Era joven y quería independencia. Más que eso, sentirse en casa.

—¿Por dónde atacaremos, entonces? —la voz gruesa y seductora de Dean rompió la cadena de sus recuerdos.

A veces veía las escenas correr igual que en una película. No habían voces ni ruido, solo imágenes que creaban movimiento. Podía reconocer cada etapa de su vida, darle una edad, un lugar físico. En algunas oportunidades asemejaba estas con olores o canciones, pero prefería más las primeras porque siempre el exquisito aroma de la salsa de tomate de su nonna le activaba los sensores, o los dulces que comía con sus hermanastros a escondidas para que nadie les regañara. De su adolescencia también, aunque los perfumes fueron el elemento olfativo de sus rebeldes dieciséis.

Danna le miró de frente. Inventó una sonrisa temblorosa al no tener idea de si agregó algo más a la conversación o no. Apartó un mechón de cabello más corto de adelante hasta atrapararlo con la oreja. Dudaría ahí un par de minutos más puesto que confiaba con poder hacer gala de su estado físico.

—Por suerte está casi en la entrada. —dudó un instante—. ¿Y si vamos por el lado oeste?

Él puso mala cara en cuanto las primeras palabras salieron como disculpa. Tan torpe fue su primera intromisión que no le quedó más remedio que encogerse de hombros y dar tres pasos hacia Central Park. Excusarse ya no servía de nada. Lo que había dicho era una soberana estupidez. Lejos de lo presupuestado, al final Hawkins ladeó una sonrisa burlesca y se

calló, pero le siguió el andar con poca distancia.

Cuando dijo "entrada", en realidad se refería a un largo trecho cementado. Más que largo era extenso; los árboles y el aire diferente, alejado de todo lo que la ciudad entregaba a sus residentes, permitía que el recorrido no fuese agotador ni aburrido. Hallarse ahí era magnífico pese a que la situación que tenían por delante no la dejaba estar amena como cuando venía con su madre a dar paseos los domingos. Un policía apenas la miró cuando presentó la placa federal; los ánimos entre ambos bandos nunca habían sido los más profesionales. Los agentes eran mejores que ellos y así, hasta llegar a los grandes escalones. En todo caso, suponía que esa enemistad generalizada era por las preconcepciones creadas por series de televisión o comedias. Donas, ineptitud, displicencia e ignorancia fue lo primero que se le vino a la cabeza. Más no era del todo cierto porque Danna conocía a varios colegas con una capacidad increíble de deducción y acción. El resto era solo ficción. Se vio forzada a agradecer el trabajo hecho, y pidió que las cosas siguieran así. No sonó a una petición real: fue una orden que hasta Dean se sintió en la necesidad de cumplir porque volvió a repetírselo al sujeto hasta que igual de obligado, aceptó sin derecho a réplica.

Los dos, porque en eso se basaban los equipos, indagaron con determinada inspección. Si la banda completa arrancó en dicha dirección nada les impedía seguir escondidos. Contaban con que fuese uno solo y no varios, porque el improvisado plan no sería más que un bosquejo en vez de una idea real. Dean la alentó mientras los pies eran los responsables de distinguir el camino, evitar piedras, papeles o excremento. Dijo que no podía resultar mal, si después de todos esos años no tuvieron problemas con el bureau ni menos con su trabajo. A excepción de la vez en que su ex novia apareció y creó todo un escándalo frente a sus compañeros, claro. Pero eso no fue culpa de ninguno. O si había alguien a quien echarle el muerto encima, era a él, pero por ser irresistible. Lo dijo textual. Ella deseó reírse a mandíbula batiente pero prefirió callar. Sus armas se convirtieron en un adorno visible ante los ojos de cualquiera que alertara su presencia, que también fomentó la confianza concisa y cementada en ellos durante años. Llevando el mismo paso, por fin cruzaron el primer tramo. Lo demás resultaba casi posible, breve.

Ojalá el problema hubiese sido falta de luz, porque entonces los puntos muertos habrían sido excelentes compañeros, aliados más que enemigos. Pero ahora, todas las sombras, movimientos y juegos del sol resultaron peligrosos. Los rayos enceguecían su vista y convino en que lo mejor que podrían hacer entonces, era atacar desde los extremos. Propuso al agente separarse, traspasar las barreras de cemento y entonces poder abarcar más terreno. Fue lo mejor que se le ocurrió y para quitar un poco de tensión, añadió a modo cizañoso, si es que era capaz de saltar o prefería quedarse sentado en la amplia variedad de asientos que el parque

entregaba. No hubo respuesta del otro lado sobre su chiste.

—¿Pretendes que te deje andar por ahí sin saber a lo que te puedes enfrentar más adelante?

Argumentó Dean de vuelta. No comprendía cómo era posible que el mismo hombre que halagó su rápida incorporación al FBI, le enseñó todo lo necesario y se hizo responsable por ella, ahora tuviese esa mirada más parecida a la de su padre al intentar protegerla de algo que no había pedido en absoluto. Más que eso, le incomodó la audaz mirada de su compañero. Indagó en ella y supo en cosa de segundos lo que quería decirle. La negativa fue igual de rápida.

Capítulo 10

—Ni lo pienses, Dean Hawkins. —mantuvo su gélida mirada en la ajena, tanto que ni siquiera pestañeó. Hasta le apuntó con el índice—. Me he partido el culo en cada jodido caso. No me echaré atrás ahora.

—No estoy diciendo eso. —intentó mediar contra la ráfaga de furia que era Danna cuando algo se salía de su control—. Pero quizás no era tiempo de que aceptaras venir.

Anonadada por la repentina confesión del agente, se quedó muda. No supo el tiempo transcurrido desde ese momento, pero vio necesario hasta bajar la cabeza para así evitar encontrarse con esos ojos de cachorro que Dean ponía cada vez que metía la pata, —que sucedía en la mayor parte de sus interacciones—, y que creía funcionaba con ella. Lejos de sentir pena o ternura, le daban ganas de alivianar el cartucho del arma en él. El motivo para decírselo fue claro: todavía estaba media convaleciente, pero no por eso haría el trabajo a medias. ¿Cuándo algo la había detenido? Era más bien un insulto, y fue exactamente así como lo tomó.

—¿Me estás diciendo esto ahora, justo que estamos en medio de un caso? —se hicieron transparentes como el agua sus intenciones para responder. Lo retó a que le dijera otra cosa que terminase por jalar el gatillo de la granada—. Eres un imbécil con letras mayúsculas.

—Danna...

Dean trató en vano de llamar su atención. Para entonces la italoamericana ya había abandonado su campo de visión. Se removi6 inc6modo, buscándola con la mirada. Sus ojos bailaron en tantas direcciones y en tan poco tiempo, que cedió ante el dolor de los nervios y presion6 con dos dedos en los lagrimales. Activ6 un bot6n sensible en su compa6era, su orgullo, y en el pasado las cosas no salieron nada bien como ahora veía. No pudo gritar su nombre para no poner en aviso a su presa, pero al poco andar di6 con su agraciada figura pasando por sobre una muralla baja de cemento que conectaba hacia otro lado del parque. Apenas la vio, baj6 los hombros con tranquilidad. Y resignaci6n. No le qued6 m6s alternativa que unírsele en cuanto sus pasos rompieron la distancia impuesta por la joven, y qued6 a unos cent6metros atr6s.

—Tenemos que ir por aqu6. —indic6 sin mirarle—. Llegaremos m6s r6pido.

—¿Disparar6s? —la interrog6 antes de pensar en caminar.

—Si no se entrega, por supuesto.

La frialdad de sus palabras habrían desarmado a cualquiera, menos a Dean. Había visto en tantas ocasiones a su hermosa compañera en ese estado que le parecía que la sangre era cotidiana para ella, costumbre, y que no le molestaba. Más que eso, algo en el secretismo de su vida lo atrapaba tanto al punto de no ser capaz de discernir si era solo un asunto profesional o tenía que ver con sus intenciones de conquistarla. Creía que era un mar de misterios por descubrir y que jamás conseguiría descifrarlos todos. Sobre todo en lo que se refería a su familia.

—Está bien. —resolvió con naturalidad. De todas formas era él quien tomaría la decisión final.

Más sencillo era callarse antes que pelear. Del modo que se viese era una ganancia redonda.

Danna dejó que el más alto la acompañara el resto del camino más no volvió a pronunciar palabra sobre lo sucedido. Tenía la cabeza puesta en su trabajo, en todo lo que acontecía a su alrededor. Por suerte las personas que seguían dentro estaban al tanto de su presencia porque de inmediato buscaron lugares donde esconderse, lo que agradeció. Sus pisadas se hicieron tan suaves que apenas se podía oír el roce de la suela de goma contra algunas hojas secas y crujientes; Dean, supo imitar cada uno de los movimientos ajenos, y como un compañero de trabajo a la altura de Costello, de reojo captó el objetivo.

Dos dedos y un gesto con la cabeza fueron indicadores para señalar la posición del hombre y la mujer encerrada entre unos agresivos brazos. La vieron nerviosa, asustada y con el maquillaje de los ojos corrido. Posiblemente tendría que asistir a algunas sesiones de terapia para apalear tan horrible situación, lo que generó en Danna una rabia incontenible. Frunció el ceño y tensó la mandíbula. Dean al verla, negó y puso una mano en su hombro para calmarla. Fue peor, pero al menos esta vez no le rugió de vuelta.

—No se acerquen más.

Una voz que quiso ser dominante rompió de golpe la supuesta calma de New York. En realidad fue un intento paupérrimo; su timbre era joven, adolescente, y se notó el nerviosismo de principiante, lo que ellos tomaron como un gran paso por delante. Fue lo que necesitaban para agarrar las riendas y perder el miedo. Ese pobre individuo sería incapaz de hacerle daño a alguien. Sus años en el bureau, los casos vistos y los perfiles investigados ayudaron a tomar la decisión.

Dean esperó unos pasos más atrás por si habían otros involucrados, y la agente empezó a romper el círculo de supuesta protección que el hombre, conocido después como James, pretendía con la mujer de rehén. No pudo faltar el contacto visual, uno que Danna puso a su favor; por supuesto que

debía usar tantas herramientas posibles y si su mirada era una de ellas, bienvenida fue entre ellos.

Como no era buena verbalizando sus emociones, su mirada y rostro en general suponían el espejo que las cuerdas vocales no querían dejar a la vista. Y también, había aprendido a fingir y a ocultar, dos armas muy peligrosas si sabían usarse con inteligencia.

—No tienes dónde más ir. —respondió Danna, lista para apuntarle. Mantuvo el brazo abajo como muestra de no hacerlo todavía.

—Puedo matarla.

—No lo harás. —segura de lo que decía, negó—. Tienes miedo. Si eres un mínimo de inteligente, aceptarás nuestra propuesta.

El hombre, desconfiado, observó a Dean. El último no dudó en formar parte del íntimo grupo y tomar las riendas del asunto, gesto que la castaña agradeció con un paso al costado. James enarcó una ceja, dudó de sus propias acciones y como clara evasiva, presionó el cuello de su víctima un poco más. Ella, entreabrió la boca en busca de oxígeno, pero el tono rosado de su piel dictaminó que no estaba haciendo un buen trabajo. La situación se ponía más tensa y complicada pero lo ideal era no presionar mucho, lo que a simple vista no se podía definir con certeza.

—¿Qué propuesta? —habló por fin. Intimidado con la presencia de los dos agentes pensó que lo mejor que podía hacer era escuchar. Llegar a un acuerdo.

—Podemos negociar el tiempo que permanecerás en la cárcel, por ejemplo. —cuando vio que la vista del hombre pareció iluminarse, el agente obtuvo la llave para cerrar el acuerdo—. Pero para eso tendrás que darnos nombres, delitos y dejar ir a la víctima.

Puso ambas manos por delante, cauteloso y en una postura conciliadora que solo una calma de acero como la de Dean servía de salvavidas en estos casos. Admiraba ciertas partes de la personalidad de su compañero, y por supuesto que esa era una de ellas. Danna no pensaba mucho con la razón, sino que usaba el pretexto de ser tan apasionada que se saltaba la reflexión e iba de lleno a la acción. Por eso se necesitaban mutuamente, para hacer una sola cabeza pensante. Le gustó la propuesta del mayor. Aunque no pudo decir lo mismo de su enemigo del día. Así como quiso oír lo que tenían pensado para él, cerró las puertas a la inexistente negociación.

La tercera en discordia tendría que pagar las consecuencias. Apretó más fuerte, con más odio. El rostro bello y sonrosado pasó al rojo furioso en cuestión de segundos. Danna la vio luchar por su vida, por mantener el

aire en su cuerpo, el que con tanta injusticia era arrancado de los pulmones de una inocente sin que ellos pudiesen hacer algo. Igual que años atrás su madre estuvo en las mismas circunstancias y nadie pudo ayudarla. Pero ahora era todo diferente, porque podía cambiar la cronología de los hechos. Iba a hacerlo.

—No aceptará delatar a sus compañeros, Dean. —giró su cuerpo hacia él—. No por fidelidad, sino que por miedo a las represalias. —explicó en vano; eso ya lo sabían—. Déjame dispararle.

Trivial. Así fue como sonó la petición de la italoamericana, quien empujada por el deseo de parar el sufrimiento de alguien más, la ira de ver el poder en las manos equivocadas y con la persona incorrecta, estaba dispuesta a pasar por una exhaustiva investigación si eso evitaba que algún hijo, quizás, debiese pasar por la pérdida de su madre.

Dean titubeó. Sabía muy bien lo que eso tendría que ver en sus antecedentes. No solo por ella, porque estaba escrito sobre hierro que iba a estar para Danna, que la apoyaría sin importar las consecuencias, sino que por él. Al ser el que llevaba más años en la institución podía comprender los riesgos de tomar una decisión así, y lo inescrupulosos que serían frente a los ojos de los demás agentes. Pero joder, ver la escena habría hecho que cualquiera tomase una opción desesperada y en ese momento, nítida. Todos tenían los mismos derechos, todos eran seres humanos, pero ver el miedo y la pérdida de vida en los ojos de la joven lo desarmaron por completo.

—Agente Costello, tiene orden de usar su arma de servicio de ser necesario.

Ella, indiferente al enorme esfuerzo que supuso dar la orden, no lo pensó dos veces. Daba la impresión de haber nacido con ese don para juzgar a los demás, para definir quién se merecía misericordia y quién no pasaba por su estricta moral, la que por supuesto no usaba cuando se trataba de sí misma. Danna no tomaba en cuenta el dicho: "con la vara que midas serás medido". A la mierda con esas cosas. Era más interesante tentar al diablo y regirse con sus propias y estiradas reglas, las que siempre movía a su beneficio.

Acentuó más la pose, lista para disparar, pero también para entregar el discurso aprendido de memoria y dicho con las mismas pausas de siempre. Carecía ya de sentido en su mente, como cuando se repite una palabra muchas veces y parece no sonar bien, pero no resultó importante para ella. Ni para Dean, que ya tenía el arma en la misma dirección que la irreverente y joven agente.

—Suelte a la rehén o me veré en la obligación de hacer uso del arma,

reducirlo y leerle sus derechos.

Una risa escapó de los labios de James. La estaba provocando, porque sabía que las personas como Danna perdían los estribos con facilidad. Y si la desquiciaba, probablemente cometería un error garrafal que le costaría la carrera a ambos agentes y a él, menos años en la cárcel.

Capítulo 11

Ella, tan altanera e inteligente, no cayó en los juegos infantiles del hombre. Sin embargo, alzó una castaña y delicada ceja en tono condescendiente. Ambos se retaron con interés desigual.

—A la mierda. No voy a mediar con un delincuente.

Disparó entonces. El ruido del arma se le hizo corto y veloz, igual que el impacto que recibió el sospechoso. No lo mató principalmente por el jodido papeleo y los interrogatorios, pero habiéndole dado en el hombro derecho permitió que la víctima se librase y pudiese escapar a un lugar seguro, el que encontró en Dean. Él la recibió con su cuerpo pero la mirada estaba tácita sobre la agente y en la escena final.

El hombre hincó una rodilla en el cemento y se inclinó entre gemidos de dolor e impotencia hasta que su anatomía no fue más que un garabato redondo en el suelo. Si Danna oyó los improperios que este le lanzó, pretendió no escucharlo. Habría pateado la ensangrentada extremidad como venganza y no se habría sentido mal, incluso si eso supusiera el regaño inmediato de su compañero. Con la dificultad del herido para poder arrancar, esperó a que Dean dejara a la muchacha con un policía que llegó a su encuentro y así poder cerrar el día de manera redonda.

Fue el mismo agente que ayudó al perpetrador del robo y casi secuestro a levantarse. Danna no quería mancharse el uniforme con sangre.

—¿Tú o yo? —increpó la mujer.

—Nunca lo pones fácil. —respondió Dean, quien además se decidió por una victoriosa sonrisa.

Su mano estaba en el antebrazo ajeno para proporcionarle sostén mientras tanto. La sangre brotaba de la tela que cubría la zona, regalo de la italoamericana, que igualmente era notoria a pesar del color de la misma.

—Los dos. —dictaminó ella con frugal entusiasmo.

Dean aceptó la invitación. Aclaró su garganta y rebuscó en el interior de su chaqueta el juego de esposas.

—Queda arrestado bajo la jurisdicción del FBI, bajo los delitos de robo e intento de secuestro. Tiene derecho a guardar silencio... —encerró una muñeca en medio del metal—. ...cualquier cosa que se diga puede ser

usada en su contra. —segunda muñeca lista y ambas tras la espalda.

—Tiene derecho a contar con un abogado, y si no tiene, el tribunal le proporcionará uno. —finalizó Danna, quien mostró menos interés que antes.

Emprendieron un calmado andar hacia la salida del parque. Ella deseaba empujarlo e obligarlo a acelerar la marcha pero como también tenía derechos, lo principal era salvaguardar su salud. Por eso una ambulancia estaría esperando por ellos tres a la salida.

—Eres una hija de puta. —James escupió al suelo con asco. Ella rió como consecuencia inmediata—. Lo eres. Una hija de puta desquiciada.

Ahí captó el acento irlandés indiscutible, enfadado y potente que poseía el hombre. No le importó la despectiva manera en que se refirió o los intentos por zafarse de sus brazos, donde cada uno de los agentes afianzó los dedos para evitar una escapatoria innecesaria. Si James no corrió, fue porque sabía que la italoamericana era muy capaz de dispararle y dejarlo sin vida en el suelo.

—¿Qué opinas, Dean? —Danna conversó como si nada mientras arrastraban el pesado cuerpo con ellos.

—Que tiene toda la razón. —opinó sin pensar mucho—. Lo eres.

Danna pareció sopesar la idea, tanto que saboreó una a una las palabras, después en sílabas y finalmente el real significado que este tenía.

—Lo soy. —decretó con una calma desquiciante—. Aunque podría haberte matado y serías un problema menos para el sistema. Una celda menos que ocupar, menos dinero que gastar. —despreocupada es que habló de lo que pensaba, sin tapujos—. Pero aquí estoy, hija de puta y todo, manteniéndote con vida. Podrías darme las gracias.

Preparándose para el discurso, Dean comenzó a repetir lo que Danna decía. Mantenía las mismas pausas, acentos, gestos incluso. Eso no hizo más que molestar al que iba en medio de ambos, que selló sus labios durante todo el camino. Algunas personas les aplaudieron, pero ella no puso atención. El agente, sonrió por cortesía como la mayoría de las veces; se habían transformado en héroes ante los ojos de los demás y aunque fuese una recompensa moral, todavía debían enfrentar lo que se venía en el bureau.

Dejaron a James con tres paramédicos que le dieron los primeros auxilios a la herida abierta para evitar que se infectara. Esperaron unos minutos, necesitaban comprobar que no había peligro o algo comprometido. Después, todos los pasos para conseguir interrogarlo y procesarlo. Era

una larga espera para la menor.

Dean, apoyó un hombro en el lateral de la ambulancia mientras tanto.

—¿Irás a Nápoles, entonces?

Sonaba a una pregunta retórica, puesto que eso no estaba en tela de juicio.

—Por supuesto que sí, cazzo.

—Pensé que no querías ir. —tentó a la suerte una vez más.

—Claro que quiero. No por mucho tiempo, pero iré.

—¿Me invitarás? —cuestionó el de ojos verdes.

—Imposible.

Eso podía tener miles de mensajes erróneos, tanto para él como para su padre. Lo único que quería es que alguna vez le contase que estaba enamorada o al menos en una relación. Sería ideal que la mayor de la familia ya pensara en casarse y formar una familia. Alessandro no consideraba eso como un imposible, incluso cuando Danna había sido muy directa a la hora de negarse a la idea.

Dean bufó y antes de dejarla sola, la escrutó una última vez.

—Espero que me traigas algo de tu viaje a Italia, Costello.

Capítulo 12

La mañana siguiente comenzó a las diez y media, después de darse una ducha y tomar desayuno. Esperanzada con poder salir antes de que Marie la llamase, apresuró su rutina mucho más. Quedaron en que hoy tendría tiempo para verse por Skype, lo que era igual a dos horas sin poder moverse ni tampoco ir al baño o comer. Por eso prefirió la noche, para poder cumplirle el capricho hasta verla quedarse dormida. Además, hoy tenía cosas más importantes que hacer y dejar listas antes de su viaje a Nápoles.

Con el día libre en el FBI, tomó las llaves del Ferrari azul eléctrico con intención de dirigirse al bar lo más rápido que pudiese. Todos los dólares en automóviles no eran otra cosa que demostrar los gastos que se podían hacer en la familia Costello sin que doliese el bolsillo, al igual que las joyas y la ropa, otra de sus grandes debilidades. Usaba un ajustado vestido color gris perla que parecía de lanilla y amoldaba a la perfección sus cualidades físicas. Las zapatillas blancas formaron parte del outfit que le permitió conducir con facilidad. El abrigo iba en el brazo donde también estaba el bolso negro, del mismo tono. Detrás del volante, con las palmas apretadas alrededor del cuero oscuro, condujo mientras la música anglosajona inundó sus oídos al punto de por primera vez en horas, no pensar en lo que sucedía a su alrededor. La velocidad era otro de sus elementos, donde mejor conseguía desenvolverse.

Vivir a las afueras de la ciudad le permitía la paz que en el centro no encontraba pero que de todas formas conseguía atraerla como un imán. New York tenía claras desventajas como la cantidad exuberante de población, la contaminación acústica y de los automóviles, las noches llenas de luces y vida nocturna, pero también resultaba ser el lugar donde las personas iban a conseguir sus sueños y a luchar por ellos. Para los residentes ese encanto vivía indómito e interior en cada uno de ellos, pero ya no causaba tanta exaltación. Con tanto movimiento de día y en las tardes, necesitaba tener un espacio relajado y sereno donde dejar sus pensamientos fluir con fuerza, fuese para bien o para mal. Toda alma alocada y rebelde necesitaba de un lugar donde recargar sus energías, y New Hampshire era el espacio de la mayor de los Costello.

Una sola vez, debido a cuestionamientos en base a sus noches de intoxicación y desmadre —drogas, alcohol y sexo con personas que jamás recordaría después, todo eso mucho antes de ser agente—, pensó en mudarse para así tener un comienzo desde cero y poder armar su vida. Tomar las riendas de ella con tal de que su padre no tuviese conocimiento de sus andanzas, y como conclusión, la obligara a regresar a Nápoles con él. La ciudad de las estrellas, Los Ángeles, fue el lugar donde puso intenciones. Tanto así fue su interés por abandonar y dejar atrás todo lo hecho en cuanto a negocios, que estuvo a prácticamente nada de firmar

los papeles que eran pedidos para poder reglamentar tanto su nueva casa como el bar. Se arrepintió cuando se dio cuenta que no era una acción propia suya; Danna jamás abandonaría todo lo que había conseguido, el esfuerzo, la confianza de su padre a la hora de proporcionarle el dinero para empezar esa idea demente que tenía en la cabeza, ni menos la casa donde había crecido. No huiría, solo tendría que cambiar su vida en trescientos sesenta grados y volver a centrarse en lo que la llevó ahí. Lo consiguió, pero para eso tuvo que pasar por muchas sesiones de rehabilitación y exámenes psiquiátricos que avalaron su buena conducta y mejoría.

Estacionó el automóvil fuera del recinto casi media hora después de la salida. El tráfico imponente y los taxis metiéndose por todos lados para atrapar pasajeros fueron los responsables de esa pequeña demora. Con la misma intención de recuperar el tiempo perdido, corrió más que caminar, a trompicones por la vereda. Aprovechó de interponerse en el paso de algunas personas que la quedaron mirando mal. Apenas y balbuceó una disculpa por su imprudente actuar, pero es que si había algo que odiaba era llegar tarde. Tal fue su obsesiva idea en la cabeza, que con todo el frío que hacía ni siquiera frenó para ponerse el abrigo, el que perdería todo sentido en ese paseo matutino.

Abrió la puerta del Bella Delle, —nombre que puso en honor a su madre—, que estaba sin seguro ni cadenas. Alguien más ya estaba en el interior, lo que la hizo sonreír de medio lado. El bar era amplio con dos filas de mesas en la misma cantidad, ocho, y en medio cuatro para no congestionarlo demasiado. En el fondo y casi pegada a la muralla, una barra color caoba traída desde Italia, donde siete taburetes invitaban a los solitarios a compartir con la bartender. Por detrás, contaba con varios compartimentos en los cuales habían vasos, paños, servilletas, pocillos e instrumentos. A veces, también quedaban restos de sus dibujos en hojas y sobre estos, un lápiz grafito y una goma de borrar. Hacia la derecha, viendo desde la barra, la cocina donde los platillos más exquisitos salían para tentar a aquellos que no deseaban que el alcohol los tomase por sorpresa. Del otro lado, la oficina donde Danna apenas y pasaba tiempo, pero que servía para hacer negocios, recibir entregas importantes y dejar sus cosas. Siguiendo por el pasillo, una zona exclusiva para reuniones privadas y frente a esta, un cuadrado para la zona de fumadores. Tanto espacio parecía increíble para un bar, pero antes de eso, era el lugar donde Danielle impartía sus clases.

Cuando volvió a su lugar de origen, ya contaba con que su madre dejase una herencia para ella. La casa y el estudio de baile, las únicas posesiones que tenía y que quedaron en manos de su padre al no tener cómo contactarse con su familia materna. Esto la sorprendió tanto que fue incapaz de pensar que fuese algo normal, pero aceptó. Como no iba por el lado de las artes, quiso transformarlo en bar. Ya tenía conocimiento como bartender y su educación universitaria le permitía hacerse cargo de este.

Antes de llegar a Estados Unidos lo tenía previsto, y Alessandro, tan encaprichado con darle en el gusto, puso todo de su parte para que su primogénita estuviese cómoda. Y surtió frutos porque en pocos meses pudo devolver a su padre todo el dinero invertido. Demostró responsabilidad y sentido de trabajo, lo que a los ojos de su padre era más de lo que podía pedir.

Buscó con la mirada en el interior hasta que halló a dos de sus trabajadoras. Samantha Walsh y Alice Myers, camareras desde hace años, casi los mismos que llevaba en el rubro. Ellas evitaban que constantemente perdiese la paciencia o deseara asesinar a algún cliente insatisfecho o molesto; atendían las mesas mientras Danna fabricaba tragos cada vez más complejos tras la barra. Ayudaban en todo lo que podían y se habían transformado en parte del paisaje joven de aspecto que el Bella Delle inspiraba. Fue apenas un saludo con la mano pero con la promesa de remediarlo cuando regresara. Ahora, su primera e inmediata reacción fue alcanzar a Nick, el cocinero, tras la puerta con la ventanilla circular.

No quería dedicarse a la venta de alimentos, pero Marie y Dante lograron convencer a la testaruda hermanastra para que aceptase la idea. Lo esencial era despachar tablas, bocadillos y preparaciones sencillas. Hasta ahora, Nick jamás le había fallado.

¿Cómo conoció a Nick Crawford? En el momento en que buscó un cocinero. Se presentó ante ella, y muy convencido de que podría conseguir el empleo, la sedujo con su capacidad para equilibrar lo dulce y lo salado en un solo platillo de sushi. Se la ganó, cosa muy complicada de hacer. Desde entonces, llevaba trabajando a su lado los años suficientes como para haberle otorgado su confianza y las llaves del bar. Nunca le había fallado ni tampoco faltado al trabajo. Su humor contagioso y la sonrisa espléndida que transmitía provocaba que los peores días tuviesen algo de interesantes. Danna creía que en cualquier momento la abandonaría para poder seguir con sus estudios culinarios, pero Nick fiel a su agradecimiento por la oportunidad de demostrar sus habilidades, juró que de ser el caso, aunque lo dudaba, entonces se lo haría saber con anticipación. Tres años después de eso, las cosas seguían el mismo rumbo.

—Buonasera, bella Danna. —Nick abrió los brazos al verla entrar. Fingió un mejor italiano esta vez.

Cortaba unas verduras con tanto entusiasmo que le pareció que el abrazo era una cuestión poco importante. Verle trocear la coliflor, los pimientos y zanahorias se transformaba en un real placer, sobre todo por la elegancia que depositaba en los largos y estudiados movimientos con el cuchillo. Su herramienta de trabajo, en la zurda, le impidió seguir adelante con sus pasos. Archeó una ceja mientras él, tomando su reacción con alegría, dejó

el filo sobre la mesa, en la tabla de cortar. Se limpió las manos en el delantal color blanco que le cubría apenas un porcentaje de la ropa, listo para el reencuentro.

Atractivo, alto y de contextura delgada, con una barbilla cuadrada y de la misma edad que ella, veintisiete, habría sido el sueño erótico de cualquier mujer que pusiera los ojos en él, incluida ella. Pero su afán por siempre tener sus mundos separados lograba mantener una amistad que se le hacía extremadamente cómoda. Nick expresaba dos cosas con mucha claridad: juventud y serenidad, lo que no le restaba adultez y responsabilidad en los momentos apropiados. Alegre por naturaleza, entregado a su trabajo, leal a sus amigos y dueño de su vida. Un gran elemento dentro del bar, eso sin duda.

—Has tenido tiempo para practicar mientras no he estado... —dejó un beso en su mejilla cuando él la sostuvo por la cintura.

—Un poco. Mientras cocino voy repitiendo palabras... —mover la cabeza de un lado a otro al separarse.

Danna asintió con solemnidad. Los tres hacían un maravilloso trabajo y ella jamás podría agradecerles la labor y el tiempo invertido ahí, en lo que se hacía transformado en un sueño y terminó siendo una realidad. Avanzó unos cuantos pasos hacia la cocina, donde buscó con interés algo para comer. Su desayuno había sido hace apenas una hora y cuarto como mucho, pero el hambre hacía mella en cada músculo de su cuerpo. Supuso que se debía a la ansiedad constante en la que vivía y a la que no quería ponerle freno por medio de pastillas. Eso solo la aletargaría más y no era propio de una agente estar bajo la influencia de medicamentos tan fuertes como esos. Cuando por fin encontró una naranja, enterró sus dedos para así quitarle la piel. Nick la entretuvo mientras con preguntas relevantes a lo que sucedería para su cumpleaños, —faltaban al menos siete meses más pero desde ya comenzaba con los planes para conseguir tener todo en orden—, y de cómo estaban sus hermanastros. Contuvo la mitad de los improperios al no poder pelar la naranja en lo que a media voz respondía. Al final, Nick extendió la palma de su diestra y facilitó la tarea.

—Paciencia, Danna. —dijo. Sostuvo la fruta en el aire cuando Danna se la lanzó.

Limpió el cuchillo y se preocupó de quitar toda la piel de la circunferencia. Era tan talentoso que consiguió quitarla en una sola hilera que colgaba más y más. Sorprendida por la rapidez, sonrió y agradeció el gesto de su compañero.

—Seguro que aprendes más rápido y con versatilidad si empezaras a

hacer frases más largas.

Aunque sabía que vendrían las preguntas relacionadas a cómo había aprendido ella, —porque no era la primera vez que Nick pretendía aprender el idioma—, no quiso recordar su infancia y el desagradable encuentro que tuvo con un lenguaje totalmente diferente del que conoció durante años.

—Cuento con que me corrijas. —comentó, alzando sus cejas. Tomó un pocillo donde dejó los gajos—. Listo.

—Grazie mille, caro. —sostuvo la porcelana con una mano—. Cuenta con ello. —mantuvo la mirada sobre el anaranjado por un breve instante—. ¿Qué me cuentas?

—Bueno...no me quejo mucho. O creo que es mejor no hacerlo.

Enarcó una ceja en cuanto Nick dejó de responder. Se quedó esperando por más pero lo único que obtuvo fue unas manos por delante y una negación de cabeza. Vio la preocupación en los castaños ajenos, lo que le gustó menos. Ella mordisqueó un gajo, indiferente de que el líquido saltó hacia todos lados pero no en su boca, porque prefería mil veces quedarse callada y hasta morderse la lengua que comenzar con sus interrogatorios. Se llevaban muy bien, pero no dejaría a Leonard en segundo plano, y eso era justo lo que inquietaba su interior: algo no le estaba contando y probablemente tenía que ver con la manera en que Danna lo tomaría, lo que de pronto lo puso al mismo nivel de su mejor amigo.

—Estuve pensando en seguir especializándome.

—Eso... —disimuló la repentina decepción que esto provocó en ella—. ...suena bien, Nick. Era una de las cosas que deseabas hacer, ¿no?

Como no vio seguridad en su mirada, Danna se sintió relajada. Egoísta y contenta porque no buscaría a alguien que lo reemplazara mientras tanto. Seguramente eran meses o años, todo dependiendo del curso que quisiera tomar. Nick movió la cabeza en varias oleadas para orientar a la italoamericana con su respuesta. Sí, claro que estaba en sus planes.

—No quiero que pienses que te estoy dejando, Danna. —fue lo primero que el hombre dijo.

Ella sonrió. Claro que no lo estaba haciendo, no con permanencia. No le quedó más que alegrarse por él, hacerlo de corazón.

Capítulo 13

—Sé que no lo haces. —comió otra naranja—. Sabes que tu trabajo seguirá estando aquí cuando regreses.

—¿Regresar? —Nick dejó una mano en el borde de la mesa—. Tomaré clases por las mañanas. Temprano, para poder venir aquí y trabajar como cualquier día normal.

Esa idea le gustó, y la sonrisa fue más extensa y notoria. Nick lo notó, y también respondió con alegría.

—No quería buscar a otra persona. —confesó al cabo de unos segundos de silencio.

Rieron a destajo. Cuando terminó la naranja depositó el pocillo en el interior del fregadero industrial.

—Sé que no. —convino con suavidad—. Y yo tampoco quería irme.

—Gracias, Nick. —Danna llamó su atención cuando él decidió seguir con lo suyo.

—Prego. —mostró sus dientes blancos a la hora de responder.

Las relaciones laborales siempre fueron complicadas para la mayor de los Costello. Acostumbrada a vérselas por su cuenta, tomar las decisiones por ser primogénita y también por su poca conexión con Italia, prefería el trabajo individual al del equipo. Pero cuando contrató a esos tres, su vida cambió drásticamente. Gracias a ellos es que Danna estuvo lista para tener a Dean como compañero. De otra forma, su convivencia habría sido deplorable.

Sus intenciones de lavarse las manos se le pusieron en la cabeza con tanta intensidad que se vio forzada a volver al fregadero, abrir la llave y tallarse los dedos hasta sentir que el olor a naranja había desaparecido. No dejó de darle vueltas a lo conversado con Nick. Debía darle la oportunidad de irse a otro país, empaparse de otras culturas y crecer; era joven y le quedaban muchos años de trabajo por delante, sin embargo ella prefirió ceñirse a sus palabras y a la comodidad que era tenerlo cerca, y como si eso no fuese poco, hacerlo saber para comprometerlo a permanecer ahí, con ella. Todavía tenía tiempo de arrepentirse, de obligarlo a tomar un vuelo hacia París o donde mierda quisiera. No alcanzó porque el cocinero se le adelantó.

—Me gustaría tener las agallas que tú tuviste para venir aquí y hacer tu

propia vida.

Nick lo soltó igual que si lo que dijera fuese realidad, como si lo sintiese en el fondo de su corazón. Danna, por otro lado, no pensaba en su llegada a Estados Unidos como una forma de independizarse. Eso lo hizo con el tiempo, cuando vio que era factible hacer lo que amaba y además, subsistir por su cuenta. Para ella, todo se trataba de la cobardía y el poco aguante, una debilidad que le azotaba la cabeza, el sabor amargo que quedaba después de vomitar. Quería escapar, olvidar. Consiguió uno y el otro se transformó en su cárcel personal. Por eso apenas fue capaz de ladear la sonrisa en sus labios, gastada y privada de sentimientos reales.

—Incluso las personas que solamente actuamos tenemos que hacernos cargo de nuestras decisiones, Nick. —golpeó su espalda tres veces antes de caminar para rehuir su mirada—. Podríamos comer sushi...en media hora más, por favor.

Salió empujando la puerta batiente. Así evitó adentrarse mucho en asuntos a los que no quería regresar. Nick no podía comprender el nivel de ansiedad que hablar sobre eso significaba, y por suerte tampoco quiso increparlo y responder de mala forma. En la barra se encontró con las chicas, cuya relación entre ellas parecía más de hermanas que simples compañeras de trabajo. Se apoyaban, cuidaban y aconsejaban con esmero y cariño que muchas familias envidiarían. Hasta ella, porque en lo que tenía que ver con las del mismo género, no conseguía hacer relaciones muy fuertes.

Samantha y Alice comenzaron trabajando para suplir sus gastos personales y aportar algo en casa. Después, se transformó en una buena fuente de ingresos para costear la universidad. En las cuatro paredes que les envolvían habían tantas aventuras, alegrías y que habría sido imposible darle veracidad plena a cada una de ellas, sin importar qué tan buen escritor, poeta y conversador se fuese. Por eso Danna contaba plenamente con cada uno de ellos, y los quería, muy a su manera. Pero los quería y eso era lo único que importaba destacar.

Samantha era la mayor de cuatro hermanos y sus padres estaban lo suficientemente preocupados con la escolaridad de ellos por ser los menores como para echarse encima gastos universitarios. Trabajaba todos los días para regresar al semestre siguiente y así hasta que lograra terminar. Su meta era ser abogada y ayudar a las personas que no tenían los recursos necesarios para pagar los altos honorarios de los profesionales que defendían causas importantes. De vez en cuando, su mejor amigo se aparecía por el bar para dejarle algunos libros y ayudarlo con las materias que cursaba. Muchas veces Danna quiso ayudarlo a pagar, pero las negativas eran monumentales. Una vez la amenazó con irse del bar de ella hacer algo al respecto. Admiraba esa perseverancia y orgullo mezclado con dignidad, pero verla esforzarse tanto y ella pudiendo

ayudar, era más que motivo de conversar en las noches que cenaba con Leonard.

Alice era un caso particular. De Inglaterra a Estados Unidos, revolución de cultura y diferencias que ahora la hacían parecer más estadounidense que su jefa. De familia aristocrática pero nunca apoyada por ella en uno de sus grandes sueños, la música, encontró su espacio en el bar. Era una cantante increíble, que siempre buscaba su gran oportunidad, —o un golpe de suerte, como comentaba en tono de broma cada que le iba mal—, y también asistiendo a sus clases de artes dramáticas. Anhelaba ser una reconocida cantante, lo que Danna creía muy posible. Muchas noches contaba con ella en el bar para amenizar la velada y atraer nuevos clientes cautivados por la sensualidad e inocencia de la joven. Jamás se cansaría de asistir a castings, para lo que Danna siempre le daba permiso si se trataba de la tarde.

—Tendríamos que estar abriendo en una hora y media, más o menos, Danna.

Fue el aviso que necesitaba por parte de una de ellas para pasar tras la barra y ponerse a trabajar. Hizo una seña a las jóvenes y de inmediato les comentó lo que debían hacer. Tomaron asiento y prestaron atención a cada uno de los requerimientos de la italoamericana. Así avanzarían más rápido y ella podría supervisar al mismo tiempo. Aceptaron el desafío, más cuando mencionó que después tendrían un descanso para comer.

Alice tenía el cabello rubio y corto, y unos impresionantes ojos celestes que aumentaban mucho más su belleza. Delgada y con la misma estatura de Danna, solía usar ropa holgada y juvenil. Samantha, de cabello rojo intenso natural y flequillo ladeado, le daba un toque rockero y despreocupado que contrarrestaba con las suaves expresiones y verdosos ojos. Un poco más baja, no perdía encanto ya fuese con tacones o zapatillas.

—Sí, por eso quiero el inventario primero. Luego comeremos y con un poco de suerte podremos descansar antes de atender.

—Siempre tan ordenada, Dannita. —Alice muestra una sonrisa alegre y aplaude.

—Es lo que hay cuando trabajas cuidando a la Nación. —guiñó un ojo, entre risas.

El inventario resultó ser la parte más fácil de todo aunque no por ello dejó de ser tedioso. La música alegró sus sentidos mientras Danna iba revisando una a una las botellas; cuando no podía ver el contenido restante las agitaba en el aire, dejaba a un costado cuando no servían ni para preparar un mísero trago. Alice anotaba y Samantha organizaba todo

sobre la barra para no tener que demorar más de la cuenta. Excel se transformó en su mejor amigo. Añadieron las cantidades y voila. Les quedaba solo preocuparse por las pulpas de fruta para los jugos, el agua mineral y las bebidas gaseosas. A Danna casi se le olvidó reponer la cristalería, pero por suerte también formó parte de la interminable lista de productos para recibir en unos días más.

La pelirroja era todo risas y bromas al contar que tendría una cita con un compañero de universidad y a quien conoció en una fiesta. No hizo referencias a su aspecto físico lo que a la italoamericana le pareció extraño: solo dijo que era un Adonis sacado de película. Lo más cliché que Danna había oído. Alice, optando por tener el papel de hermana celosa, exigió que se lo presentara para darle el visto bueno. En eso ella estuvo de acuerdo. No dejaría que alguien le hiciera daño a una persona tan buena y amable como era Samantha. Más que eso, inocente. Seguro que no dudaba de ninguna persona que estuviese a su lado, pero la agente siempre veía malas intenciones en casi todo el mundo, por lo que era normal sospechar que esa relación no duraría mucho. No lo dijo, pero lo pensó y en mucha extensión. Nadie lo notó. Nunca nadie notaba cuando Danna pensaba en demasía las cosas.

Capítulo 14

Cuando por fin la barra quedó libre de cristales, Nick apareció con dos tablas de madera repletas de comida. Cuarenta piezas de sushi en total, que fueron acompañados por bebidas para los cuatro. Conversaron, se rieron y descansaron antes de dar por abierto el bar. Todos mostraban huellas de su cansancio, pero inevitablemente cedieron ante los mandatos de Danna. Tenía que dejar instrucciones mientras no estuviese.

Samantha se encargó de abrir la puerta. Eso despertaba el interés de los clientes en cuestión de minutos lo que tenía como consecuencia que trabajasen como verdaderos animales. Por eso fue hasta su oficina para enviarle un mensaje a Marie; prometía tener tiempo para ella en la noche, cuando regresara del trabajo. Ahí podrían conversar todo lo que quisieran y como Danna no solía dormir hasta entrada la madrugada, le pareció lo más sensato de hacer. Revisó uno a uno los mensajes anteriores que tenía, varios de ellos amenazas respecto a no cumplir su promesa. Sonrió y volvió a bloquear la pantalla. Ahora debía concentrarse en las horas que quedaban por delante. Echó el teléfono en el bolso. Sin distracciones.

Habían días en los que no podían regresar a casa hasta las cinco de la mañana, lo que pasaba cuando los borrachos que no terminaban de beber nunca no querían irse. Casi siempre era a causa de una relación fallida, problemas en el matrimonio o frustraciones laborales. Llamar al taxi o esperar a que alguien llegara a buscarlos se transformaba en su labor secundaria.

Tras ponerse en su lugar de trabajo, aprovechó la falta de visitantes para servirse una copa de bourbon, su trago favorito entre todas las variedades que pudiesen existir en el mundo. Necesitaba relajar la tensión creciente por todo el papeleo en el FBI y por las declaraciones que debieron entregar con Dean sobre lo ocurrido en Central Park. El alcohol recorrió su garganta, ardiente y picante, y creyó que así expiaba las malas acciones que había cometido, para hacerla sentir mejor. La sensación no fue permanente, lo que lamentó con una mueca de decepción en sus labios. Su relación con el alcohol no siempre fue así de amena ni tampoco reducida a escasos momentos. Pasó por el real descontrol y desconocimiento de su cuerpo, a perder la consciencia y no tener idea de dónde estaba al día siguiente. No le bastaba, —ni siquiera en la actualidad—, con dos vasos. Mientras más ebria estaba, más podía soportar todo el abanico que se desplegaba ante sus ojos, partiendo por la muerte de su madre y los recuerdos infantiles. Una alcohólica con tendencias no suicidas, pero sí de destrucción. Hacia ella y las personas que la rodeaban.

La primera pareja que ingresó al bar, pidió una tabla de quesos y dos tragos; la mujer, una esbelta y coqueta morena de ojos cafés como el

caramelo se hizo con un black moon, —fue su favorito por el nombre y no por lo que tenía de ingredientes, sin saber que por el whisky le terminaría doliendo cabeza como el mismo infierno—, y él, un hombre que bordeaba los treinta años, sonrisa de mujeriego y ojos angelicales, un black velvet con hielo. Danna no era partidaria de usar hielo. Su técnica era enfriar un poco el vaso y la botella, pero jamás echarlo de frentón. Conversar y reírse podían hacer que el tiempo pasara muy rápido y que al final, el trago perdiese su valor étílico. Quiso asesinarlo; cortarlo en rodajas que sirviesen de adorno en la presentación de su chica, pero Alice, captó lo que pasaba por la cabeza de la mujer y pidió paciencia. Prefirió concentrarse en demorar lo menos posible para que así su partida fuese igual de rápida.

Movió su cuerpo de un lado a otro para recoger las botellas de whisky, la piña colada y el licor de frutillas. No tuvo más opción que volver por el espumante individual bajo la atenta mirada de los curiosos comensales, quienes extrañamente no coquetearon o se sometieron a una larga conversación para acortar la espera. Por otro lado, Nick debía estar preparando la tabla; se lo imaginó cortando y poniendo cada objeto con sumo cuidado. Era detallista y le encantaba presentar todo con debido arte. Hasta daba pena desarmar los deslumbrantes adornos que hacía. Danna ya tenía amplio conocimiento de medidas y porcentajes, y su buena madera para las matemáticas solo solucionó un poco más las cosas en su vida.

—¿Necesitas ayuda? —Samantha apareció frente a ella.

—Whisky. Piña Colada. Licor de frutilla. Veinticinco. Veinticinco. Cincuenta. Cuatro hielos normales.

Danna habló medio distraída. Agitaba las manos de un lado a otro al seleccionar qué haría primero. Todos los números pronunciados eran porcentajes: cada alcohol nombrado tenía una medida específica a mantener. Primero fue el black moon, que consideró algo más lento que el otro.

Samantha pareció no comprender ninguna cosa, porque se quedó de pie y estática.

—¿Ah? —dijo, confundida.

—Tráeme una cerveza negra. Cualquiera estará bien. —se agachó dejando a la vista las manos mientras buscó la coctelera—. Y una copa de espumante. Y un vaso...puede ser uno con protuberancias...ve tú. —volvió a aparecer para mirarle a los ojos, sonreír y seguir con lo suyo.

Tan pendiente estaba de que todo saliera bien, que ni siquiera dio pie a una conversación en profundidad. Abrió la coctelera y vertió los

ingredientes mencionados. Quería que los líquidos trabajasen de manera independiente pero al mismo tiempo en conjunto, armónicos para que la sensación al gusto fuese rica, apropiada. No que la mujer deseara vomitar. Podía ser considerado un trago fuerte y excesivo para la hora, pero el cliente siempre tenía la razón y como no fue preguntada al respecto, ahí estaba, intentando aligerar lo más posible los sabores. Agitó la coctelera de izquierda a derecha y en el aire por unos segundos, hasta dar por culminada la mezcla. Arregló los hielos de manera ladeada para denotar que no fueron lanzados sin más en el interior. Sirvió el black moon y puso unas rodajas de frutilla en el filo. El resultado fue una atractiva bebida media rojiza, ideal para el verano por los colores que poseía. Depositó el pedido en la bandeja y siguió con el pedido del hombre. De reojo observó como este miraba a Alice, quien ni se dio cuenta de la situación por estar revisando su teléfono.

El black velvet constaba de espumante con cerveza, en un porcentaje de cincuenta-cincuenta, lo que no supuso gran reto para la italoamericana. Tampoco tuvo que mezclarlo. Disolvió la cerveza y el espumante con la ayuda de una varilla de cristal, que revolvió por al menos diez segundos. Para darle en el gusto con el asunto del hielo, usó una esfera de tamaño mediano. Las pinzas fueron de ayuda para evitar que se rebalsara. Terminado, dejó este al lado del otro y dejó que Alice se lo llevase.

La hora se pasó más rápido de lo normal y para cuando consiguió darse cuenta, eran las doce de la medianoche y no quedaban personas en el interior. Samantha se apresuró a cerrar con premura en sus manos y pies, y Alice llevó a la cocina los últimos vasos. Nick los lavó y guardó en lo que ella devolvía las botellas y demás cosas a su respectivo lugar. Cuarenta minutos después, quedaron libres para regresar a casa y poder descansar.

Exhausta y con deseos de lanzarse contra su cama, y segura de que ellos también se sentían de la misma manera, recorrió el bar hasta la oficina. Recogió unos papeles que tenía que revisar para enviárselos a Leonard, y sus cosas. Saldrían todos juntos y por ello su apuro en no atrasarlos más. Apagaron las luces y una vez todos fuera, cerró con llave. El llavero quedó en el bolso que a su vez, terminó en el hombro derecho.

—Nos vemos mañana, hermosas. —Nick se puso el casco y se acercó a su moto para irse.

Las tres, dispuestas en fila, hicieron señas con las manos para despedirse de él. Rompió la armonía del lugar cuando encendió el motor y aceleró. Antes de volver a verse, esperaron a que desapareciera en la calle. Solas en medio de una soledad que asumieron por el horario, Danna ya estaba dispuesta para separarse del grupo e ir a su automóvil.

—¿Vienes con nosotras, Danna? —Alice apuntó hacia atrás como si hubiese un lugar en concreto—. Iremos a una fiesta.

—Gracias por la invitación, pero tengo que rechazarla. Necesito descansar un poco. —ladeó una sonrisa después de una fingida mueca de hastío por no poder ir.

Sus pensamientos de victoria se vieron opacados por una nube gris que la hizo borrar la sonrisa que prevalecía en su carnosa boca. Marie fue la causante del cambio drástico. Querría hablar con ella en el momento en que viera que estaba conectada. La amaba con una locura inconmensurable, pero apenas se podía el cuerpo por toda la actividad del día, y lo que menos deseaba ahora era pasar tiempo en familia. Menos frente a una pantalla.

Tampoco es que tuviese ganas de salir, ni aunque la historia con su hermanastra fuese diferente. Varias noches se quedaron bebiendo en el bar o yendo a bares con música. Incluso estuvieron en la casa de cada uno de ellos para continuar la fiesta. Por primera vez en varias semanas lo único que buscaba con anhelo era estar en su casa, acostarse, ver alguna película o serie y dormir cuando por fin su cuerpo lo pidiese. Sin perder más tiempo, besó las mejillas de ambas chicas, les pidió que tuviesen mucho cuidado y que le dejaran un mensaje cuando estuvieran de vuelta en casa. Ellas gustosas de tener la atención de Danna, dijeron que sí a cada una de las cosas.

El regreso fue calmado. Ni siquiera pretendió esforzarse para ir más rápido de lo normal, cuyos kilómetros fueron absorbidos por las emisoras. Por suerte agarró cuatro canciones, de sus favoritas, en el final, y no perdió tiempo en tararear los coros. Hasta tuvo la imprudencia de encender un cigarrillo para mantener el estado pacífico en el que se encontraba. La tranquilidad no era uno de los adjetivos con los que habría sido descrita por algún compañero y amigo; pero quiso palpar la sensación en su cuerpo y ver qué tal le iba. En el fondo, supo que en Nápoles no tendría días de descanso. No si Giordana estaba presente en el cuadro familiar. Para su mala suerte, tampoco podía quitarla de la escena o pretender que no existía. Ella se hacía notar por más que Danna intentase hacer como si nada. Era un recordatorio constante de su niñez, el reflejo de su personalidad irascible y de su mal temperamento.

En casa conectó el teléfono a la red de Internet. Sonó varias veces, a trompicones, en lo que ella se deshizo del abrigo sin apartar la mano del aparato. En Italia, cuando tuvo una clase con una profesora demasiado joven como para creer que en realidad tenía título universitario, aprendió la táctica. Uno a uno cayeron los mensajes de diferentes personas. Marie, de las primeras, depositó una gran variedad de palabras cortadas. Le pidió que por favor hablasen al día siguiente, se sentía mal y no tenía ánimos para conectarse. El siguiente es de su padre, quien demandó saber la

fecha exacta en la que viajaría a Nápoles; necesitaba conversar con ella de un asunto urgente. No se podía hablar por teléfono, lo que la inquietó. Otros del grupo del bar, donde las chicas mandaron fotografías, selfies, de la fiesta donde estaban. Leonard es el que quedó abajo de la pila, invitándola a cenar para cuando tuviese algo de tiempo para su mejor amigo. Dejó el teléfono sobre la encimera, dispuesta a conseguir dormir al menos un par de horas antes de su próxima aventura.

Un baño rápido fue todo lo que necesitó para sentir que los músculos cedían y dejaban de presionar contra su piel. Lista para acostarse, con el camisón de seda negro cubriendo una sensual parte de su anatomía, esparció crema humectante por sus piernas, brazos y cuello. Cepilló su cabello frente al espejo del tocador y terminó por sacarse la lengua frente al espejo. Se detestaba en grandes proporciones y por días, todo dependía de su estado de ánimo y los comentarios que su mente repitiese. Nadie creería que una mujer que a simple vista resultaba atractiva e inteligente, pudiese sentir semejantes cosas por sí misma, pero esa era su realidad, una que todos desconocían fuera de las cuatro paredes que le otorgaban intimidad.

Acostada, cubrió su cuerpo hasta la cintura con las caras sábanas de seda y se giró dos veces. Para apagar la luz de la lámpara y para acomodarse en su posición usual de descanso. Cerró los ojos y aguardó a que el receloso sueño fuese a hacerle una visita más pronta que otras veces. No salió como esperaba. Apretó los ojos hasta que estos dolieron, y encaprichada con la idea de no levantarse e ir al piano, finalmente pudo armar un sueño, no tan reponedor como deseaba, pero por lo menos no estuvo hasta las tres de la mañana con los ojos pegados al techo, más despierta que por la mañana.

Capítulo 15

Los siguientes días fueron igual de complicados y atareados que los anteriores. Dean se movía de un lado a otro investigando y aportando más datos a las diferentes causas; ella cada vez más ensimismada en sus pensamientos. Intentaba no pensar en su viaje pero las horas se extinguían frente a sus ojos y no podía hacer ni lo más mínimo para acallar la sensación de incertidumbre. Sin importar lo segura que fuese, siempre habría algo que la hacía trastabillar en cuanto a su familia se tratase. A último momento pensó en cancelar el vuelo y excusarse con ellos. Podría decir que el FBI la tenía hasta el cuello de trabajo, —lo que no era mentira, puesto que los más capacitados para lavado de dinero eran los dos agentes—, pero entonces su padre o Dante pondrían sus conexiones a recorrer las calles de la ciudad hasta saber lo que sucedía con Danna. Y para los hombres Costello no existían límites. Solo por eso siguió con el plan de abandonar el continente y descansar unos pocos días.

El hombre, más que acostumbrado a romper su espacio personal, colocó ambas manos a los costados de la mesa, acorrandola entre la silla y el filo. Por su parte, presiono hacia atrás en un intento por librarse. No lo consiguió, pero al menos no sintió que el borde iba a partirla por la mitad. Respiró hondo y ladeó la cabeza para así ver a su compañero.

—Necesito que vayas al archivo a buscar una carpeta, Danna. —fue lo primero que escuchó de Dean—. Tenemos este caso desde hace cuatro meses y es hora que le pongamos punto final.

Danna mordisqueó la tapa del lápiz, decida a dos cosas: callarse o lanzar toda la artillería sobre el mayor. Miró alrededor. Todos los agentes tenían asuntos más importantes que hacer, y no sería ella quien los sacara de su burbuja de individualidad para observar el espectáculo que imaginó en su mente.

—¿Y por qué tengo que ir yo? —señaló de vuelta.

—Porque eres ordenada y sabes dónde están las cosas. Serás mucho más rápida que yo en ese laberinto de papeles. —Dean sabía que adular a Danna era parte de los incentivos que había que darle para salirse con la suya.

—¿Qué es lo que necesitas?

Dijo después de incalculables segundos. Benjamin los miraba desde hace unos metros. Sus ojos decían una sola cosa: orgullo. Quizás no pensaba que pudiese soportar tanto en el bureau, pero esa jovencita indisciplinada estaba mostrando buenos resultados y con la ayuda de Hawkins, estaba

listo para algún día abandonar sus jinetas de buena manera. Había creado a dos agentes de élite. Habían muchas cosas que todavía no conocía de Danna pero que pretendía desenterrar con cautela, y una de esas era la muerte de su madre. Él tampoco creía en lo que el archivo decía, —lo leyó justo después de haberla aceptado como recluta—, pero los años pasaron y ya no tenían posibilidades de ver si la autopsia fue acertada.

Mientras tanto, Dean le explicó a Danna lo que necesitaba: el caso de Jordan Michaels, deportista de alto rendimiento y con altas expectativas de blanquear dinero por medio de diferentes empresas y propiedades. Ella pensó que no volverían a retomar esa investigación, la que se atrasó cuando el hombre en cuestión simuló su muerte, su suicidio, por evitar ser interrogado y despojado de sus bienes. Lo último fue lo que más lo asustó, según la opinión de la castaña. La cosa es que después de eso pensaron que el caso estaba cerrado, pero nueva información sobre movimientos bancarios en una cuenta que el FBI desconocía los puso sobre aviso. Tendrían que poner todas sus ganas en volver a revisar porque Dean estaba equivocado. No eran solo papeles o carpetas, eran tres cajas tanto con evidencia como con data. Dos lugares a los que ir, pero Danna pasaría por el archivador primero.

Cruzó la inmensa oficina hasta estar en el interior. Encendió la luz al costado de la pared, cerca de la puerta. Esta se cerró por la presión del aire en las bisagras, lo que descartaba un golpe innecesario o que los agentes no pudiesen salir con lo necesario. El brillo artificial de la luz blanca le molestó en los ojos. La claridad la encegueció unos segundos, hasta que consiguió acostumbrarse y caminar entre los pasillos para hallar el apellido que necesitaba. Recorrió las esquinas de los archivadores con la yema de los dedos, repasando la tinta seca. A veces, dependiendo de la letra o el color, tuvo que acercarse para diferenciar la caligrafía. Maldijo, por supuesto. Dean siempre buscaba formas de esquivar este tipo de procesos, unos que habrá hecho miles de veces en comparación a Danna. Dio dos vueltas más por el lugar hasta que por fin encontró la sección. Juntó las cajas una sobre otra, las pegó a su cuerpo e hizo equilibrio para llevarlas hacia el escritorio que volvían a compartir. Podría haberse demorado mucho menos si el computador hubiese estado disponible para iniciar la búsqueda con los códigos. Simplemente no era su día de suerte. Dudaba si existían, de hecho.

Antes de abandonar el cuadrado con olor a humedad y aromatizante barato, Danna reparó en una cosa. Llamó su atención y le fue imposible negarse a la tentación de echar un vistazo a una caja en particular. Su curiosidad fue mayor cuando una palabra cobró sentido en su cabeza. Abrió los ojos con despampanante impresión. Fijó la vista en la mesa, dejó el cargamento ahí y antes de tomar la carpeta, se secó las palmas de las manos en sus muslos. Obtuvo la nueva caja de color azul, la extrajo de su lugar y sacó lo primero que encontró: un expediente. Temblorosa, fue incapaz de abrirla ahí, sobre todo porque no sabía si el agente podría salir

a su encuentro debido a la demora o alguno de sus compañeros la vería ahí, hurgando como una delincuente. Tuvo una mejor idea: tenía que llevársela a casa y leerla con la tranquilidad que se le permitiese en la intimidad. Ocultó esta debajo de las cajas, y sostuvo con cuidado para que no se cayese a medio camino.

El día laboral terminó más tarde de lo esperado y con un mal genio incluso peor del habitual. Benjamin no reparó nunca en el tiempo que esta se tomó para regresar, pero sí que supo compensar ese retraso con todos sus sentidos holísticos hacia la investigación. De hecho, el equipo entregó a Moore dos planas con posibles teorías, sumado a un tatuaje en la zona del cuello, donde en otra imagen había evidencias de haber sido removido. Conforme con ese avance que debió suceder hace mucho tiempo, les permitió abandonar las instalaciones con la promesa explícita, —porque su superior no tambaleó a la hora de enfrentarse al carácter napolitano de Danna—, de que continuarían hasta poder probar los cargos que se le estaban imputando. Tendrían que estudiar durante el resto de la semana, y los escasos días de relajo. Costello se tomó como meta personal finalizar antes de su viaje. No desaprovecharía los días con su familia por culpa de un asunto profesional.

Capítulo 16

Apenas se despidió de Dean solo con la mano debido al apuro que sentía por verse sola con las hojas que había robado, Danna condujo de vuelta por unos minutos que se transformaron en una pesadilla. La misma sensación que experimentó cuando corría hacia la puerta y jamás tocaba el bronce de la chapa, con el deje amargo de haber chupado una llave o el olor a monedas en la yema de los dedos. Ansiedad. Empezó a sentir que le faltaba el aire y que si no llegaba pronto, incluso podría provocar un accidente. Era inestable no solo emocionalmente, sino que había algo en su mente, recuerdos del pasado que la azotaban contra una muralla de concreto difícil de romper, que aparecía en momentos así, menos esperados. Supuso que la mejor medicina era poner algo de música y así bloquear durante los kilómetros restantes esa idea que volaba en círculos a su alrededor.

Condujo. Aceleró. Pasó algunos automóviles hasta que por fin llegó.

Una noche típica para ella se reducía a símbolos que tenían más sentido si se conocía de su vida. Por ejemplo, el tener que tocar el piano en las madrugadas. Su sueño era pesado más no conseguía descansar todas las horas necesarias ni tampoco era un ser humano que se fuese a la cama y consiguiera dormir de inmediato. Tres o cuatro de la mañana, Danna tenía un pequeño honorario planificado. La música suponía un elemento agridulce: los recuerdos de su madre versus los primeros y horribles años en Nápoles. Era su deleite y su tortura a partes iguales. El bourbon, otro de los placeres de su vida, y por lo que mucha gente que la “conocía”, —porque creía que no era tan fácil como verla y hacer un dibujo de cada rasgo de su personalidad—, la consideraba una borracha, no era más que la sensación de adormecimiento para evitar o desinhibir. Usaba ambas dependiendo de la situación en la que estuviese. También, Danna Costello cocinaba; causaba mucha impresión cuando lo mencionaba, pero hubiese sido una real locura que una mujer con raíces italianas no supiese hacer una pasta casera o un buen postre. Su nonna le enseñó, y ella aprendió sin problema. Fumaba, pero no en exceso. Sabía que tenía que estar en buen estado físico para las pruebas y los entrenamientos, por ello se consideraba más una fumadora social. Las drogas, eso ya era parte del pasado. Pretendía que fuese así y hasta ahora lo había conseguido con sobresalientes resultados.

Con su copa de alcohol sobre la mesa, un lápiz y una libreta de tamaño mediano, Danna irguió su cuerpo contra lo que tenía al frente. Apoyó los diminutos codos sobre los muslos en busca de soporte, y sostuvo la carpeta en alto. Si su jefe se enteraba de que había un archivo perdido, se sabría de inmediato quién había sido y las represalias podrían ser incluso la expulsión de la institución. Por eso contaba con que no se supiese ninguna cosa, de momento. No comprendería sus argumentos, en todo

caso. Tampoco quiso mencionárselo a su compañero: no quería meterlo en problemas y menos que le preguntara más de la cuenta. Sola, con la chimenea quemando los leños artificiales y que parecían casi reales, abrió por fin el motivo de su exultante comportamiento.

Lo primero la dejó sin palabras. Era una foto de Danielle Selene, la mujer que la había traído a la vida. Se veía hermosa, sonriente y con unos ojos azules intensos y brillantes. Irradiaba confianza, pero no con egocentrismo; era amor en estado puro. A un costado, una ficha con sus datos personales, cosas que ella ya sabía. Al leer el nombre de sus abuelos, no pudo evitar reparar en que nunca quisieron conocerla. Ni tampoco hacerse cargo una vez su hija falleció. No sabía mucho de ese lado de sus raíces, pero creía que ya no era momento para indagar más. Si ellos no quisieron obtener información de su nieta, no había que darle más vueltas al asunto. No la querían. Simple. Sus ojos devoraron las primeras líneas de información preliminar; cómo estaba vestida esa noche, lo que supuestamente sucedió. Testigos, etcétera. Las siguientes páginas revelaron la descripción de la escena del crimen, autopsia preliminar y una detallada explicación de uno de los forenses. Más adelante, los testimonios. Primero estaba la madre de Leonard, después una vecina cuyo nombre no reconoció y después, el suyo. El bourbon se le atragantó en la garganta. No quiso leer ninguna cosa que la hiciera volver atrás. Regresó unas hojas y repasó.

Danielle había sufrido una supuesta falla respiratoria que derivó en su muerte. Se explicaba que quizás dicha anomalía era genética y que por eso antes no se presentaron síntomas anteriores a su deceso. Habían muchos términos que no entendía y que no buscaría en Internet. Su madre era una mujer activa, con un estilo de vida saludable y lleno de actividad. Ella, pequeña y todo pero perspicaz, no habría reparado en ese tipo de cosas. Para Danna, todo fue muy repentino. Lo escrito ahí, era una completa mentira. Quiso con todas sus fuerzas tener el valor de arrancar las hojas y hacerlas añicos. Más que eso, deseó tener una chimenea ardiente que fuese capaz de eliminar de tajo la evidencia. Estuvo a punto de arrugarlas entre sus delicados y largos dedos. Solo desistió de la idea cuando este comenzó a doblarse en los costados.

Su madre había nacido el diecisiete de agosto de mil novecientos sesenta y nueve y había fallecido el veintiséis de abril del dos mil dos, justo a los treinta y tres años. Danna, de nueve años, quedó huérfana siendo que a la fecha, su progenitora estaría bordeando los cincuenta. La tuvo extremadamente joven, tanto que así que a sus padres no les importó en lo más mínimo a la hora de decirle que tenía que escoger entre la bebé fuera del matrimonio o quedarse con ellos y desprenderse de ella. Delle, un apodo entregado por sus amigos, decidió lo último, que la llevó a tan desastroso final. ¿Acaso Danna se sentía culpable? Quizás un poco. ¿Culpaba a Dios? Con todas sus letras. Ni siquiera creía mantener una relación amistosa, sino más bien de beneficio. Si algo iba mal y necesitaba

ayuda celestial, recurría a Él; le debía algo y el interés ni la deuda cesaban.

Como el informe médico no seducía a creer que hubo intención de terceras personas, el caso quedó ahí, cerrado. Causas naturales, a modo de cierre. La firma del doctor a cargo atenuó la duda, una obsesión que no terminaría ahí. Danna quería saber absolutamente todo lo sucedido esa noche. Quería respuestas y sobre todo, encontrar la incógnita a sus pesadillas nocturnas. Bebió más de la mitad de la botella de bourbon que permanecía sobre la mesa de centro actuando como adorno provisional, sin sentir los estragos del alcohol en la sangre.

Todo daba vueltas alrededor de la mayor de los Costello, quien no se detenía por mucho tiempo al anotar, marcar, subrayar y encerrar, cualquier cosa que le resultase esencial en el asunto. Todo con el mismo lápiz, pero hallando la forma en que fuese distinto cuando recurriera a sus notas, porque el archivo original no podía ser alterado de ninguna forma posible. Y tenía que ser devuelto mañana, lo que dejaba poco espacio a quedar con pendientes. Tampoco era solución terminar de hacerlo en el trabajo, donde más de un curioso podría dar con lo que alimentase su ausencia. O hasta el mismo Moore, quien últimamente estaba más pendiente de lo normal de las cosas que hacía la italoamericana.

Lo que más llamó su atención fue el hecho de que la primera persona a la que se le comunicó de la muerte de su madre, fue Alessandro. En su teléfono no había registros de familiares, y como la mamá de Leonard vivía al lado, fue descartada de inmediato. Su padre, consciente de la situación de abandono en la que Danna quedaría o en una posible familia adoptiva gracias a servicio de menores, decidió viajar esa misma noche y hacerse cargo de la pequeña, la que por supuesto llevaba la misma sangre que él. Y lo más importante, se transformaría en el incondicional recuerdo de su amada Danielle, a quien no pudo tener a su lado como deseaba. También estaba la copia de su testamento, —otro motivo a tener en consideración y que Danna no podía entender en totalidad—, el que quedó en posesión de su padre. Los asuntos físicos del cuerpo prefirió dejarlos en la confidencialidad de su mente.

Pronto volvería a retomar el caso, pero por ahora había otro asunto en su cabeza. Ir a Nápoles, fingir que todo estaba bien. Aguantar, lucir despreocupada y hacer que su familia no sintiera el peso de la profesión que cargaba.

Capítulo 17

—Todo va a estar bien, Danna. —su padre mencionó de pronto.

Ahí fue cuando se dio cuenta del lugar donde se encontraba. Asomó sus curiosos y grandes ojos por todo el lugar, tanto que incluso se tomó la libertad, sin consultarle a su padre, para dar unos pequeños y diminutos pasos a su alrededor. Estaba atestado de gente y el ruido del gentío era tal que prefirió permanecer con los oídos tapados. Las palmas disminuyeron en algo la molestia que sintió, más no del todo. Era como estar en un planeta repleto de extraterrestres; demasiado lánguidos en comparación a ella, más altos y moviéndose con maletas y bolsos. Su padre la apartó con cuidado antes de que una mujer y su esposo la atropellaran con su andar militar.

—No quiero estar aquí. —dijo la menor, dándose la vuelta para encarar a Alessandro.

Este puso una mueca compasiva. Vio sus labios abrirse pero no pudieron decir ninguna cosa. ¿Qué dirían? Ya le había explicado una y otra vez lo que sucedería ahora, los cambios a los que tendría que acostumbrarse y al nuevo idioma que iría aprendiendo con el tiempo. Eso la asustó tanto que casi se pone a llorar. Pero no pudo. Algo había hecho click en su cabeza, como un interruptor para apagar sus emociones. Lo mismo le sucedió en el funeral de su madre. Todos mencionaban una y otra vez que ver a un especialista sería lo ideal, pero su padre, entendiendo el dolor por el que la menor pasaba, les dijo que solo necesitaba "tiempo". Todo se reducía a esa pequeña palabra llena de incertidumbre.

—Oh, bellísima. Te va a encantar el lugar donde viviremos de ahora en adelante. —el mayor se puso a su altura, con las manos sobre los hombros ajenos—. Eres una niña preciosa, ¿lo sabes? —ella asintió con sus regordetes cachetes inflados por el comienzo de una pataleta—. Tu madre estaría orgullosa de ti, mi bambina.

Orgullo. No entendía lo que significaba pero asumió que tenía que ver con la sensación de amor incondicional y maravilloso que una madre puede entregar. Algo que ella ya no tendría. Eso la puso triste pero hizo todo lo posible para que no se notase. Ya estaba muy nerviosa por todo el asunto de conocer a sus hermanastros y a la esposa de Alessandro. Solo esperaba que ya no hubiera más sorpresas en el resto del viaje. Parpadeó un par de veces con exigente e involuntario deseo por callarse. Su padre, sostenía dos papeles impresos en la mano derecha y en la otra, el teléfono con el que había interactuado varias veces. No se había alejado de ella en ningún momento, así que pudo escuchar a la persona del otro lado. Una

mujer.

—¿Podremos comer algo en el camino? —preguntó de pronto.

Eso sobresaltó a su padre, quien poco acostumbrado a la forma de Danna para cambiar el tema de conversación, sonrió. Quería que se sintiera cómoda y feliz, así que en un suave asentimiento de cabeza respondió con sinceridad.

—Podrás comer, sí. —tocó el puente de su nariz con el índice—. Aunque procuraremos que no sea tanto para que puedas cenar algo en casa.

—Pensé que nos quedaríamos aquí. Este es mi hogar.

Cuando Alessandro le entregó su chaqueta azul, ella puso los bracitos delgados y cortos en posición para solo tener que quedarse quieta. Él notó la dependencia hacia los demás, y no mostró interés por cambiar esa conducta. Era una niña; por supuesto que querría tener ayuda. Y se la prestó. También abotonó cada uno de los botones hasta volver a mirarla a la cara. Notó un fugaz rasgo de Danielle en la pequeña de ojos redondeados y azules. Tanto fue el impacto que sintió que el corazón dio una brutal punzada justo en el medio. Lo descolocó por completo con su imperiosa y marcada perseverancia, una silenciosa pero decidida.

—Danna... —fue lo primero que Alessandro dijo—. ...no hay nadie que se haga cargo de ti.

—Estás tú, ¿no? —ladeó la cabeza. No comprendía el significado de esa oración.

—Sí, pero yo no puedo quedarme en New York. —aclaró con un inconfundible acento italiano mezclado con el inglés fluido y practicado.

—Porque tienes tu familia allá, en Italia.

Se creó un silencio sepulcral entre ambos. Alessandro no tenía cómo explicarle a Danna que las cosas habían sido así sin que él pudiese poner sus deseos por sobre el deber. Menos involucrar emociones que ella aún no sentía. Avergonzado por lo despierta de su hija mayor, negó. Se le veía ligeramente cansado, abatido. Acababa de perder al amor de su vida, tenía varios asuntos pendientes con la pequeña de ambos y encima, tendría que responsabilizarse el doble. Sus otros dos hijos tendrían a su madre, y Giordana no estaba dispuesta a hacerse cargo de una niña que fue criada de otra manera, por lo que ella, la misma que le observaba con

aquellos frágiles ojos, solo lo tendría a él.

—Danna... —la costumbre lo obligó a llamarla otra vez—. ...será también tu familia.

No sonó tan convencido. No por Dante o Marie; ellos adorarían a la hermana mayor y podía apostar con las manos en las brasas más calientes. Querrían jugar con ella y enseñarle todo lo posible, partiendo por el idioma. No debía transformarse en una barrera imposible de sortear, y confiaba que con varios profesores podría acostumbrarse al italiano con que debería crecer de ahora en adelante. Nunca lo pensó, el tener que enseñarle su propio lenguaje por necesidad y no por placer. Eso le disgustó.

—Los pasajeros con destino a Nápoles, Italia, dirigirse por favor a la puerta número catorce. El avión despegará en media hora.

La voz que habló del cielo la dejó cautivada. Miró en todas direcciones hasta que el cuello le pidió un descanso. No encontró a nadie observándola desde arriba, y generó una nueva interrogante de dónde estaba esa persona, y cómo era. ¿Se parecía a su madre? ¿Sería ella, por esas casualidades? Sin crearse ilusiones, Danna metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. No quiso mezclar las voces, los colores que salían a su imaginación eran totalmente distintos de los que recordaba. No quería olvidarse de la risa de su madre, menos del impecable gesto serio que empleaba cuando debía regañarla.

Alessandro la guió con una mano en el hombro durante todo el trayecto. Si la tenía delante era más fácil para él poder prestarle el cien por ciento de la atención y cuidarla. Así, también caminaron más rápido hacia la fila que comenzaba a formarse. Abordaron luego de revisar que el número de vuelo era el mismo y se instalaron en sus asientos. La noche cayó en la ciudad y las luces de la pista brillaron en reflejo en las orbes de la menor. Apoyó la nariz contra la ventana redonda. No se le vio nerviosa, asustada u otro. Era su primera vez y lo que predominaba en ella era curiosidad, ganas de saber cómo iban a volar. Nunca lo había hecho; siempre era su padre el que viajaba a visitarlas, así que lo único que conocía era New York. O fue lo que creía a rajatabla.

A Danna le colgaron los pies y le gustó la sensación. Podía moverse con total libertad en ese inmenso espacio que quedaba hasta el asiento delantero. Su padre, como observó de reojo, permaneció con la vista en unos papeles, los que estaban cuidadosamente ordenados sobre la mesa auxiliar de plástico gris, mientras ella, con una similar, dibujaba y apoyaba sus brazos cuando la hora de comer llegaba. Ni percibió el movimiento del avión al despegar. Callada y bien portada, permaneció todo el vuelo en compañía de sus lápices y una película de Disney; BlancaNieves, su favorita entre todas las princesas. Su padre lo agradeció

en silencio, y se sorprendió por la calma que ella experimentaba y los largos periodos de ausencia que tenía. Otros niños exigían atención de sus padres, gritaban que estaban aburridos y que querían bajarse, pero su hija era casi una estatua.

Lo que él no sabía, era que cuando Danielle hacía sus clases, ella tenía que estar ahí. Con el dinero que ganaba, no había oportunidad de contratar a una niñera. Y la madre de Leonard no siempre podía transformarse en la primera opción para llamar. El dinero enviado por Alessandro terminó en una cuenta bancaria para Danna, al que dio uso cuando ingresó en la universidad. Nadie lo supo hasta ese instante. Él no lo podía creer; nunca le pidió algo.

El aire de la nueva ciudad le provocó picor en la nariz. No olía a nada particular, salvo que era mucho más fácil de respirar que en Estados Unidos y el paisaje era abierto, lleno de naturaleza. Le gustó y eso la ayudó a evadir por una fracción de segundo los nervios. Alessandro la tomó de la mano y fueron en búsqueda de sus maletas, las que colocó en un carro parecido a los de supermercado pero dado vuelta. Todo quedó organizado igual que ese juego que a su madre le gustaba tanto...¿tretis? ¿tretis? No recordó por más que presionó su cabeza. Pero sí vio imágenes de los colores y las formas cayendo despacio mientras daban vueltas hasta encajar abajo.

Como su padre vivía un poco lejos del aeropuerto, tomaron un taxi. Ella, con el cinturón de seguridad cruzado en el pecho, apenas pudo mirar hacia afuera. Ni tampoco al frente por ir tras el asiento del copiloto. No hablaron en el camino. Los dos parecían separados por una brecha extensa. El conductor hizo algunas preguntas sobre Danna, —lo supo solo porque escuchó su nombre—, pero fueron unas cuantas para romper el silencio en el interior del vehículo. Se conformó con contar, —medio saltado—, varios números hasta el cien. El trayecto no se le hizo tan largo después de todo. Lo que sí, le dolía el trasero y los muslos por estar sentada tanto tiempo.

—Grazie mille, signore. —al detenerse el auto, Alessandro agradeció al hombre con varios billetes.

Recibió el pago por su servicio y antes de que ella saltase del asiento, se dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—Buona fortuna, Danna.

Ella sonrió de vuelta. No tenía idea de lo que significaba aquella frase, pero verle así de entusiasmado consiguió contagiarla de los mismos ánimos. Movié la mano como despedida.

Una reja larga, como la de la Casa Blanca, la impactó de inmediato. No había estado en un lugar tan grande y donde viviera una familia real. Abrió los ojos de par en par, sorprendida, gesto que para el patriarca de los Costello no pasó inadvertido. Dos personas salieron a tomar su equipaje, quienes también la saludaron con un suave asentimiento de cabeza. Enfocó la vista un poco más hacia dentro; la casa era inmensa, de color blanco y que de por sí tenía el toque elegante e imponente que dejaba sin aliento. Era demasiado para ella, y cualquiera se habría dado cuenta. Porque justo cuando estuvo a punto de decirle a su padre que quería regresar a su verdadero hogar, dos niños llamaron su atención.

Se quedó de una pieza. Sabía que tenía hermanastros, —porque no compartían la misma sangre por parte de su madre—, pero no se imaginó que el encuentro sería tan rápido. Un niño y una niña, donde Danna quedaba en el primer lugar. Corrieron a su encuentro entre saltos y trompicones de la menor, hasta que los alcanzaron. Primero saludaron a su padre con un abrazo apretado y un beso en cada mejilla. Cuando este los bajó del suelo, la miraron por todos lados. La niña se sostuvo de su hermano, quien prestó su brazo como soporte.

*—Benvenuta in famiglia, Danna. Piacere di conoscerti. Mi chiamo Dante.
—movió la cabeza después de presentarse—. Lei è mia sorella Marie.*

El joven esperó por la respuesta de la nueva integrante de la familia, pero esta no supo qué decir. Como recurso, desvió la mirada hacia arriba. Su padre sonriente, le explicó lo que Dante quería decirle.

—Dante, recuerda que tendremos que hablar en inglés hasta que tu hermana pueda acostumbrarse. —dijo el mayor.

—Sí, padre. A veces lo olvido. —Dante formuló una sonrisa de medio lado—. ¿Quieres que te enseñemos tu habitación?

Recordó la propia, esa con pequeños detalles rosados y con dibujos en la pared hechos por su madre. La embargó una profunda pero parcial pena. Seguía sin comprender por qué no podía seguir viviendo ahí, donde siempre. Algo callada, inmóvil por un par de segundos más. Cambió de parecer porque no quería que creyeran que era una niña pesada o que no quería conocerlos. Por eso asintió y dio un paso hacia adelante para soltarse de su padre. Marie, que apenas pronunció unas cuantas palabras que Danna no entendió, la tomó de la mano. Así los tres anduvieron por la entrada demarcada hasta la inmensa puerta de ingreso a la casa. En el interior halló su primer obstáculo.

Una mujer de cabellos dorados como el mismo sol la miró fijo cuando cruzó el umbral. Era hermosa, con unos hombros echados hacia atrás con gracia y una sonrisa que podría ser de una actriz de Hollywood. Se acercó a ella y se colocó de cuclillas. Dante le dijo que era su madre, y que

estaba esperando el momento porque llegase. No supo por qué, pero eso la hizo sentir un poco mejor. En la mano, sostenía un cigarrillo largo y más atrás, un objeto para sostenerlo.

—Dante, lleva a Marie arriba un momento. —pronunció en perfecto inglés—. Quisiera conversar con Danna un instante.

Aceptando lo que su madre había dispuesto, no tardaron en subir los amplios escalones que daban al segundo piso. Ella quiso seguirles pero ante la promesa de conversar con la esposa de su padre, aguantó con las manos tras su espalda y los dedos entrelazados.

—Mi nombre es Giordana. —se presentó. Volteó a ver a la puerta—. Y voy a ser tu nueva madre...¿qué te parece eso?

No le gustó. Frunció el ceño. Giordana captó la manera en que dicha mención molestó a la menor, por lo que amplió su sonrisa mucho más. Se le veían todos los dientes, perfectos y blancos pese al tabaco que fumaba.

—Tendrás que acostumbrarte a la idea si quieres vivir en esta casa, mocciosa. —elevó una ceja—. Si no, pediré que te vengán a buscar y que te lleven de vuelta a tu país.

A la hora de protestar, su padre volvió a aparecer para unírseles en la conversación. Danna iba a contarle, pero la mujer la sostuvo por brazo con fuerza para evitar la confrontación. La alzó del suelo un poco y le enterró las uñas.

—Ni se te ocurra o haré de tu vida un infierno aquí. —sus ojos la quemaron por dentro. Asustada, Danna asintió—. Vete, ahora.

Pasó por el lado de su padre, corriendo. Aceleró más sus pasos a la hora de subir los escalones. Por suerte supo de inmediato donde estaban sus hermanastros; la esperaban afuera de la habitación que sería suya. Suspiró con alivio, pero vio en los ojos de Dante un tenue brillo y los labios prensados. Pensó que era culpa suya, así que retrocedió. Después de lo que acababa de pasar con su madrastra fue lógico que tuviese cuidado.

—No le hagas caso, Danna. Nunca le hagas caso a lo que te diga. —fue lo único que Dante dijo antes de invitarla a entrar junto a ellos.

Capítulo 18

Con una mañana llena de deberes en el FBI, Danna tuvo el atrevimiento de salir del protocolo profesional en el que vivía inmersa, y llamó a su mejor amigo. Aguardó unos segundos de más, pero no encontró respuesta. Se vio poco después llamando hacia su oficina. Dean no estaba a su lado en ese momento, así que tuvo un motivo de sobra para adelantar el contacto entre ambos.

Alguien contestó por fin, pero el tono de voz dulce y tonto no le pareció agradable. Frunció sus labios hasta que cada grieta en ellos se marcó con gesto dramático.

—Oficina del señor Wagner, ¿con quién hablo?

Le crispó la paciencia y el orgullo que alguien que trabajaba para Leonard no tuviese la menor idea de su existencia. Tuvo la necesidad de hacérselo saber tan pronto como pudo. Las palabras salieron sin filtro y sin piedad. Se la imaginó toda piernas largas y escote pronunciado atendiendo las llamadas y agendando reuniones mientras sonreía con toque ingenuo y patético. No le causó celos, pero sí una amplia molestia.

—Necesito hablar con Leonard ahora. Ponlo en la línea. —la italoamericana bramó por rapidez, algo que no encontró.

—Lo siento... —la oyó poco convencida—. ...el señor Wagner está en una reunión importante y no estará disponible hasta en unas dos horas más. ¿Quisiera dejar un recado o un número de contacto para que así él pueda comunicarse con usted?

—¿Un recado? —agudizó su voz—. ¡Soy su jodida mejor amiga! —ironizó con celeridad—. Si no quieres que haga que te despida vas a tener que mover el culo y acercarte hasta su oficina, golpear y decirle que Danna Costello está esperando del otro lado del teléfono.

Con un hombro sujetó el teléfono contra su cara. Necesitaba avanzar en unos papeles que estaba leyendo y también en el correo electrónico donde ponía la información más relevante para ser analizada. Un empresario debía grandes sumas de dinero en impuestos gracias a un supuesto paraíso fiscal descubierto hace semanas. Calcular el total de la deuda era solo una de las partes de su trabajo. Quedaba un largo trecho por delante.

La muchacha, —porque Danna no le calculó más de veintitantos años—, permaneció callada. Solo escuchó su respiración del otro lado y el suave gemido de incomodidad que percató en esos diminutos gestos. Era probable que analizara el escenario donde había sido colocada sin

quererlo, y que solo le quedara una solución: apostar. De todas formas, ella no sabía cómo reaccionaría su jefe si era interrumpido. Al final cedió, con la advertencia de no tener la menor idea de si resultaría. Eso calmó la bestia que tenía por dentro, de momento. Miró de soslayo la pantalla, y movió el mouse sin un punto fijo. Solo quería que la imagen no se apagara por la inactividad.

—Tendré que darle el día libre a mi secretaria, Danna. Cada vez te comportas peor.

Por fin la voz del otro lado atendió a sus necesidades. Ladeó una sensual sonrisa, la que no abandonó la conversación entre ellos. Había tanta confianza, tantos asuntos de por medio, que sin importar lo mal portada que pudiese ser, él siempre estaría para ella. Ni siquiera la oración tuvo un contraste de regaño o enojo; era común bromear.

—Podrías escoger mejor a tus trabajadores, Leonard. No solo por cuánto te las quieres tirar. —agregó con potente argumento.

El hombre gruñó como respuesta.

—¿Estás celosa? —Danna rió—. ¿A qué se debe esta llamada inesperada?

—Pensé que estabas en una reunión. —demarcó esta antes de explicarle por qué interrumpió su trabajo.

—Y estoy en eso. Pero para ti siempre tengo tiempo disponible. Soy todo tuyo, Costello.

—Decidí viajar a Nápoles mañana por la tarde, así que pensé que podríamos juntarnos hoy a cenar.

—¿Me invitarás a tu casa? —sonó sugerente.

—Pensaba que podrías invitarme tú a alguna parte especial. Más que mal, soy yo la que tiene que soportarte desde hace años.

Los mismos que tenía ella. Veintisiete.

—¿Qué te parece si vamos a Daniel? Puedo pedirle a Alexandra que haga una reservación para dos.

Así que la escuálida vocecita de la recepción tenía un nombre. Le pareció tan común e innecesario que mejor habría sido no enterarse. Pasó por alto el detalle.

—Suenan a que tenemos una cita, Wagner.

—A las ocho, Costello. Te dejo porque tengo que seguir ganándome la vida a costa de los demás. Ponte guapa. —agregó como remate a su tono jocoso antes de cortar.

Terminada la llamada, su teléfono vibró en consecuencia a un mensaje de texto. Era Leonard, quien preguntó si deseaba que la pasara a buscar a su casa. Danna se negó. Quería arreglarse con tranquilidad y llegar sola, como en la mayoría de las oportunidades. Así tendría algo de tiempo de conversar con su hermanastra y ver qué tal estaban yendo las cosas para la menor. Aunque se verían en cuestión de horas, siempre ponía atención a cualquier cosa que sucediese entre tanto.

Dean terminó el papeleo por ella cuando le dijo que se iría antes. Así solían hacerlo cuando el otro tenía necesidad de escabullirse. Esta vez no preguntó nada, y siguió con la mirada puesta en el ordenador. Quizás escuchó lo que Danna conversaba y llegó a la conclusión de que meterse en su vida sería un motivo más para que lo tuviese entre ceja y ceja. Así que al despedirse, Danna le dio un apretón en el hombro y besó su mejilla. Con pocas personas se atrevía a tener ese tipo de acercamiento, y un detonante principal fueron los años que llevaban relacionándose. Él respondió con una suave sonrisa, giró la cabeza y asintió. Esa fue la despedida más relajada que tuvieron en años.

Con el tiempo a su favor, estacionó en una cafetería cercana. Un rollo de canela recién calentado y un capuccino vainilla fue el snack que la acompañó en el resto del trayecto hasta las afueras de la ciudad. Comió cuidadosa de no arruinar el tapiz del deportivo, y los dedos siempre estuvieron presionando un grupo de servilletas. Ya en casa, se duchó y vistió para la cena que tendría con su mejor amigo.

Leonard era el único hombre, además de su padre y Dante, con quien había compartido una complicidad inexplicable. Desde que se conocieron, pequeños, se convirtieron en mejores amigos, y sin importar el paso de los años y la distancia que se interpuso entre los dos cuando Danna tuvo que marcharse, lograron que los años no pasaran ni en vano ni erosionando su amistad. Reencontrarse con él fue como retroceder en el tiempo, sentir que dos adultos se convertían en niños, alegres y llenos de expectación. De inmediato congeniaron, sobre todo después de que la castaña confirmara que New York sería su residencia permanente. El abogado, profesión aprendida por generaciones en su familia y que adoptó con grácil porte genético, vivía al pendiente de cualquier movimiento que esta hiciera. Incluso estaba a cargo de algunas propiedades que Costello tenía en diferentes partes del mundo. También compartían algo más que amistad, pero solo en el plano sexual, donde congeniaban a la perfección.

Llegó treinta minutos antes al encuentro. Siempre iba con un poco de antelación en caso de que algún imprevisto pudiese atrasarla. Odiaba tener que estar corriendo, pero eso mismo, su puntualidad, le jugaba malas pasadas. Podía llegar a ser obsesiva en relación a planificar todo, y sus expectativas sobre los demás seres humanos en la tierra eran igual de altas. Pretendía que todo funcionara como esperaba, y si no era así perdía la paciencia. Pero aprendía a manejarlo tanto como fuera posible. Intentaba, por lo menos.

Una rubia en la recepción la saludó con una ficticia sonrisa en los labios, al tiempo que corrió un mechón de su cabello hacia atrás para dejar a la vista dos pares de ojos café oscuro. Danna se paró recta tras el mostrador. La joven, se inclinó un poco para tomar la tableta y la apoyó contra su busco.

—Buenas noches. Bienvenida a Daniel. ¿Tiene alguna reservación?

—Buenas noches. —respondió sin interés por mantener la charla más tiempo del necesario—. Sí, la tengo. Está a nombre de Leonard Wagner.

El nombre revoloteó en su cabeza, quizás ante el recuerdo íntimo que le sacó una sonrisa estúpida y desbordante. En efecto dominó, Danna deseó arrancarle las extensiones baratas del cabello de un solo movimiento de su muñeca. En vez de eso, permaneció quieta en su lugar, no dando pie a que la muchacha creyera que le confidenciaba un secreto a una amiga. No quería saber lo que su mejor amigo hacía con otras mujeres. Además, no era el momento apropiado para ello. Rompiéndose su hechizo, la mujer volvió a escrutarla de arriba hacia abajo y de vuelta hasta los ojos, por lo que la agente amplió su sonrisa. Seguro en el fuero interno estaba tejiendo historias alrededor de los dos, y el motivo de ello era la forma en que Danna estaba vestida. Ceñida al cuerpo y deseable, como todas las veces en que salía. Era casi su estampa personal.

Queriendo empañar un poco la repentina felicidad que experimentó al oír sobre Leonard, simplemente asintió. Un suave pero categórico gesto con la cabeza que la puso todavía más en evidencia. La chica palideció y el maquillaje pareció sobrar en su rostro. Hasta notó que la pantalla tembló entre sus manos.

«No eres la única, querida. »

—¿Su...nombre? —carraspeó, guardándose la sonrisa—. Tengo que buscarla en la reservación —la cordialidad desapareció por completo, lo que motivó a Danna a ser un poquito más cruel.

—Danna. Danna Costello. —mantuvo la mirada puesta en sus orbes

oscuras—. Si quieres puedo llamarle y que venga a buscarme. No sería un problema para él. Siempre lo hace.

Capítulo 19

Tensó la mandíbula, avergonzada. Se negó a la idea de tener que verle la cara al desvergonzado de Leonard y encima evitar el aparente estado de celos en que se encontraba. Lo que menos sintió fue culpa por la rabia injustificada hacia la italoamericana. Bajó la vista para teclear en la tableta. El reflejo de la luz mostró unos rasgos marcados, decepcionados. Detonó en ella un leve deje de pena por la forma en que creyó sería especial para un hombre como él. Su madre solía decir que los hombres atractivos siempre tendrían problemas con la fidelidad. Y su mejor amigo confirmaba esa teoría. Cuando se recompuso y volvió a ser una profesional, su ahora determinada mirada se centró en ella. Un nuevo dato la sorprendió.

—El señor Wagner ya ha llegado, señorita Costello. ¿Quiere que la guíe hacia el lugar?

—No, tranquila. ¿Para qué hacerte sentir peor de lo que ya estás? No sería propio. —musitó en un vago intento por simular preocupación—. Dime dónde es y me las arreglaré sola.

—Es...uno de los privados del costado izquierdo. El cuarto contando desde la entrada.

Se le secó la garganta al pronunciar la dirección en que Danna tendría que avanzar. No se había percatado del detalle hasta corroborarlo por segunda vez. Pobre. Ella tampoco ayudó con sus hirientes comentarios, pero le fue imposible morderse la lengua. Si era considerada una arpía o una zorra sin corazón, prácticamente estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios. No le dolía ni le preocupaba lo que otros pensarán de su actitud que rozaba la bordería.

—Desde aquí me encargo yo. Gracias. —negó y chasqueó la lengua. Miró hacia atrás por sobre el hombro derecho—. Tienes muchas personas que atender. —le miró de vuelta y alzó los hombros—. Que tengas una excelente noche.

Sin perder más tiempo, viró hacia la izquierda con el propósito de hallar a Leonard. Miró hacia todos lados como si fuera la primera vez que iba. En efecto, habían pasado unos cuantos meses desde la última vez que compartió mesa con el abogado, pero en su defensa, era por todo el trabajo que tenía que efectuar. Y porque además, prefería la intimidad de su hogar para compartir con el hombre. Las fiestas dejaron de ser parte de su vida desde hace años, y aunque con veintisiete años y como bartender podría tener mucha vida social, nadie era capaz de llegar a Danna de una forma tan personal como para entablar una amistad. Leonard tampoco lo hacía tan mal; sus reuniones, los casos y el trabajo lo

tenían sobrepasado. Y contra eso no podía luchar, porque sabía que él tenía sus valores bien puestos.

El interior, amplio, impoluto y elegante, dejaba unos pilares centrales multiplicados a los costados. Se sintió en una pista de baile que fue reutilizada como comedor luego de aprovechar todos los espacios en la distribución de las mesas redondas, las que en su mayoría tenían capacidad de hasta siete personas o más. La iluminación era generosa y moderna gracias a unos discos que brillaban ayudadas por pequeñísimas luces contiguas que en conjunto permitían visibilidad completa. A Costello le encantaba ese lugar, y siempre que Leonard la invitaba, decía que sí.

Siguiendo su instinto se propuso recorrer por una orilla el fondo del recinto y no molestar a los comensales. Dedicó algunas sonrisas a las personas que estaban sentadas cerca de donde pasó con intenciones de ser casi invisible, de no llamar la atención. Las miradas fueron a ella, a toda ella, especialmente de los hombres, por su indiscutible belleza. De parte de las mujeres vio que algunas rodaron los ojos, pusieron mala cara y hasta susurraron. Eso solo hizo que enderezara mucho más la espalda. No se amilinaría por nadie, menos ante desconocidos. Suficiente había tenido con su madrastra, esa mujer despiadada que le ponía las garras encima cada que podía. Eso la había hecho fuerte, con una coraza indestructible pero que también podía llegar a herir a otras personas. Ganaba y perdía, pero sentía que era más de lo segundo.

Cuando por fin dio con el número, corrió la elegante cortina aterciopelada azul y metió la cabeza con gesto curioso y precavido. Quizás la recepcionista le tendió una broma por su desconsiderada actuación y esperaba que volviese con la cola entre las piernas. Por suerte no fue así. Leonard la recibió con una seductora sonrisa y una invitación con la mano para entrar. Cerró detrás suyo, con lo que le brindó una vista de su espalda y trasero por unos segundos. Después, cumpliendo con todo el protocolo existente entre ellos, esperó a que se pusiera de pie, le saludó con dos besos en la mejilla y lo abrazó. Él, caballero como siempre, tomó su mano y la besó. No conforme con esa muestra, apartó una silla para que pudiera sentarse.

Leonard era sin duda uno de los hombres más atractivos que había tenido oportunidad de ver. Alto, de un metro y setenta aproximadamente, de mirada coqueta y elegante que dejaría a cualquier mujer cerca de un paro cardíaco, conseguía todo lo que pretendía con el lado femenino. Sus pómulos, marcados y encantadores, hacían juego perfecto con el azul de sus ojos. El moderno corte de cabello hacia arriba terminaba por encajar las piezas de la perfección. No perdía oportunidad para hacerse notar o sacar partido de su estado físico.

—Buonanotte, bella rosa. —musitó en un ronco y provocador susurro.

—Buonanotte, caro. ¿Todo bien? —repositó los brazos sobre la mesa luego de dejar el bolso en un gancho bajo esta.

Lo único que había en la mesa de momento eran tres copas para vino tinto y blanco, y agua, los cubiertos, los platos centrales, servilletas sobre la porcelana y un arreglo de pequeñas flores blancas. Estaban en un florero corto de forma esférica, que tenía piedras en el interior. A su parecer, una mesa sencilla, nada en comparación con lo que divisó con el raballo del ojo en las otras mesas de afuera. Agradeció ese gesto por parte de su mejor amigo, porque a veces Danna necesitaba un poco de sobriedad y simpleza en su vida, la que por sí ya era lo suficientemente caótica como para agregarle más.

—Pensé que no viajarías este mes.

Por lo general siempre veían en qué días había algo de tiempo disponible para verse, pero con el anticipado viaje de Danna, tuvo que ver la manera en que la cita se adelantara lo antes posible. Cuando estuvo por responder, el camarero apareció junto a un carrito con la cena de la noche. La entrada no era necesaria y Leonard volvió a contemplar eso. El hombre, que quizás tenía menos edad que ellos, dispuso una porción de tomates cherry con una cama de lechuga. y de fondo, cordero con papas cortadas en rodajas a las finas hierbas. Para sumar más elegancia al asunto, un vino tinto del dos mil catorce, un cabernet sauvignon Amapola Creek. Arregló la mesa con eficacia que Danna agradeció y valoró. Sirvió las copas al último para así dejarlos solos.

Con paciencia esperó entonces. Dejó los antebrazos sobre la mesa, siempre pendiente de su mejor amigo.

—Tengo ganas de ver a Dante y Marie. —expuso. Quiso ser obvia, pero la fecha era poco común.

Leonard frunció el ceño para confirmar que tenía la misma sensación de preocupación de siempre que emprendía vuelo hacia Italia. Giordana era el tope para las acciones que llevaba a cabo, porque si fuese por ella, podría pasar más tiempo del otro lado del globo terráqueo y no contar los días para devolverse. Lanzó una mirada al platillo y luego al hombre, desinteresada por esos fantasmas del pasado que arremetieron en su cabeza, jugándole pasadas nada inofensivas.

Probó un trozo de cordero mientras encontró el interruptor del pasado. Deleitada por el sabor que se expandió en sus papilas gustativas, el jugoso bocado cumplió con su cometido: distraerla y empujarla a la realidad. La salsa, un poco agria pero de todas formas deliciosa, hizo que se relamiera los labios. Se detuvo cuando vio que Leonard tenía el puño

cerrado al lado del platillo y que su mirada la escrutó con detenimiento. Estiró la libre y le obligó a permitirle tocarlo. No se resistió, pero su molestia fue clara. Estaba tieso, indiferente a su tacto.

—Tengo que ir.

—Tienes. —murmuró.

—Tengo. —repitió—. Las cosas en el bureau se están tornando estresantes y no tendré tiempo después para verlos.

—Ya. Y por eso tienes que exponerte a que Giordana te trate como la mierda. —abrió los ojos. No tuvo intención de comer.

Todo se trataba sobre Giordana Amato y su interés por acabar con su fortalecida seguridad. No sucedería como cuando era una niña; las cosas habían cambiado y teniendo en cuenta que seguía viva, medio cuerda y con sus prioridades bien puestas, no habían daños colaterales. Salvo su salud mental, pero no prestaba atención a las repercusiones en ese aspecto. Para Leonard, ir a Nápoles significaba tener que verla partir tal y como cuando se fue con su padre, pero lo que él no entendía era que volvería. Siempre lo hacía. Para ella, era mantener sus raíces, —la mitad aunque fuese—, despiertas en su interior.

—Sé defenderme. No te preocupes por eso. Come, por favor.

—Hm... —respondió en un mohín caprichoso e infantil.

—No me mires así. —advirtió ella, sonriente.

De vez en cuando, en medio de la conversación que iba sobre el trabajo de ambos como principal tema central, se calló para beber del vino. No se parecía a su bebida favorita; el bourbon siempre ocuparía el primer lugar, pero para la comida no estaba mal. Asintió en más de una oportunidad, se rieron y coquetearon como una pareja de dos jóvenes enamorados. No se dio cuenta lo rápido que el tiempo transcurrió. La comida había terminado y la botella vacía al igual que sus copas. Leonard la observó pero siguió sin decir mucho. Le preguntó si quería que la acompañase, pero Danna se negó a la idea. ¿Qué haría él en medio de esa caótica familia? Enfadarse e intentar defenderla. Nada más.

—Te extrañaré, Danna. —dijo finalmente.

Ella mostró una faceta más cariñosa, cálida. Ladeó sus labios en una sonrisa tenue. También le echaría en falta, más de lo que él pudiese imaginar.

—Y yo a ti, Leonard. —como acarició la pierna de su amigo, presionó los dedos en la rodilla—. No te folles a media ciudad mientras no esté.

Leonard echó la cabeza hacia atrás y negó. Sostuvo la mano de la italoamericana con más fuerza y hasta entrelazó los dedos con los ajenos. Supo de inmediato que Danna estaba bromeando.

—Lo intentaré. —produjo un suave ronroneo—. Aunque necesitaré un incentivo.

—¿Económico?

Capítulo 20

Leonard movió la cabeza hacia los lados.

—¿Espiritual?

Sopesó la idea, pero volvió a repetir el gesto.

—¿Sexual?

Aunque a la italoamericana le gustaba jugar, no era de las que tenía tapujos a la hora de hablar de sexo. Iba directo al grano, tal y como le gustaba que fuesen con ella. Advirtió el brillo en los ojos de su mejor amigo, lo que reafirmó que se encontraba en lo correcto. Sin mediar palabra, Leonard terminó por pedir la cuenta, una que pagó sin siquiera inmutarse por la estratosférica cantidad de dinero que la cena tuvo que haber salido. Dio una generosa propina al joven, el que agradecido le regaló a Danna una de las flores que estaban en el florero.

—Vamos, cara. —pronunció al extenderle la mano.

La joven la tomó sin dudarlo. A Leonard le confiaría su propia vida, pondría las manos al fuego y recorrería el desierto entero con tal de encontrarlo.

El aire frío la golpeó en el momento en que este pasó las manos por sus hombros para calzarle el abrigo que traía con ella. Las dejó ahí un poco más de la cuenta, en lo que Danna hurgó en el interior de su bolso hasta dar con las benditas llaves del automóvil. Siempre tenía cosas innecesarias dentro, pero no se deshacía de ellas porque pensaba que en algún momento las llegaría a usar. Esa noche no. Estacionada al frente, invitó a Leonard a irse con ella, lo que facilitaría mucho más el trayecto hacia su casa, pero él desistió de la idea.

—Eres un peligro al volante. Prefiero seguirte.

Dijo con tintas de verdad y broma entrelazadas con una calma y honestidad que no la descolocaron porque sabía que era la razón la que hablaba por él. Sobre todo después de beber unas cuantas copas de más. No tuvo que haberlo hecho pero la costumbre hace a los seres humanos, animales llenos de rutinas. Como Danna puso una expresión despectiva, Leonard la sostuvo por la cintura y acercó su rostro al suyo. Ahí rozó la punta de su nariz con la ajena, sonrió y dejó un casto beso en sus labios.

—No puedo creer que hayas dicho eso. —farfulló Costello.

—Sabes que es la verdad. —conservó el primer plano de la italoamericana, sin apartarse.

Ella asintió. Frente a los ojos de cualquier persona que los viera en medio de la calle, parecerían una pareja enamorada viviendo los primeros rayos del amor. Nadie jamás percibiría siquiera la amistad y compromiso que ambos ponían en su relación. Era especial, única. No recordaba haber tenido ese grado de dependencia con alguien, ni siquiera en lo que tenía que ver con el amor. No lo había experimentado y tampoco quería hacerlo. Estaba bien así, libre y extraña a su propia manera.

—Está bien... —dijo por fin Danna—. ...pero espero que llegues.

La soltó. El espacio entre ellos pareció inexistente, como si nunca hubiese abandonado su lado. Lo que sí, quería sentir esas manos en otras partes de su cuerpo, y la espera no hizo más que provocar su desesperación. Al verle retroceder en dirección a donde su vehículo estaba estacionado, también hizo lo suyo. Tendría que llegar primero para así tener las llaves de la puerta a mano y no demorar en la búsqueda exhaustiva que siempre debía hacer a su bolso.

Ni miró atrás ni tampoco tomó uno de los complicados caminos de regreso a casa como solía hacer cuando quería distraerse y escuchar alguna canción completa. Ahora lo más importante era llegar a su casa, pasar una noche con su mejor amigo y olvidarse de la maraña de problemas que era su vida en general. Así se sentía algo más normal, menos desconocida para sí misma. Y era uno de los días en que se sentía cómoda con cada una de las moléculas de su cuerpo. El camino se hizo rápido y callado, puesto que la música en la radio fue un invitado silencioso y de poca importancia. Aceleró solo cuando no habían automóviles a los costados o adelante, y se contuvo de hallar el teléfono para ver la hora. Pronto estaría demasiado ocupada como para recordar los acontecimientos anteriores.

Leonard llegó casi veinte minutos después. Traía en la mano derecha una botella de espumante Ricardonna ruby, uno de sus favoritos, y en el rostro una nada ausente sonrisa. Estaba atento a cada paso de la italoamericana, desde que abrió la puerta y le invitó a entrar, hasta cómo quebró la cadera ante el encuentro de ambos en el medio de la estancia. Dejó la botella en la encimera de la cocina una vez pasó por el lado de Danna, y no tuvo en cuenta decir algo al menos. Mientras tanto ella se encargó de cerrar con seguro y darse la vuelta para seguirle. Le gustaba ese juego donde se mostraba cierto desinterés, pero que en el fondo no era más que una sutil fachada para aminorar la tensión que crecía alrededor suyo.

—Pensé que ya no beberíamos más. —dijo, pero alargó la mano para recibir una de las copas que Leonard buscó en la barra, al otro lado de la

sala de estar.

Él, todavía ensimismado por las burbujas bailando entre las paredes de cristal, dejó una mano apoyada sobre la encimera de granito gris. Un anillo brilló sobre la tenue luz que desprendió la lámpara. No era de matrimonio ni tampoco de compromiso. Estaba en el dedo pulgar, el mismo que Danna usaba en la zurda. Desde hace años que no se lo quitaba y era de los objetos más preciados que tenía. Ante el dato, dejó sus ojos azules impregnarse de los matices en aquella zona.

—Y yo pensé que no tendría que sobrevivir en la Gran Manzana sin mejor amiga otra vez.

Puntualizó el hecho de repetir la experiencia de años atrás. Para ella no pasó por alto, pero frente a ello era poco y nada lo que podría hacer. En ese entonces no podía tomar sus propias decisiones. Dejó la copa más cerca del borde, su cuerpo el único impedimento para caer al precipicio.

—¿Me estás castigando, entonces? —interrogó al abogado.

Le ganaba por estatura, pero no por edad aunque él pareciera mayor. Respondió con un mohín, y negó con la cabeza.

—No podría. —indicó con la misma deferencia que Danna a la hora de cuestionarle. Relamió sus labios con simpleza—. Es solo que pronto tendré una reunión con una firma importante, y pensé que podrías acompañarme a cenar. Es todo.

Saboreó el deje de decepción que se instaló en la voz de Leonard. Se le hizo común, igual que con Marie, principalmente, porque era la que más dependía de ella. Era muy típico de Danna faltar a acontecimientos importantes, y no porque quisiera, sino porque el FBI siempre la tenía con una correa poco amable para poder salir a destajo. Contaba con pocos espacios para descansar o escaparse de sus deberes. Y su mejor amigo también tenía que pagar las consecuencias de ello. No dijo nada. Guardó silencio y cambió su posición en la encimera para divisar las llamas de la chimenea.

—Eres excelente en todos los aspectos. Estoy segura de que conseguirás ese acuerdo que tanto deseas. —exclamó, desorientada.

—Después de eso iré a Alemania. Por varias semanas, intuyo.

Por supuesto. Era justo lo que necesitaba oír. Regresaría hecha una mierda de Nápoles, y su mejor amigo no estaría ahí para apoyarla. Todo lo contrario, estaría sola.

—¿No puedes esperar hasta que regrese? —observó una vez más hacia él, pero ya no se encontraba ahí.

Unas manos cálidas que bordearon sus delicados y delgados hombros la sobresaltaron. Dos segundos bastaron para que cambiara de la rigidez a la más absoluta calma. Leonard tenía permitido tocarla sin preguntar o esperar por su reacción; había aprendido a asimilar el roce. Apartó también el cabello hacia un costado, dejando vía libre al cuello. Estremeció las barreras y consiguió evaporarlas por completo. Todo era más fácil cuando él estaba alrededor.

—¿Cuánto? —murmuró cerca de su nuca—. ¿Diez días?

El sensual deje al arrojarle las palabras hizo que Danna entrecerrara los ojos y disfrutara de la melodiosa sinfonía que la oración cantó. Diez días era más o menos el plazo que se había dado para regresar y seguir con su vida, pero dudaba mucho que fuese tan tácito. Podría ser menos. O más. Leonard preguntaba porque sabía que se convertía en una blandengue por su familia. Era de las únicas veces en que la había percibido tan dócil y cariñosa. Y con él, por supuesto.

—No lo tengo del todo claro. —atinó a contestar. Sonaba más tranquila de lo esperado. No por su mejor amigo, sino que por las horas restantes para el viaje.

Leonard delineó con las yemas de sus dedos la nívea piel de Danna, siempre ausente y pensativo, como buscando alguna respuesta kinésica en vez de las palabras de esta. Procuró no presionarla a dar respuestas o a explayarse; ya conocía de sobra la barrera que ponía cuando no podía tener control sobre las situaciones. Lo que menos quería era que antes de su partida temporal perdieran el contacto por una molestia infantil.

—Supongo que puedo esperarte. —concluyó con la misma convicción que cuando cerraba sus casos.

Danna se acabó la copa de espumante y con los pies apoyados en el suelo se dio impulso para voltearse y verlo. Él bajó las manos hasta que quedaron como parte de su pantalón, cerca de los bolsillos, aunque no duró mucho tiempo. Exprimió los segundos a su beneficio y estiró el cordel imaginario entre ellos hasta que no tuvo más remedio que ponerse de pie, rodearle con los brazos alrededor del cuello y besarlo. Odiaba esperar por las cosas que quería y ya había pasado mucho tiempo desde entonces. El tacto gentil del primer encuentro cambió en cuanto su mejor amigo saboreó los tintes frutales y burbujeantes en su boca, y deseando más, la pegó a su cuerpo por completo. Las palmas extendidas le transfirieron un calor abrasador, tanto que por un instante necesitó respirar por la nariz con mayor prolongación. Leonard lo disfrutó, y no perdió espacio para bajar por su cuello y recorrer los frágiles huesos de la

clavícula, una que sin necesidad se veía marcada a la espera de ser mordida, hasta el hombro, donde enterró los dientes con gesto animal. Ella cerró los ojos y gimió como invitación a continuar.

—¿A qué hora te vas? —jugó con el cierre del vestido antes de empezar a bajarlo. Dos dedos fueron suficientes.

Capítulo 21

—Por la mañana. A las once y media. —mientras tanto, sus propias manos jalaban con desesperación la chaqueta del traje azul encendido y después, bajaron por los torneados brazos del hombre para lanzarla al suelo.

Era así la mayoría del tiempo. Conversar, reírse y desprenderse de la ropa, todo en la misma secuencia de imágenes. No sucedía con todos los hombres, por eso resultaba especial con él. Le importó una mierda el hecho de empezar a avanzar hacia las escaleras y que el resto de la ropa masculina quedase ahí. Los zapatos y camisa fueron el rastro de migajas que quedaron como evidencia de lo sucedido. Su vestido ya estaba arrumbado en medio de la casa, el que por la mañana tendría que dejar listo para lavar antes de irse. Los tacones, desordenados, parecieron un arma mortal, una trampa para osos.

Del recorrido hacia arriba se encargó el abogado, quien la tomó en brazos y la ayudó a enrollarle las piernas alrededor de la cintura. Subió sin problema. Ni el pulso se le aceleró, seguramente gracias a las largas jornadas en el gimnasio para tener ese cuerpo de impacto. El torso marcado y duro parecía esculpido y listo para usarlo de escudo policial. Antibalas. A prueba de todo. El tono bronceado de su piel lo hacía mucho más interesante y erótico, recién salido de una revista. Perfecto. Así era ante los ojos de su mejor amiga y confidente, un ser divino y casi inexistente. Cruzaron el pasillo rodeado de fotografías con su madre y después las habitaciones. Una servía para huéspedes, otra como estudio de pintura y la tercera, la suya, que estaba al final.

Abrió la puerta y la dejó así. Nadie podría interrumpirlos a menos que se tratase de una llamada. Danna era la única dueña de ese lugar. Recostó el sensual cuerpo de la joven en la cama y la observó. Ocupó el tiempo para quitarse los calcetines y en desabrocharse el pantalón. Tendida sobre la cama era una real diosa, idílica, imposible de atraer a menos que ella misma quisiera. Notó el recorrido en su cuerpo con esos infernales ojos azules, y la deseó todavía más. Se hizo sobre su cuerpo y la besó en los labios. Aprovechó cada segundo en esa acción, deleitado por los primeros y suaves arañazos en su espalda, los que después subieron de intensidad hasta el punto de dejarle marcas de varios días en la piel. A ella le gustaba marcar territorio, incluso si no era realmente suyo. La media oscuridad de la noche cuyo único halo de luz venía desde afuera, pareció más que apropiado para mimetizar sus cuerpos.

Leonard bajó los tirantes del sujetador para tallar a besos los músculos tensos, y así también tuvo el mismo gesto con sus pechos, los que amasó entre las palmas y masajeó hasta que solo los pezones permanecieron endurecidos bajo su tacto. Usó también la boca, y no sería el único lugar donde poner énfasis. Mordió la piel de su cadera, entre los muslos y

cuando consiguió deshacerse de las bragas color rosa palo procuró cubrir con la lengua el espacio donde antes estuvo la prenda. La miró a los ojos y paseó esta en calmados tramos; de izquierda a derecha, arriba y abajo, círculos y luego en el interior. Danna gimió y arqueó la espalda. Deseó tener la facultad de no deshacerse con tanta rapidez entre los brazos de su mejor amigo pero sería como pedir que su madre estuviera viva. Imposible. Apretujó el edredón entre manos temblorosas, las que pasados unos segundos finalizaron en la cabeza del abogado, presionándolo a continuar con la deliciosa acción. Cuando llegó a un precipitado orgasmo, dejó su cuerpo caer contra el colchón. Leonard apareció desde el infierno para verle con una sonrisa ladeada.

—¿Más? —sugirió él, dispuesto a permanecer despierto durante toda la noche de ser necesario.

Se hizo entre sus piernas, las separó un poco y acomodó su miembro para penetrarla. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza; su estrechez tenía mucho que ver con cómo las paredes se pegaban al falo y generaban fricción en cada embestida. Ella echó la cabeza hacia atrás mientras el rostro de Leonard se acercaba más y más al suyo, hasta acallar los largos y pretenciosos gemidos en su boca. Con las manos a los costados de la almohada, pudo ser partícipe de cada gesto de la italoamericana. Mordía sus labios cuando algo en su interior se removía para causarle placer, inhalaba con dramatismo cuando se quedaba sin oxígeno y sus uñas buscaban llegar a los huesos de su espalda en instantes de desesperación. Danna ni siquiera se pasó a pensar en la maleta que debía preparar para el viaje. Pasó a segundo plano, al igual que el lugar donde estaba su pasaporte y el boleto de avión impreso. Cada embestida subió de velocidad y de fuerza, con más ímpetu y menos calma, más salvajismo y menos romanticismo.

Al tercer orgasmo se rindió. Las piernas ya no le daban más y las sacudidas parecieron más un colapso de su sistema nervioso que algo pasajero. Su amigo, también algo cansado pero no por ello satisfecho, se hizo a un lado de la cama para permitirle ponerse de pie. Tomaron turnos para irse a la ducha, —Danna se veía muy capaz de volver a sucumbir a él—, y una vez estuvieron listos, se metieron bajo las sábanas.

—¿Dónde dejó las llaves? —Leonard se giró para enfrentarla.

—¿Las llaves? —sonó confusa. Cuando dio con lo que quería decir, asintió—. Puedes llevártelas y entregármelas cuando nos vemos.

—Está bien. —dos dedos rozaron la frente de Danna, a modo de caricia—. ¿Estarás bien allá?

Sonó a una pregunta inocente, a preocupación en su estado más sólido y real, y eso fue lo que inquietó a la agente. Ojalá dar una respuesta

sincera. Un sí contundente, pero no supo muy bien qué fue lo que dijo en respuesta.

—Te llamaré cualquier cosa. —sentenció antes de quedarse dormida entre los brazos masculinos.

Capítulo 22

Logró meter unas cuantas cosas en la maleta sin despertar a Leonard. Verlo ahí tan agazapado entre las sábanas, cansado, la forzó a andar descalza por todo el segundo piso y parte del primero. Ya abajo y lista para marcharse, dejó el café preparado. Solo tenía que dejar una nota de aviso con una fecha importante que su mejor amigo no podía olvidar por nada del mundo. Su amistad estaba en juego por ello. El asunto de las llaves lo dejó a su propio juicio pese a que ya había dicho la última palabra sobre recibir las en sus propias manos. Conociéndolo, sería incapaz de dejarlas bajo el tapete. Volverían a verse. Echó una rápida mirada a la fachada antes de meterse en el auto y emprender camino hacia el aeropuerto.

No tuvo que esperar mucho para ingresar al vuelo y menos para el despegue. Todo advertía que Danna Costello llegaría antes de lo presupuestado a su amada Italia, o la que en teoría era su segundo hogar, y no habrían peros de por medio. En primera clase, como le gustaba viajar, tomó varios vasos de bourbon además de las comidas diarias. Quiso ver una película pero al final terminó con el computador abierto sobre la mesa auxiliar corroborando unos archivos que el FBI había enviado horas atrás sobre un nuevo caso. En Estados Unidos Dean hacía su parte mientras ella desde el cielo contribuía con la propia, y ni siquiera un par de días de vacaciones podía alejarla de su labor más importante. Por estar tan conectada con América del norte es que no se dio cuenta que las ruedas ya habían tocado piso. Estaba en Nápoles.

Era una semana complicada en casa, y más ahora que estaba ella como invitada de honor. Los ánimos iban igual que los cambios de temperatura en otoño, inestables y desconocidos. Sin viajar demasiado y por mucho tiempo, poco y nada conocía de la dinámica familiar, a excepción de sus hermanastros y padre, pero siempre por separado. Verlos comer o conversar entre ellos se le hacía casi un experimento de laboratorio. Siempre intentaba averiguar las reacciones o las respuestas; del otro lado estaba Giordana fingiendo que Danna no estaba ahí, Marie repitiendo constantemente que debería regresar a casa para pasar más tiempo juntas, Dante hablando sobre el crecimiento y las ganancias, etcétera. El tira y afloja para que permaneciera ahí, que fuera parte de la familia, y su incomodidad a la hora de no ser capaz de explicarle a su familia por qué había preferido irse.

Siendo más que justa con los Costello, exceptuando a su núcleo cercano, lo único que odiaba era que la nonna había sido excesivamente dura con su madre y la relación con Alessandro. Cuando observaba a su madrastra regodearse con todo el lujo y la calidez familiar que recibía, Danna masticaba artemisia pensando que era Danielle la real merecedora de estar sentada en la mesa como ama y señora. Ver esos ojos gélidos y

nada entusiastas al encontrarse con ella solían detonar una ira incontenible, una que solo podía calmarse al mirar a los costados y ver a Marie y Dante. Ellos no estarían en la imagen familiar, y esa idea tampoco se le procuraba maravillosa. Más que mal, crecer con ellos fue un salvavidas humano, una vía de escape a todo el dolor que experimentó, porque la mayoría de las veces Giordana no podía estar un segundo sin lanzar palabrotas italianas en dirección a la muchacha que recién había llegado a casa.

En New York se sentía libre y poderosa. En Nápoles, encarcelada y rencorosa.

La casa de su padre era el perfecto significado de mansión, con tantos lujos y adornos exclusivos que en más de una oportunidad de pequeña estaba fuera de foco, alejada de esa realidad. Le costó asumir que también sería, en el futuro, parte de su patrimonio. Cada centímetro cuadrado exponía el buen uso del dinero que se sacaba por medio del negocio y sus excelentes ganancias. Si por fuera parecía increíble, el interior dejaba atónito a cualquiera.

Los cuadros estaban diseñados a la medida y estilo de la decoración, igual que casi todos los muebles que revelaban un exquisito color caoba delante de las blancas paredes. Un espejo inmenso en la muralla del escandaloso comedor daba una vista panorámica de todo el espacio. En el reflejo pudo ver las grandes copas, las servilletas de color vino tinto y el mantel con detalles dorados. No dejó atrás las flores y el servicio plateado. Por un instante envidió el buen gusto de Giordana, que era de lo poco bueno que tenía digno de desear. Sin importar la cantidad de objetos que hubieran por todo el lugar jamás estaría repleto. Todo lo contrario; quedaban espacios para rellenar.

Avanzó con la espalda erguida, tanto que le dolió el tirón por las horas en vuelo. Danna necesitó demostrar que no habían motivos para sentirse inferior, sobre todo luego del largo tiempo sin verse, y que a pesar de los devaneos recibidos por parte de la mujer de Alessandro Costello, a ella le importaba una mierda. Era verdad, porque casi siempre eran sus hermanastros los que terminaban incómodos ante el intercambio de palabras entre ambas. Se había transformado en una guerrera, de esas que cruzaban las llamas y a sus enemigos.

El primero en verla y recibirla fue Dante, cuya mirada recorrió cada centímetro de su cuerpo con la esperanza vana de transmitirle seguridad. Ella respondió de inmediato, aunque a último minuto hizo una mueca de tedio. Las reuniones familiares le provocaban eso. Sus tacones avanzaron más rápido sobre el mármol del suelo cuando dejó de observar como una tonta todo el lugar siendo que lo sabía de memoria. No todo cambiaba tan

rápido, otra de las cosas que agradecía en secreto.

Alto, de veinticinco años y delgado pero trabajado en el gimnasio, con buen gusto para la ropa y los relojes, Dante se transformaba en el sueño de cualquier mujer italiana. Con sus hermosos ojos avellana que hacían juego con el cabello castaño oscuro en un estilo levantado y moderno, además de unas margaritas cuando sonreía, era capaz de comprarle el infierno al diablo. Con andar relajado movió una mano en su dirección. Le gustaba hacerse notar, como todos los miembros de su familia.

Abrazados por fin, le sostuvo por el cuello mientras él hizo lo suyo al cruzar los brazos tras su espalda. La levantó unos centímetros del suelo, los suficientes como para sentir que el estómago fue contraído con demasiada fuerza. Se quejó y Dante la dejó nuevamente en su lugar. Si dejaba de contar las redes sociales como método para conversar, desde hace mucho tiempo que no lo veía a la cara. No se percató de lo mucho que lo extrañaba hasta ese entonces, y la falta que le hacía estar rodeada de toda su explosiva personalidad.

—Vaya alegría que resulta tenerte por estos lugares, eh. ¿Danna? —alzó la mano por delante su rostro cuando se dio cuenta que aún parecía absorta en sus propios pensamientos. Le oyó reír.

Odiaba admitirlo una vez más, pero ver la decoración le hizo pensar de inmediato en su hogar. No por los colores o el estilo, sino por la facilidad para estampar la personalidad de los dueños de casa. Justo lo que veía en trescientos sesenta grados. Eran contadas las cosas que había aprendido de ella en su infancia, pero de seguro el buen gusto era una de esas. Y no solo en la decoración de interiores; también en sus pequeños gustos como ropa, perfumes o joyas. Y los autos. De alguna manera tenía que gastar todo el dinero que hacía, ¿no? Y lo suyo no era expiar sus culpas por medio de la caridad. Para ello hacía cosas más importantes.

—Bien. Sigo estando viva a cuatro horas de pisar Italia. Creo que ese es el premio mayor.

Esbozó una calmada sonrisa que no hizo más que reafirmar su sorpresa de que apenas Giordana la hubiera mirado antes de seguir trabajando en los arreglos de una mesa más allá. Fue el primer contacto visual, uno que mantuvo sin dar tregua. Al final, fue la mayor quien reparó en el reto de Danna y le dio la espalda. La estuvo observando en su llegada y se mantuvo callada, escondida como una asquerosa rata. Eso le brindó una victoria aparte, porque no contaba con ese acto tan sumiso.

—Ha estado demasiado preocupada de darle en el gusto a papá, Danna.
—explicó Dante al ver la escena.

—Ya. Obviamente por gusto no es que lo hace. —gesticuló una mueca que remarcó lo evidente.

—Bambina...ya tendrás tiempo de ponerte al día con ella. Sé lo mucho que les gusta conversar en la mesa después de comer.

En omnisciente conocimiento de cómo figuraban las cosas con su madre, Dante bromeó sin tapujo alguno. Vio los surcos alrededor de sus ojos; el cabrón disfrutaba cada oportunidad para intentar ponerlas en el mismo saco. Danna se cruzó de brazos, totalmente opuesta a la idea de estar de acuerdo con él. El único motivo de su alejamiento progresivo y con tantas millas de por medio era la rubia. Fue ella quien se aprovechó de que nadie de la familia Selene podía hacerse cargo y que su padre de todas formas querría estar presente en su vida, y sin dudar lo tomó cada una de las oportunidades para destrozarla. Primero con la barrera del idioma, donde tenía que pasar largas jornadas repitiendo hasta perder el habla; luego con la sarta de ofensivas cosas que decía sobre Danielle. Después fueron los estudios y su brillante recorrido hacia la universidad. Ninguna cosa que ella intentó por primeros años por agradarle fueron suficientes para que se olvidara del rencor.

Su padre, por otro lado, siempre creyó que Italia iba a ser el lugar donde echaría raíces, pero se equivocó con creces. Puede que hasta un poco decepcionado, no le quedó más remedio que dejarla partir por su bienestar emocional. Para sus hermanastros, reticentes al nuevo proyecto de la mayor, no les resultó agradable saber que ya no la tendrían las veinticuatro horas en casa.

Más ausente que de costumbre, —situación recurrente solo cuando permanecía en suelo napolitano—, se notó callada y silenciosa mientras cortometrajes de su vida corrían por delante de sus ojos. El espacio físico se convirtió en un telón gigante y sus ojos, transparentes y más azules que nunca, fueron el proyector. Danna jugando con unas Barbies, sus favoritas: estaba la que tenía el vestido blanco de novia y que era de sus preferidas puesto que soñaba con tener uno igual cuando encontrara su príncipe azul, la de cumpleaños que tenía varios bolsillos y globos brillantes en el estampado y por último la muñeca que tenía el vestido floreado con fondo rosado. Ahora, en una proyección más lenta, Danna comiendo limón con azúcar en uno de los taburetes de la cocina, donde los pies no alcanzaban el palo cruzado de en medio. Ella, corriendo por el jardín entre risas y gritos de sus hermanastros. Marie y ella cocinando mientras Dante pretendía poner la mesa con loza de plástico. Después de todo, Danna llorando en las noches por la ausencia de su madre.

El del medio, puso las manos detrás de su espalda y la observó. Medio intimidada por esos ojazos y la actitud desafiante a que respondiese sin

volver a repetirle, se preparó para hacerlo.

—Me encanta. Creo que más que hablar con mi padre. —exclamó con ironía. También movió la barbilla hacia la mesa para dirigirse hasta ella y poder cenar.

El show tenía que empezar más tarde que nunca. Y como buena masoquista Danna estaba dispuesta a abrirlo con bombos y platillos.

Capítulo 23

Marie fue la primera en estar sentada. Con la espalda recta y la mirada al frente, picoteó con el tenedor la valeriana con pomodorini, noci e crema di arancia, que era canónigos, tomates cherry, naranjas y nueces. Se llevó un tomatito a la boca con soltura, cosa que sorprendió a la italoamericana por su sencillez. Era imposible creer que ella venía del útero de Giordana, porque de partida no corría por sus venas la ambición competitiva. Más bien se notaba que a los tres, sin importar sus progenitoras, habían sido educados en brazos de Alessandro. Por suerte los genes no funcionaban siempre con las mismas combinaciones.

A diferencia de Dante, su cabello era algo más claro y brillante, probablemente gracias a los productos de belleza capilar. Los ojos verdes, redondos y expresivos, le recordaron a Rapunzel de la versión más nueva. Además, en personalidad destacaba por sobre los dos mayores pese a su estatura media; era alegre, divertida y no temía al ridículo. Sobre todo, tenía un talento increíble para la moda y el diseño, dos de sus grandes pasiones.

Llegando a la mesa, tomó asiento al lado de Dante, quien a su vez se puso al lado derecho de Marie. Quedaron los tres posicionados para arrancar cuando desearan, y más presente estaba cuando Giordana empezaba a lanzar sus indirectas. Quizás no era la comida la que volaba por todos lados, pero las palabras podían hacer un escenario igual de asqueroso. La adrenalina por la que Danna debía pasar no era menor, pero nunca comparable con el FBI.

Conversando con su hermanastra que a su vez comía otro poco de ensalada, ni siquiera se percató de la presencia de su padre, y cuando lo hizo, saltó del asiento a sus brazos. Se le olvidó por completo la sensación de ser la pieza que no encajaba en ninguna parte. Giordana le acompañó un poco más atrás y su cara al ver a Danna estrecharlo con tanto cariño no hizo más que empezar una chispa en el bosque. A la mujer de gélidas facciones no le gustaba tener a la agente tan cerca; le recordaba mucho a Danielle, lo que significaba que debía compartir a Alessandro y no era algo dentro de los planes. Menos en esos términos de estar recordando el pasado con su presencia, porque si algo estaba claro como el agua, era que su matrimonio no tenía como cimiento el amor.

Alessandro, un hombre atractivo e imponente presencia, besó la frente de su adorada Danna a la par que los dedos acariciaron algunos cabellos. Su mirada dulce y gentil no tenía nada que ver con el repentino cambio que experimentaba a la hora de hacer negocios o saldar cuentas. Costello era hombre temer cuando las circunstancias lo ameritaban. La apartó apenas unos centímetros para observarla en detalle. Quería estar seguro que la luz de sus ojos no tenía ningún rasguño por ese horrible trabajo que había

escogido como profesión.

—Figlia, mia... —acarició la nuca al meter los dedos entre su cabello con la intención de cerciorarse de que era real.

La famiglia era el pilar más importante y el único que estaba para mantenerte en pie cuando todo lo demás tambaleaba. Era un lazo fuerte e irrompible, lleno de tradiciones y valores que llevaban consigo una gran responsabilidad por el peso generacional que traía consigo al más viejo estilo de Italia. Basado en el respeto, el amor y la conciencia de los papeles de cada miembro, pasaba a ser uno de los grandes rasgos a destacar y honrar.

Su padre la soltó para permitirle el libre movimiento, no obstante permaneció con la vista clavada en ella. Es posible que Alessandro intentase leerle el pensamiento y averiguar qué era lo que estaba pasando por su cabeza en ese instante, pero Danna no dejaba mucho a la vista. Podía ser muy expresiva o una completa pared de cemento. Todo dependía de la intención que quisiera ponerle al asunto. Así como su padre sentía un infinito amor por su primogénita, Danna devolvía el cariño con la misma fuerza. No existían rencores debido al matrimonio con Giordana o las pocas visitas que le hacía cuando su madre aún compartía el mismo oxígeno que ella. Al contrario, diría que el agradecimiento era parte fundamental en la relación padre-hija. Cualquiera habría pensado lo descabellado de dar las gracias por una responsabilidad que debía asumir sin más, pero su destino pudo haber sido diferente. Uno de ellos pudo ser terminar en una casa de menores a la espera de una adopción. O las drogas, lejos de cualquier indicio de salir por cuenta propia. En el peor de los casos, muerta.

—¿Cómo ha estado el viaje, pequeña? —formuló con rapidez, sin agregar mucho misterio.

—Eh, bene. Ya sabes, odio los vuelos tan largos pero he venido a verte...—musitó, jocosa en el tono de voz empleado.

Todos estaban pendientes de la conversación, por ello el aire indiferente que deseó plasmar en sus palabras. No era gran asunto, solo un viaje. El problema es que del otro lado, no fue interpretado de la misma forma.

—No sabes cuánto me gusta saber que estás aquí conmigo.

Los largos dedos de su padre rozaron los hombros, tenaz y afectuoso. Vino a su mente uno de los viajes de este, donde siempre sostenía una flamante sonrisa de orgullo ante las pequeñas e insignificantes logros de su hija. Le dolió el pecho, pero como no deseó hacerlo notar, jugó con el topacio en su cuello. Apretó los labios y se le marcaron los surcos, los

mismos que cuando fumaba con extremo afán.

—Y yo, papá...y yo. —retrocedió dos pasos.

Como sintió que todo se estaba transformando en un show, Danna quiso desmarcarse de las luces del techo. Indicó la mesa e invitó a Alessandro a acompañarla. El mayor no dudó en seguirle con pasos marcados, elegantes. Pocos hombres se movían como su padre, y era imposible que no dejara una huella al pasar. Su perfume o el confiado andar. Las dos valían.

Regresó al lado de Dante, que abrió los ojos como las caricaturas. Irguió el cuerpo y apoyó los antebrazos en la mesa, sobre el mantel color marfil, lo que desató la desaprobación de Giordana, quien sentada al lado de su padre, podía tener una visión panorámica de todos los integrantes de la mesa. En cuanto estuvieron todos cómodos, o en apariencia era así, la esposa le tomó la mano derecha y la presionó bajo la suya. Fue un gesto posesivo. Muchas veces había visto a sus padres hacer lo mismo, y el rostro de su progenitor fue suficiente para relajarle los músculos. No había comparación.

—Es bueno saber que la hija prodigio de Alessandro está de vuelta en casa. Un salud por ti, querida.

Por supuesto que Amato no tardaría en lanzar el veneno. Todos alzaron la copa a la par que ella, estirando el brazo para unir las todas en el medio. Su hipócrita sonrisa le enervó la sangre al punto de desear poder reventarle el cristal en la cara, pero algo místico le ayudó a aguantarse. Brindaron, bebieron y volvieron a desocupar las manos luego del salude con vino. Ella probó una diminuta cantidad. No le gustaba mucho en comparación a los demás Costello. Solo aceptó por acompañarles, pero el bourbon habría sido ideal. Y esencial, porque con la ayuda de su madrastra no soportaría tanto como deseaba. Sostuvo la servilleta en el aire antes de ponerla en su regazo. Ni siquiera deseó ver el teléfono. Esta noche era exclusiva de la familia.

Pasaron de la conversación banal, sobre todo la italoamericana, quien preguntó de todo con tal de no tener que estar del otro lado, a la comida. ¡Estaba exquisita! Era una fanática de la comida italiana, casera y preparada con amor. La mano de Nancy, la mujer que trabajaba para ellos desde hace años, ponía en evidencia que las raíces lo hacían todo. Se llevaba en la sangre. En la mesa había tanta comida que hasta le dio un poco de lástima no poder llegar a probar de todo, pero se propuso al menos ser cortés y no dejar el plato lleno.

— ¿Y qué tal está el trabajo de agente? —Marie a medio tragar, masculló.

Alertó a su padre con un gesto duro. Juraría que se atoró con la comida.

—Ciertamente, Danna. ¿Ha pasado algo en estos meses? —su padre tomó ventaja del atrevimiento de su hermanastra para preguntar.

Con interés ambiguo pero latente, Danna puso atención a cómo los eslabones se iban uniendo hasta crear la cadena que la ataría por el cuello y la ahorcaría hasta obtener respuestas. Interesada, ladeó la cabeza y fingió serenidad, la que prácticamente no existía en su vida desde hace bastantes años. Hasta se mordió la comisura del labio, con la esperanza tardía de no arruinar su labial. Admitió que le sorprendió la insistente manera de su padre por verla como una debilucha incapaz de hacer su trabajo cuando para ella era como jugar a las muñecas. O a la playstation, que era uno de sus hobbies de fin de semana cuando no debía pasársela leyendo.

Capítulo 24

—No creo que haya demasiado ajeteo trabajando en el bar además de los borrachos que pocas veces hay. —musitó con pausas entre la comida que masticó—. Todo está bien.

Poner al bar como distracción fue a propósito. Supo que todo se trataba del FBI y lo arriesgado, no lo solitarias de las calles en la madrugada cuando se proponía regresar a casa. Le gustó cambiar el curso de la charla, aunque poco duró. Alessandro entornó los ojos en toque reprobatorio. Le vio morderse las palabras para no escupirlas con énfasis. También supo que eso no terminaría solo ahí; tendrían una conversación en cualquier momento, y no se salvaría.

Giordana permaneció en silencio, cosa extraña en su manera de ser, otra de las cosas a tener en cuenta y a no quitarle ojo. Eso era peligroso, mucho. Por eso es que la miró por largo rato, viéndola disfrutar de la cena en absoluto mutismo y relajó. Se había propuesto no arruinarles la cena por lo visto, pero tampoco faltaría mucho para ver un deje de tedio. La bastarda se robaba la atención una vez más y ella quedaba en segundo plano sin importar lo hermosa que estuviera con las joyas y el maquillaje impecable y trabajado. Cruzaron miradas, Giordana puso los ojos en blanco y bebió de su copa. Cómo la odiaba. Era mutuo y palpable.

Marie hablaba con su padre, en un entusiasmado intercambio que de seguro tenía que ver con el meollo de la charla: el bureau. Ella comía y picaba con el tenedor todo a su paso sin abandonar los ojos cálidos y entretenidos con el enojo del mayor. Dante, por otro lado y más maduro que la menor, quiso poner paños fríos a la situación. Dejó el plato a medio comer, listo para intervenir.

—¡Vamos, padre! ¿No ves que la señorita es una experta saliéndose con la suya? No deberías preocuparte porque algo vaya a sucederle. Es más fuerte que cualquier tío. —guiñó un ojo en dirección a su hermanastra.

Danna agradeció la interrupción con una sonrisa de medio lado y los ojos entrecerrados. Él conocía sus fortalezas y debilidades en el campo del tiro, cosa que había aprendido en largas tardes de momentos familiares. Había aprendido bien. Muy bien.

—No creo que debas hacerlo, padre. —comentó con el ímpetu de extender las manos para alcanzar el bowl con la ensalada—. Estoy entera.

El dolor en el abdomen había comenzado a palpitar una vez más y recién a esas alturas lo había notado. Quiso hacer caso omiso del tirón punzante en la zona, uno que pujaba con delatarla. Pudo contenerlo, y esperaba

que fuese suficiente para que nadie lo notase.

Dante le pidió ensalada también, así que le sirvió con precaución de no arruinar el mantel.

—Pero Danna...sabes que podrías estar viviendo aquí con nosotros y ni siquiera tendrías que tener el bar para subsistir. ¿Por qué New York y no Nápoles? —Marie pegó la yema del dedo índice contra la mesa dispuesta a seguir conversando sin interrupciones—. Aquí también podrías tener un bar y te iría mucho mejor que allá. Y lo he averiguado.

Por supuesto que había hecho investigaciones al respecto. Marie era mucho más ávida que los otros dos en cuestiones de Internet. Si a Danna se le daban bien las matemáticas y las estimaciones comerciales, entonces a la pequeña Costello había que darle un premio por lo quisquillosa y rebuscada que podía llegar a ser en ciertas cuestiones. Y si quería tener a su hermanastra presente, haría lo que fuera con tal de que así fuese.

—Pareces bastante contenta con tu investigación, hermanita. —no pudo evitar mostrarse divertida por los intentos de Marie en hacer que se quedara en la ciudad. Dejó el contenedor sobre la mesa, frente a ella, y giró la cabeza en su dirección—. Sabes que siempre quise volver a casa. Y New York fue el lugar que me vio crecer; no puedes quitármelo aunque quisieras. Sé que aquí estoy feliz y tranquila porque también es mi hogar. —algo que sabía era una gran mentira porque nunca se había sentido así, pero hizo como si nada y tomó el tenedor para bajar la mirada a su platillo; apenas tocó la segunda comida y era mejor que se pusiera a ello—. No tendría que preocuparme por mi salud física y mental, pero me gusta la ciudad. Y eso me recuerda a mi madre.

—Marie, tienes que dejar que tu hermanastra viva con los fantasmas del pasado. No es fácil haber perdido a su madre y de esa manera tan horrible. Es normal que desee estar allá, donde pertenece.

Giordana dejó atrás la dosis de sedante que la había mantenido callada, sin guardarse nada a la hora de hacer la gran entrada. Nadie respondió; Dante mostró lo molesto por el actuar de su madre y Marie, miró hacia abajo y se llenó la boca de comida. Danna, la principal atacada en la mesa, movió los hombros hacia arriba aunque por dentro pensó en despellejarla y asarla.

—Los recuerdos no están siempre en un lugar. O no para todos, pero eso ya debes saberlo tú, que vives con un fantasma constante en tu matrimonio.

Su gesto fue incapaz de disimularlo, y en vez de quedarse callada, mostró las garras una vez más. Notó un humillante tono rojo en las mejillas de

Giordana, y el cuello huesudo y terso pese a la edad en la que estaba entrando fue el degradado perfecto.

—¿Crees que tendría que tener preocupación por un muerto? —sonó dura y más chillona de costumbre.

Danna la estaba volviendo loca, y la italoamericana disfrutó de la sensación de poder por sobre ella.

—Dímelo tú, Giordana. ¿Mi madre ha sido un problema para ti en los últimos años? —sonrió.

Con el rostro deformado por la rabia, negó varias veces.

—No.

—¿No? No es lo que yo veo. Pero si lo dices, supongo que es la verdad.

Dio por finalizada la conversación antes de que las cosas se salieran de control. Sus hermanastros no se mencionaron, y los entendió. En el fondo estaban de su lado pero en la mesa no era momento de tomar bandos y acribillar con verdades a su madre, a su propia sangre.

Su padre la observó compungido. Deseó decir algo pero no supo qué, ni tampoco cómo. Danna movió la cabeza; no era bueno sacar a Danielle una vez más y de sus propios labios. Suficiente humillación tenía Giordana como para agregar que su propio esposo pusiera en un altar a la difunta, a su eterna enemiga. Alessandro perdió a su real amor de toda la vida, y la tristeza en sus ojos decía más que cualquier discurso que pudiera dar.

Estuvo lista para soltar toda la avalancha de palabras en su mente, pero su padre impidió que empeorara las cosas. Para ese entonces todos habían acabado con la comida.

—Danna, ¿qué tal está el FBI? —preguntó. Le pareció fuera de lugar que cambiara el tema así, pero no dijo nada al respecto.

—Ya conversaremos de eso luego, per favore. —se llevó un tomatito cherry a la boca sin siquiera partirlo.

—Querido, deberías dejarla comer tranquila. Además, lo que menos debe querer es que la estén presionando para que responda.

La expresión de su rostro tuvo que reflejar mucho porque todos, incluida su madrastra, se quedaron mirando con escepticismo. De pronto hacía como si nada hubiese pasado y procuraba mantener los asuntos del FBI fuera de la mesa. Demasiado comprensiva como para comérselo. Tan buena actriz resultó, que su padre la miró y sonrió, benévolo. Si la idea

fue pasar por víctima y heroína al mismo tiempo, fue un jaque mate en toda regla.

Como la relación entre ellas nunca fue la mejor, era lógico tener ese tipo de encuentros. Danna con sus rencores del pasado, lo mal que la hizo sentir, los insultos en todos los idiomas que se le ocurrieron y el hecho de tratarla como a una extraña, ensancharon más la barrera de respeto. Porque ya de adolescente lo que menos le quedaba a la joven agente era eso. Rompía todos los límites cada que podía y se metía en problemas sin pensárselo. Fue su manera de demostrar que era muy factible que Giordana tuviese razón sobre lo pésimo que había sido traerla desde Estados Unidos. Su padre, sin embargo, siempre pensó que fue una de las mejores cosas que podría haberle sucedido.

La comida terminó mejor de lo esperado pese a los exabruptos. Pero como siempre, necesitaba un poco de oxígeno y libertad para pensar. Deseaba alejarse de todo por un breve momento y no tener que estar siempre a la defensiva. En teoría, era ella la que siempre quedaba como la fría de mierda que le recordaba a su madrastra que su matrimonio era una farsa, y no como lo que ella quería verlo. No una víctima ni menos mártir, pero sí una sobreviviente de una guerra que ni siquiera le pertenecía.

—Permiso, saldré a caminar para aprovechar el día. Estaba todo exquisito.
—se puso de pie, dispuesta a marcharse cuando todos se lo permitieron.

Ordenar las ideas era parte de la lista de inmensas cosas que tenía que hacer. ¿Qué le depararían los siguientes días si llegando recibía indirectas? Y no cualquiera, sino que sobre una época imposible de olvidar y muy dolorosa para ella. Sabía que Giordana quería provocarla y arruinar su ficticia tranquilidad, que todos la vieran tal y como era: agresiva.

Antes de salir, aprovechó la soledad para revisar su teléfono. Estaba metido en el costado de su braga, contra la piel, una forma eficaz de tenerlo a mano cuando no habían bolsillos. Revisó los mensajes en WhatsApp y los correos del trabajo; apenas leyó y respondió unos cuantos con la escasa promesa de tener tiempo por la noche para prestarle la debida atención. Mientras antes escapase de ahí, sería mejor para su salud mental. También fue corriendo hacia el segundo piso, tomó un sombrero tipo Salacot de color negro que hacía juego con la vestimenta en tonos azules. Faltó un rápido vistazo frente al espejo para aprobar el outfit y dejar la casa de los Costello atrás. No iba muy lejos, pero las distancias en esas hectáreas eran exageradas.

Una de las cosas que más le gustaba a Danna, eran las escapadas al aire libre. La naturaleza y ella se llevaban tan bien que el round con Giordana pasó a un décimo plano. El sol le calentó los brazos desnudos y níveos, una advertencia de que podría dejar su piel marcada de color rosado de no cuidarse de este. Avanzó por el perímetro más cercano a la

construcción, con los brazos cruzados.

Fue inevitable no pensar en el otro lado del mundo, donde todos sus cercanos estaban haciendo una vida sin ella. Pensó en los casos, en Dean y en su facilidad para meterse en problemas. También en Nick, Alice y Samantha, que a juzgar por la hora debían estar listos para atender y dar lo mejor de sí para no defraudar a la jefa. Incluso pudo tomarse el tiempo de pensar en su mejor amigo, el aclamado abogado. Debía estar más concentrado que nunca en su trabajo, uno que Danna no conocía al cien por ciento pero que podía entender gracias a la pasión que el de ojos azules experimentaba cada que iba a su oficina.

Un suspiro bastó para quebrarla un poco. Los extrañaba. Aunque tuviese que soportar a Giordana, agradeció estar ahí. Haría cualquier cosa por ellos. Lo que fuese.

Capítulo 25

Saliendo de la condensación que dejó Giordana, por fin sintió el aire fresco contra sus pómulos. Tuvo que abrazarse por la cintura para capear el gélido aire de la costa, que sin duda alguna era exquisito como también molesto para aquellos poco acostumbrados a las ventiscas. En el caso de Danna era más o menos eso, pero se transformaba en algo rápido de adquirir. La memoria no le fallaba ni tampoco los recuerdos vívidos en ella. Bajó con cuidado los escalones de mármol, siempre con la mirada puesta en la naturaleza altiva y elegante, como casi todo en ese lugar, y consiguió perderse en la simpleza de la misma. Sus árboles verdes y frondosos con copas impresionantes y anchas que proyectaban una majestuosa sombra a su alrededor, nada que ver con los edificios y el cemento que tenía por hábito ver todos los días. Estar en esa ciudad costera provocaba dos efectos en Danna, la distensión del lugar donde vivía y la nostalgia de encontrarse entre dos tierras. Amaba New York y jamás podría ponerse en duda, pero Nápoles albergaba a su familia, lo único que le quedaba.

Los pasos la llevaron en dirección al camino de piedrecilla suelta color beige que separaba el césped en dos a los costados. Se alejó más y más de la inmensa casa y le pareció que si se daba vuelta podría hacer una perspectiva impresionante de la misma. Caminó por minutos en los que no pensó en el tiempo corriendo tras ella. Bordeó la casa hasta llegar a la parte trasera, en el inmenso patio. Pensó en tomar asiento en una de las sillas del comedor de terraza, pero desistió. Hoy se sentía libre y relajada, más humana y jovial. Nada malo le haría sentarse en el suelo, aunque estuviese húmedo. Por eso al pasar por el lado, sostuvo una manta de las reposaderas y la trasladó hasta donde deseaba instalarse. De frente, la piscina de aguas turquesas gracias al color de fondo. Con ganas de meterse en alguna oportunidad, dobló su cuerpo en una nueva postura, con los antebrazos tras sus muslos y con las rodillas pegadas al pecho. Frágil, como cualquiera podría describir desde la distancia, observó todo a su alrededor. El silencio le pareció perfecto.

Perfecto para pensar, por ejemplo. Su vida del otro lado del mundo era caótica, más de lo que se atrevía a aceptar. Siempre trabajando, olvidándose de sus trastornos y sin ganas de solucionar las mierdas del pasado, vivía en un constante círculo vicioso que no tenía una puertita para escapar. Las únicas vías estaban a su disposición pero tampoco Danna se molestaba en ponerlas en práctica. Si no les ponía atención, entonces no existían.

Por un momento, cuando la atmósfera calurosa y silenciosa le hizo querer acostarse y dormir un poco, Dante apareció con paso apurado y sonrisa en los labios. Movía los brazos buscando impulso, y consiguió echarse a su lado. La miró con gesto divertido antes de cruzar los brazos tras la nuca y

acomodar la cabeza. Laxo en la posición, esperó paciente a que Danna hiciera algún comentario sobre su madre o lo cabreada que estaba, que quería regresar y que la odiaba. Pero no, nada de eso sucedió. En última instancia ella le miró desde arriba, sacó la lengua y demostró que sus veintisiete años no eran indicio de madurez. Él tampoco, porque puso los ojos en blanco antes de dejar uno solo abierto por culpa del sol en su cúspide máxima sobre ellos. Era un cotilla de los peores, y no se iría hasta que su hermanastra le contase cualquier cosa que le pasase por la cabeza. Incluso si era el plan perfecto para deshacerse de Giordana.

—¿Nunca les contarás todo lo que ha pasado? —habló con normalidad.

Si buscó hacerla sentir culpable pudo presenciar que no generó nada en ella, salvo un chispazo de molestia. Supo que se trataba del FBI y el accidente en el túnel. La herida todavía estaba en recuperación, así que debía mantener la limpieza y el cuidado óptimo. No olvidaría hacerlo cuando se duchase. De alguna forma Dante pudo obtener la información porque por lo menos ella no lo hizo saber para no preocuparlo y que alertase a su padre de lo que sucedía. Entrecerró los ojos, esquiva y conflictuada. También podía ser por su comportamiento anterior, lo que era normal en Danna cuando estaba a la defensiva.

—Dante... —empezó a decir. La parsimonia de la voz ya dictaba un gran camino para conseguir estar relajada y no perder los estribos—. ...¿qué es lo que quieres que te diga?

Sonar neutra fue la mejor opción que le quedó por tomar. Así sabría lo que su hermanastro quería saber y no soltaría palabra de más, unas que podrían transformarla en esclava de ellas.

—Quiero que me digas por qué no me contaste sobre tu hospitalización.
—respondió el menor de los dos con calma.

No diría que Dante se sentía traicionado y enojado por la falta de confianza de Costello. Más bien fue la preocupación y el susto lo que dieron paso a las forzadas palabras que soltó. Porque claro, Dante se las arreglaba para siempre sonar amable y educado aunque por dentro estuviera próximo a hacer erupción. En ese sentido era completamente diferente a Danna, la que si no era siempre, en la mayoría de las oportunidades prefería perderlo todo.

—Porque no había nada que pudieras hacer ahí, Dante.

—Soy tu hermanastro, Danna. —repuso al llamarla por su nombre—. Y podía haber viajado para cuidarte y estar seguro que mejorabas bien.

Tan bueno como su padre, y tan cabezota como él solo. Sabía que se

preocupaba en exceso, pero no consideró que esto podría afectarle tanto.

—Y estoy bien, que es lo importante. —miró hacia arriba. Quiso dar por terminada la conversación con ese gesto.

—¿Por qué no le cuentas a nuestro padre lo que te pasó?

Ambas miradas se encontraron cuando la italoamericana bajó la suya con vigor.

—Porque querría que dejara el trabajo allá y viniera a vivir aquí.

—¿Cuál es el problema? —inquirió.

—Que mi vida está allá.

—Pero nosotros estamos aquí. Tu familia.

Al igual que Marie, Dante podía transformarse en un manipulador en potencia si alguien le daba las armas para hacerlo, más no era algo que a Danna le molestase. Admitía que había algo que le agradaba de todo eso y suponía que tenía que ver con la buena relación que los tres tenían pese a las diferencias etarias, aunque no parecía notarse mucho al estar en alguna fiesta o reunión familiar. Costello sentía que le debía muchas horas a esa parte de su vida, la que era hermana, porque así prefería en cuanto a vocabulario, e hija. Pasaba lo justo y necesario, para cumpleaños y fechas importantes, y el resto del año era una contestadora a distancia con la que se podía conversar en horarios casi establecidos. Ninguno de sus trabajos le daba espacio para disfrutar o descansar. Era mejor así, por supuesto, pero no creía que ellos pudiesen comprender esa distracción mental en la que se engullía.

—Y los vengo a ver, ¿no? —él asintió—. Siempre son bienvenidos en casa cuando quieran viajar.

Dante le tomó la mano, dejó un beso en el dorso y la miró a los ojos. A lo mejor él sí sabía el calvario por el que pasaba al estar ahí y el esfuerzo enorme que estaba haciendo.

—Vale, cara mia. No hablemos más de eso. —incapaz de pelear con Danna, medió entre ellos.

Ella sonrió. Lograba convencerla con ese gesto medio infantil que tenía para resolver las cosas.

—Está bien. Y no vuelvas a mencionar a mi padre en esto. Ya conversaré

con él.

—¿Segura?

—Segura.

—Bene. Te dejo tranquila para que sigas descansando.

Besó su frente y se colocó de pie con rapidez. Limpió su pantalón con las manos extendidas hasta quitar las hebras de césped que se pegaron a la tela. Preguntó si todo estaba en orden y Danna le dijo que sí. Quiso bromear con él para molestarlo pero al final se quedó con la idea en la cabeza. Preguntó hacia dónde iba, y Dante contestó que iría a la inmobiliaria para arreglar unos asuntos que necesitaban solucionarse ahora, pero que por su visita tuvo que aplazar de momento. Eso no le gustó a la italoamericana pero supuso que si no era urgente si el energúmeno de su hermanastro había querido dejarlo para cuando tuviese más tiempo. Y él también se encargó de decirle que no sucedía nada especial, solo unos papeles que debía verificar antes de firmar. Eso la dejó más tranquila.

—En una hora y media más o menos estaré aquí. ¿Salimos con Marie?

—desde arriba puso las manos en sus caderas. Inquisidor pero pasivo, una cualidad más de su hermanastro.

—¿Será que la dejan salir con nosotros?

Ambos rieron. En comparación a los dos, la menor era la más inocente. Había tenido novios pero siempre con un avance máximo de besos, o eso estaba dentro del conocimiento de Danna. Dudaba que ella le mintiese porque solía contarle todo lo que le pasaba por la cabeza, incluso las alocadas preguntas sobre sexualidad que venían de forma aleatoria y sin tener relación con lo que estaban conversando. Era claro que Giordana no estaría de acuerdo pero sería Alessandro el que daría permiso final. Contaba con que fuese así, porque dejar a su pequeña mimada en casa mientras ellos la pasaban en grande no le pareció una idea posible.

Dante, movió la cabeza en un asentimiento.

—Nos portaremos bien lo que queda del día.

Sin nada más que conversar, se despidieron y Dante pasó a ser parte de la panorámica frontal. Le vio caminar con garbo, nada comparado con otros hombres de su edad. Quizás la responsabilidad le hacía verse más grande y maduro, pero le gustó verlo en esa faceta donde no todo eran fiestas y mujeres, porque si de algo pecaba su hermanastro, era en lo mujeriego. Siempre terminaba conociendo a una chica nueva, y esta vez le sorprendió de forma grata que no hubiese alguien esperando con ansias

poder conocerla. Sin quitarle la vista de encima, observó cuando se giró y gritó con animosidad que le hiciera saber a Marie que saldrían. La idea era que no pusiera obstáculos o tuviese planes con sus amigas. Quería que la noche fuese de los hermanos Costello y sería justo lo que Danna le daría.

No esperó mucho para volver a entrar a la casa, siempre pendiente de que no estuviese nadie esperando por su llegada para cruzársele en el camino para conversar y hacerla perder el tiempo. Subió las escaleras y regresó a la habitación, la que cerró de un suave golpecito. La casa era inmensa, pero no significaba que justo en ese instante alguno de los integrantes anduviera merodeando en la segunda planta. Se sintió como una ladrona, pero necesitaba algo de calma y qué mejor que ahí. No desesperó en quitarse los zapatos y calzarse unas pantuflas de color rosado que estaban, esperándola. No las había traído, y tuvo la impresión de que alguien con ojos grandes y observadores, de carácter simpático y un talento en proceso había sido responsable de la intervención. Las maletas en medio del lugar le recordaron que debía poner todo en orden, momentáneo, y permitirse disfrutar de la estadía.

Las paredes blancas con cuadros creados por ella lucieron perfectas en el pulcro espacio. Sería la única parte de la casa donde sus obras estarían presentes. En una esquina, la cama de dos plazas seguía teniendo el edredón medio azul morado con pintas de colores que simulaban una galaxia, lo que le extrajo una melancólica sonrisa. Seguro que alguna amiga de Marie se quedaba a dormir de vez en cuando, pero era lo de menos. Seguía siendo su espacio. Los muebles y el librero de color marrón rosado se oscureció un poco más de lo que recordaba y le encantó. Se veía mucho más sofisticado. Bajo las maletas, la alfombra blanca color blanco marfil de grosor exquisito e ideal en el invierno le hizo recordar por qué los zapatos que ahora llevaba en los pies. Odiaba ensuciar las cosas claras, fuese ropa o adornos.

Antes de que la dejadez pasara cuenta, se vio arrastrando la maleta hasta el pie de la cama, la subió con cuidado sobre la poltrona negra y corrió el cierre para destapar el contenido. Una a una las prendas fueron abandonando la oscuridad del interior y las dejó sobre la cama. En el guardarropas todas sus cosas quedaron ordenadas y perfectas, ubicables. Ya con todo ordenado le tocó el turno a las maletas, que quedaron en un espacio hueco, especial para ellas. Con todo lo que trajo daba para pensar que se iba por un mes y si Leonard viera el lugar, le daría un ataque al creer que es mucho más tiempo del planificado.

Conforme con el resultado, tomó el teléfono del librero y lo conectó al parlante inalámbrico. Odiaba el Bluetooth porque siempre le tocaba ir hasta la configuración y hacerlo manual. En Youtube puso a los Guns N' Roses y dejó una playlist ya hecha por otra persona. Subió el volumen un poco para no tener que oír lo que fuese que sucediera fuera y terminó de arreglar el maquillaje y algunos accesorios que venían en otros

compartimentos. Como solía hacer, no tardó en imitar a Slash. Sostuvo el mástil imaginario con el brazo estirado y la otra giró por los aires. Nunca sabría cómo tocar una, pero esa era la idea de su actuación.

—She's got eyes of the bluest skies as if they thought of rain... —cantó sin pudor. Era muy afinada—. ...I hate to look into those eyes and see an ounce of pain.

—Tampoco me gusta verte triste, cielo.

De un salto, y maldiciendo en italiano, se giró. El tono entre burlesco y alegre se le hizo inconfundible, tanto que cambió el gesto por uno más amable. Marie tenía la facilidad innata para escabullirse sin que nadie notase su presencia, que en muchas ocasiones llegó a asustar hasta a su padre por lo cautelosa que resultaba. Bastaba con verla para darse cuenta que era del tipo observador y analista. Esperaba que apareciera sin invitación, y le alegró que tomara ese instante para hacerlo. Sin apagar la canción pero bajando el volumen, la invitó a sentarse en la cama, donde Danna ya se hallaba lista para oírle hablar por minutos sin parar.

Lo que le alegró a Marie no fue el simple hecho de escucharla cantar, porque ya había visto esa faceta de su hermanastra antes. Captó su atención que después de la comida permaneciera como si nada. La admiraba porque era inteligente y arriesgada. ¡Mira que meterse en el FBI! Ella jamás habría pensado en hacer algo similar. De pequeñas siempre se llevaron bien, compartían todo y eran mejores amigas. Hasta el día de hoy, porque en lo que respectaba a Danna, no podía considerar a muchas mujeres sus aliadas. Solía generar el efecto contrario en ellas, dicho sea de paso.

Capítulo 26

La menor se quedó tras la puerta con las manos apoyadas en la madera luego de cerrar. Contenía una sonrisa chispeante que amenazó con hacerlas explotar a ambas. Aguardó por la respuesta de su querida hermana mayor, nada más.

—Pensé que en esta mansión existían las puertas. —de pronto cambió el gesto a uno mucho más serio, en broma, pero Marie no pareció asustarse.

Sería imposible que Danna se enojara con ella. Cruzó el lugar hasta llegar a la cama. Besó ambas mejillas y se tiró a su lado con los brazos extendidos. Verla tan callada fue el indicio perfecto para creer que algo sucedería a continuación. No era normal en ella comportarse así, aunque por otro lado pensó que podría tratarse de un favor que deseaba pedirle. Pero no. Vio sus ojos y todas las dudas se hicieron más claras que el agua.

—Estar con ustedes me hace feliz, Marie, pero mi trabajo y mi vida están allá. —no quiso sonar desarraigada, por eso el semblante relajado para hacérselo saber—. Es tiempo de que nuestro padre entienda que estoy bien y que siempre puedo visitarlos.

—Lo que pasa es que te gusta hacer el papel de la sexy policia malota.
—dijo con una sonrisa llena de burla.

—Agente. —corrigió Danna.

—Agente. —Marie alzó las cejas a la hora de repetir.

Tan pronto como se echó a reír, su hermanastra hizo lo mismo. Marie se llevó las manos a la cara para cubrirse y también para bajar el volumen de su contagiosa risa. Movi6 las piernas en el aire y negó con la cabeza, todo en el mismo paquete. Se lo pasaba de maravilla cuando algo le entraba en gracia que era difícil hacer que recobrarla la postura de inmediato. Por eso es que Danna esperó, y qué mejor que ver qué se pondría esa noche. Abrió el guardarropas y le dio la espalda a Marie, quien siguió intentando calmar el posterior hipo que apareció. Recién entonces le contó que esa misma noche saldrían los tres. Ella aplaudió y pataleó con júbilo.

De todas las cosas que revisó, se quedó con un pantalón ajustado de color negro que a Marie le encantó y le dio la aprobación con el dedo pulgar hacia arriba y estirado a más no poder. Interesada, se reincorporó en la cama para ver mejor desde ahí. No hizo falta palabras para que ambas estuviesen de acuerdo en que serían los indicados para salir. Por mucho

que deseara ponerse un vestido sabía lo incómodo que era para ese tipo de lugares, más con la cantidad de gente a la que se vería enfrentada.

Lo que le gustó del pantalón no fue solo el estilo ajustado en las piernas y cintura, sino que por el diseño en las rodillas. Tenía elásticos cruzados en equis, casi parecido a una zapatilla, que calzaban a la perfección en la zona a la hora de caminar. Marcaban la diferencia y la italoamericana se sentía cómoda y segura en ellos. Tampoco es que pensara en quitárselos en medio de la noche. Para combinar el outfit, la amable enana, como le gustaba llamarla en broma, tomó más importancia entre las dos. De pie, sostuvo un crop color azul rey que sacó de una pila de camisetas que por suerte no desordenó. Llevaba unos tirantes delgados que imitaban los de un sujetador, y cubría un poco más abajo de las primeras costillas. El escote iba a hacer que Dante tuviese un ataque.

Estaba por recibir la prenda cuando ella se echó hacia atrás. La miró como un animal que estaba siendo llevado al matadero, con unos ojos abiertos y al mismo tiempo asustados.

—¿Qué pasa? —Danna sospechó que algo pasaba con su hermanastra.

—Quiero que te quedes aquí, con nosotros.

—Marie...

—No, Danna. Escúchame. Sé lo que sucedió la otra vez en el caso que tuviste.

La menor mostró las garras, y sorprendida la mayor no tuvo más remedio que no mover ni un solo músculo para hacer el esfuerzo por negar cualquier cosa que le contase. No sabía cómo era posible que ambos supiesen lo que había pasado, y no dudó que su padre también estuviese en conocimiento. Alargó una mano para cerrar las puertas del clóset y la siguió con la mirada mientras Marie iba de vuelta a la cama.

—Es mi trabajo. Y en todas las profesiones puedes tener accidentes.

—No accidentes que te cuesten la vida. —murmuró con los labios apretados.

¿Acaso le estaba haciendo un berrinche? Si era así, era la peor manera de conseguir que la escucharan. Quiso hacérselo saber pero sabía que no llegaría a ninguna cosa. Marie era llevada a sus ideas, como todos los Costello.

—La mayoría del tiempo solo estoy haciendo el papeleo. No tienes de qué

preocuparte.

La más menuda, empero encogiéndose al abrazarse, la miró con desconfianza. Se trataba de una mentira garrafal puesto que siempre pasaba del computador a la calle, donde debía investigar personas, correr si era necesario y sacrificarse por su trabajo. Estaba en peligro más veces que cualquier persona sin embargo para Danna ya era algo normal. No podía cerrar ese capítulo de su vida solo porque su hermana pequeña se lo estaba pidiendo. Como había dicho, su vida estaba allá, en New York, y el FBI era gran parte de ella, algo que ahí no conseguiría. Incluso confiaba en que Dean le salvaría la vida de sucederle alguna cosa. Podría haberlo mencionado como un colchón de garantía para permanecer con vida, pero lo peor que podía hacer Danna era hacer una oración con un hombre de por medio. Marie era demasiado romántica como para creer que su relación era solo de trabajo.

—¿Y por qué entonces estuviste en el hospital?

—Por el accidente. —mencionó, evidente.

Marie no contenta con la respuesta de Danna, gesticuló una mueca de desaprobación. Frunció los labios hacia un costado y negó con la cabeza. Ese gesto se parecía mucho al de su padre cuando un negocio no salía como esperaba.

—¿No crees que estarías mejor viviendo aquí? Sin arriesgarse por gusto...
—murmuró las últimas palabras.

Su hermanastra creía que su trabajo como agente se debía a la necesidad de probar que era capaz de hacer cualquier cosa que deseara y no por lo importante, que era su madre y el trato que había hecho con su superior años atrás. Eso la puso de pésimo humor, porque si había algo que la mayor de los Costello no soportaba era que se le tomase como una mujer que solo buscaba aprobación y atención, dos cosas que recibía tuviese la intención o no. Tuvo que apelar a que la menor era joven y no conocía la vida como Danna había hecho, y que la falta de experiencia la hacía hablar de esa manera, aunque seguía sin ser un argumento válido para justificar la idea que tenía en la cabeza. Le gustaba su trabajo como agente de campo y no le importaba hacerse unos cuantos moretones siempre y cuando no quedaran marcas en su cuerpo, porque lo que sí tenía de sobra era narcisismo.

—No es que necesites trabajar, ¿o sí? —volvió a proponer con un tono más gentil que antes.

—A ver, signorina. —dejó atrás la idea de preocuparse por verse bien para más tarde. Marie merecía la verdad absoluta y era lo que obtendría—. No tendría problema en dejar todo tirado y venirme a vivir aquí, es cierto.

—no tenía un mal pasar económico y sus ahorros eran grandes—. Pero no me sentiría yo. ¿Entiendes lo que quiero decir? —a regañadientes la vio asentir.

Hizo todo lo posible por sostener los niveles de paciencia elevados y en exclusiva para ella, quien se restregaba las manos entre sí para calmar algo del nerviosismo que le causaba hablar con su hermana mayor. Sabía que Danna tenía un carácter prepotente y hasta insultante, pero con ella sabía apaciguarse y ser más dada a escuchar. La vio hacer un pequeño puchero por la tristeza de no haberse salido con la suya al intentar persuadirla de cambiar su residencia, pero era lo mejor para todos. Por supuesto que quiso que todo fuese fácil, pero nadie conseguía ponerse en sus zapatos y entender que también le era doloroso sentir que una vez más quedaba fuera del cuadro familiar por sus constantes ausencias.

Marie la abrazó al echar los brazos por encima de sus hombros y la pegó a su cuerpo, en búsqueda de ese calor corporal casi maternal que tanto necesitaba. Su madre pocas veces tenía gestos cariñosos con ella, por lo que Danna cumplía con esa parte a la perfección. Aunque se tachara como fría, era una mujer diferente cuanto estaba con ellos. La que vivía en New York no tenía mucho que ver con la fanática de los Guns N' Roses que solía venir a pasar una temporada con ella.

—Sabes que me gusta verte feliz, Danna. —habló como si tuviese doce años. Bajó la mirada despacio.

—Si pasaras un tiempo allá como ha hecho Dante, podrías ver que también me la paso bien.

Fue una invitación directa a que tomase un vuelo y se quedara con ella.

—¿iEs en serio!? ¡Oh, eso seguro! —rió con una inocencia que cautivó a Danna—. ¿Crees que pueda ir?

Sintió satisfacción al ver la transición de las emociones que experimentó Marie, de la melancolía hasta el resplandor de sus ojos más infantiles aún. Siempre solía jugar esa carta pero no por motivos negativos porque apenas era consciente de lo que generaba en el resto de los integrantes del clan familiar, pero tenía que admitir que le salía más que bien.

—Hazlo, enana. Eres bienvenida cuando desees. Pero... —puso el índice en medio de ambas cuando se separaron.

—...siempre que no se interponga en mis estudios.

Con lo estudiosa y capaz que era, lo único que Danna quería era que pronto pudiese iniciar su propia carrera y que con suerte, viajara por todo el mundo tal y como había hecho ella. Más no contaba con que los planes

de la carismática hermanastra fuesen quedarse ahí para no irse jamás. Dante se lo había comentado con rodeos, pero suponía que no era nada real. Solo ideas que se le ocurrían a él para molestar a la mayor.

—Piensa en lo que te pondrás esta noche.

Cambió el tema así de rápido y fue igual de eficaz cómo Marie mordió el anzuelo. La moda, su gran pasión, captó toda la atención y permitió que Danna se tomara un breve descanso de los interrogatorios. Con gran entusiasmo, mareó a la italoamericana con diferentes diseños que pretendía lucir aunque no estaba muy segura de qué elegir, mientras que esta escuchaba sin aburrirse ni hacer el menor gesto de cansancio. Solo pedía que la palabra con tres letras en mayúsculas no volviesen a salir a juego.

A los pocos minutos de charla, alguien golpeó la puerta de su habitación. Indicó que se podía pasar y una de las mucamas hizo ingreso al sostenerse de la chapa e indicó desde ahí que la cena estaría pronto para que estuviesen listas. Abrió los ojos cuando halló a Marie, pero relajó el gesto. Se ahorraría algo más de tiempo al no tener que recorrer la enorme casa para buscarla. Desapareció a donde creyó fue la pieza de Dante, o tendría que ir hasta el garage por si no estaba ahí trabajando.

—¡Vístete de inmediato para que podamos salir luego de la cena!

Su hermanastra marcó un cantarín gesto, salió casi detrás de Georgina, y tuvo la amabilidad de dejar la puerta cerrada. Por supuesto que la agente pensó en arreglarse de inmediato. Lo único que quería de pronto era abandonar la casa y tener unas horas de juerga.

Bastó una ducha, maquillaje y perfume para estar lista. El resultado en el espejo le gustó tanto que no perdió la oportunidad para tomarse una foto y enviársela a su mejor amigo, con quien apenas pudo hablar por mensajes.

Los hermanos Costello estaban listos para la acción y más le valía a los demás italianos mantenerse lejos de la triada. Era una noche exclusiva para ellos.

Capítulo 27

La cena transcurrió con normalidad. Hablaron más de los otros hermanos que de ella, lo que la puso en un espacio donde pudo preguntar y enterarse de muchas cosas, como por ejemplo que Dante tenía una nueva novia. Él lo negó entre risas y pretendió que no era algo serio. Ninguno le creyó, pero Giordana insistió en que la muchacha tenía que venir de una buena familia para que así los lazos fueran más fuertes. Fue la única interesada en que pasara en serio. Tras el postre y como por conexión telepática, el primero en ponerse de pie fue él y siguiéndole desde atrás, Danna. Su hermana menor fue la última y dejó las tres sillas ordenadas bajo la atenta mirada de sus padres. Alessandro frunció el ceño pero no dijo nada. En cambio, prefirió morder un pedazo de carne. Giordana le puso mala cara; no quería que salieran. Conocía las andanzas de Danna en la Gran Manzana y ya hacía conjeturas sobre la mala influencia que tendría sobre ellos.

La agente se puso el abrigo para evitar el aire fresco de la noche, al igual que los otros dos. Seguían siendo escrutados por los mayores, pero ya no con tanto recelo como antes. Alguien les iba a llevar, según lo que Dante mencionó al pasar por el lado de ellas, lo que tuvo como sinónimo el que bebería a la par que las dos. Y le gustó. Nunca lo había visto en esa faceta y parecía un reto que estaba dispuesta a tomar. Estaban seguros, eso estaba claro.

Al despedirse, fue Marie la que corrió a despedirse con un beso en la mejilla a cada uno de sus progenitores. Dante movió la mano en un aspaviento y Danna, movió la cabeza como en la mayoría de las veces.

—Cuida a tus hermanas, Dante. —su padre le miró con seriedad.

—Con mi vida. Lo sabes. —para agregar más gracia al asunto, bastó con una pose militar con el brazo para hacer sonreír a Alessandro.

Uno de los automóviles que conducía su hermanastro fue el escogido para transportarlas. Por suerte estaba estacionado porque él tenía la maldita costumbre de volverla loca a la hora de subirse en uno. Tenía varios, como ella, y era parte del juego que la italoamericana creyese que se irían en uno en especial pero de forma repentina terminaba siendo otro. Cabrón. Vio el Maserati GranCabrio de color negro brillante del dos mil diecinueve y con solo verlo, lo quiso en su colección. Ya le preguntaría después.

Con Marie tomaron asiento en la parte trasera; Danna tras el conductor, Dante al lado de este y la menor, tras él. Las únicas luces que alimentaron el camino fueron las del vehículo y las de los faroles en la calle, que les sugirió un ambiente cargado de expectación por lo que tendrían por

delante. Danna revisó algunos mensajes en tu teléfono pero pronto se vio guardándolo en el bolso. Solo quiso saber que Leonard se había encargado de su pedido. Eso la puso feliz.

Cruzó los brazos y mantuvo la vista puesta en la ventanilla del lado, donde apenas pudo ver algo. Eso y conversaciones con Marie, que estaba estática en su lugar. El frenesí en su mirada podía sentirse hasta en África, y por eso no dudó en tratar de distraerla de todas las formas posibles. Hasta cantó algunas canciones en italiano que pasaron en la radio. Su padre y sus reglas para salir hacían que cualquiera se retractara. Por eso Danna se arrancaba cuando era adolescente.

—¿Todo bien, enana? —buscó la mirada de su hermanastra en la penumbra.

—Bien...eh...algo nerviosa. —rió con inquietud.

—No tienes que estar preocupada, Marie. Estás con nosotros y no te pasará nada.

Dante se hizo partícipe de la conversación en el momento en que las escuchó cuchichear. Agregó recuerdos de su infancia donde Danna recogía flores por todos lados y Marie andaba en bicicleta con los pies en el suelo para no caerse. Ninguna desaprovechó la desavenencia de Dante para recordarle que desde siempre había sido un don Juan. Hablaron sobre Giulia, una pequeña que siempre salía a jugar con ellos y que lo perseguía hasta que se cansaba. Mencionaron también que le robaron un beso y que él se quedó momificado. Seguía en Nápoles, y tenía la misma edad que la menor de los tres. Dante sonrió por el recuerdo pero no quiso hacer comentarios. Seguía siendo un caballero después de todo, al igual que un rompecorazones de primera. Después de las burlas hacia el hombre de la familia, saltaron hacia Danna, aunque también en el relato se veía involucrado.

La hermana mayor tenía un pretendiente muy galán cuando tenía más o menos quince años. Era una adolescente hermosa por sus facciones mezcladas; los ojos grandes y azules como el océano en un día caluroso, los labios carnosos y rosados, la nariz perfilada que marcaba el centro del rostro con armonioso toque, así que era de esperar que muchos jóvenes se sintieran atraídos por ella. Sumado a eso, Danna tenía una vida social activa donde participaba en eventos tanto de la escuela como de sus compañeros. Le gustaba salir a pasarlo bien y después regresar en la madrugada en compañía del chofer de la familia. Pero a Dante eso no le gustaba tanto y siempre lo hacía notar. Leandro era el pobre humano al que se le ocurrió cortejarla, y su hermanastro, sobreprotector como siempre había sido, no fue para nada amable. Lo amenazó con que le daría la paliza de su vida si se atrevía a coquetearle a Danna otra vez. El tipo nunca volvió a hablarle y tampoco supo de él. Leonard también

estuvo en su mira por largo tiempo hasta que vio que la relación que ellos tenían era de amistad.

El lugar estaba repleto de gente y la música a tope, tanto que en un principio se vio obligada a taparse los oídos y de ahí recién empezó a caminar entre el mar de personas. Unos pasos más allá se acostumbró y relajó la postura. Para trabajar en un bar se le veía fuera de lugar pero ella no ponía la música así de fuerte porque lo que quería era tener un lugar más tranquilo en medio del caos de la ciudad. Cuando se giró para tomar a Marie de la mano y llevarla más cerca suyo, vio a Dante saludar a algunas personas en el trayecto hacia la escalera, la misma que ambas pisaban para subir al sector VIP. De soslayo se encontró con una Marie alucinada por todo lo que veían sus ojos. Sintió el corazón quemarle por un calor incontrolable. Fue ternura por las reacciones de su hermanastra. El juego de luces contra la oscuridad que iba dejando a la vista porciones de personas bailando y esquinas del lugar, iban de la mano con los latidos de su corazón, el que latía con más fuerza de lo normal, extasiado y a galope continuo. Se preocupó de subir los primeros peldaños luego de avisarle a Dante que estaría arriba con su hermana. Él hablaba encantado con dos hombres que le palmotearon el hombro cuando se despidieron. Miró hacia arriba y le guiñó un ojo a Danna antes de perderse de vista.

—¡Es increíble! ¿No, Danna? —Marie se echó hacia atrás en el asiento con las piernas cruzadas. Gritó por la emoción y porque pensó que no la escucharía.

—No está nada mal, enana. —comentó mientras imitó el gesto de su hermanastra.

—¡Danna! ¡Esto es genial! —movió los brazos hacia arriba para seguir el ritmo de la música.

—No quiero imaginar cómo te pondrás luego cuando te emborraches.

Puso los ojos en blanco en cambio también tuvo espacio para sonreír. Dante desfiló poco después hacia ellas con tres vasos en las manos, y solo. Respetó que era una noche solo para ellos y le gustó que se mantuviera de la misma manera. Sus amigos no conocían la regla de que no hay que coquetearle a la hermana, y era una real pasada tener que frenarlos sin miramientos, y era en la mayoría de los casos, porque a Dante no le gustaba la poca sutileza que ella profesaba.

—Espero que estén listas para estar despiertas toda la noche. —dijo al entregar los vasos. También tomó asiento entre ambas mujeres.

Whisky doble para el hombre orgulloso de la familia, con un inmenso hielo en forma de esfera para darle el toque "elegante" y de foto de Tumblr, cosa que molestó a Danna por su profesión como bartender. Si el hielo se

derretía demasiado, arruinaba por completo el alcohol. Marie se quedó con un mojito blue, y cuya intención fue bebérselo de sopetón como si fuese una bebida de fantasía, y bourbon para ella, en copa como le gustaba. Ante el apuro de la joven diseñadora, Danna alzó su trago y propuso un brindis.

—Por esta noche. Por estar todos juntos. —se sentía contenta y era imposible de negar—. ¡Salud! —sonrió a los otros dos

—¡Por los hermanos unidos! —Marie se puso de pie, deseando ser enfática.

—¡A celebrar! —Dante terminó con el discurso creado entre los tres.

Él bebió de su vaso primero y ellas le siguieron sin perder más tiempo.

La noche permanecía entretenida y si bien en un comienzo no quería salir a bailar, terminó de pie para bajar con ellos al primer piso donde las personas ya estaban en la pista de baile que ocupaba todo el perímetro del local. Fue reticente en dejar sus cosas así nada más, por eso es que le pidió a Dante que alguien se encargara de ellas. No iba a necesitar su teléfono, en todo caso, así podrían recogerlo después de que celebraran todo lo que quisieran. Bajó más rápido que las hermanas y regresó a los pies de la escalera con una camarera. La mujer, de unos veinticinco años quizás, le guiñó el ojo a la agente en un claro gesto coqueto. Danna sonrió de vuelta y se perdió entre la multitud mucho más tranquila. Desde donde van descendiendo pudo ver varios grupos de personas compartiendo el poco espacio personal que existía entre ellos, mezclándose todos como buenos amigos. Supuso que ahí no existían diferencias entre conocidos y desconocidos, porque al calor del alcohol la mayoría terminaba siendo amable y amistoso. Había excepciones, por supuesto.

—¿Te gusta el lugar? —Dante aprovechó de ponerse a su derecha. Iban siguiendo a Marie.

Ella se abrió paso entre las personas sin ayuda de nadie. También les dejó espacio para que pudiesen meterse y seguir la estela perfumada con toques florales que fue la guía perfecta para los dos mayores. El calor no se hizo esperar, al punto de que Danna deseó haberse podido tomar el cabello de una forma en la que su nuca pudiese estar despejada. Por otro lado, su hermanastra no se veía complicada. Al revés, parecía que estaba hecha para ese tipo de lugares. O fue el gusto que le dio verse ahí, y con el permiso de su padre.

—Es bastante...ruidoso y bailable. Me gusta.

Dijo con los ojos azules fundidos en los de Dante. Quería demostrarle que hablaba en serio. Salía de lo común y más que eso, de los lugares que le

gustaban a ella. En algún momento pensó que irían a algún restaurante o bar donde bebiesen algo y conversaran en medio del silencio y el humo del tabaco en el aire, pero no le desagradó. Era bueno ver a la pequeña de la familia tan entusiasmada con algo, fuera de lo que particularmente era. Además, ella se sentía bien, como en su hogar. Y era difícil ganarle cuando tenía comida y series a su disposición. Y alcohol, mucho alcohol.

—Qué bueno. Es uno de los mejores lugares de aquí.

—No cuenta si viene de cerca el comentario...—mostró una sonrisa burlesca pero que además fue divertida—. ¿Es muy amigo tuyo?

—Así es. —asintió al detenerse. Dejó que Danna pasara por un estrecho camino hecho de cuerpos sudorosos. Estiró el cuello para ver que Marie estuviese bien—. Hace unos años pensó la idea pero la ejecutó hace poco. Cuidado ahí.

La hizo a un lado cuando un grupo se arrimó por donde iban a caminar. Dante fingió seriedad cuando lo único que deseó fue reírse a destajo y que todos se percatasen de lo sucedido. Y de su presencia. Sabía que estaba esperando a que alguna mujer bonita le sonriera un poco para dejarse querer, invitarla a un trago y a saber qué cosas más. No quiso imaginarlo tampoco.

Mencionó que el dueño en cuestión quería conversar con ella y ver una posible alianza. Danna preguntó que de qué tipo y Dante pensó en la palabra socia y al decirla, ella se vio obligada a comerse las palabras. Por supuesto que no aceptaría, pero mintió con la mejor excusa que se le ocurrió en el momento. Que ya más adelante tendría algo de tiempo para pensarlo con calma.

Capítulo 28

Marie apareció de la nada, se apoyó en sus hombros al ponerse en medio de ambos.

—Mucha conversación, poco movimiento. —apartó un mechón de cabello de Danna para mirarla con más intención.

—Negocios, enana. —respondió con la cabeza ladeada hacia la izquierda para verle de reojo.

—Venga, vamos a bailar. —dijo al separarse con un toque entre inocente y cautivador.

El hombre pasó por delante de ellas, no sin antes tomarlas de las manos y tirarlas hacia la pista. Sin hacerse rogar, la italoamericana caminó al mismo tiempo que el ritmo que sonaba en los parlantes. Su hermanastra, con las mejillas sonrosadas y muerta de la risa por sorbos de alcohol que bebió tanto antes de salir como en el bar, evidenciaron el inicial estado etílico en que se encontraba. Hasta saludó a algunas personas que estaban cerca suyo, quienes respondieron de vuelta. Su ánimo la contagió más rápido de lo esperado, y lo único que deseó, fue que su hermanastra disfrutase de la salida. Y por lo visto, estaba pasando.

Tan pronto como hallaron un espacio para estar, bailaron al son de la música italiana como primera opción. También había temas en Inglés y en español, pero por supuesto que los jóvenes napolitanos disfrutaban más de sus propios artistas. El sentido nacionalista y orgulloso de Italia nunca se perdería, ni era motivo para dejar de lado a los otros. Solo que si tenían que elegir, sabían quiénes eran los número uno en sus preferidos. Su hermanastra ya estaba a tono con los que sentían la música a tope. Dante miraba y reía, con los brazos arriba o mirando hacia abajo.

La noche se tradujo en tres cosas: bailar, pedir más tragos e ir al baño. No siguieron el mismo patrón, pero estuvo muy segura que fueron las acciones que más repitieron y que hicieron al hombre ganar una fortuna.

Para cuando Marie se hartó de bailar porque según ella le dolían los pies pero Danna estuvo segura que fue el alcohol en su sangre y que no le dejaba ponerse derecha y caminar sin sentir que el mundo intentaba lanzarla al suelo, pidió que por favor se fueran a casa para dormir y descansar. Reclamó que la cabeza le dolía «montones» y que además de eso, deseaba vomitar. Recién ahí la mayor investigó la mesa donde estuvieron durante al menos cuatro horas. Se había tomado sus tragos, más los de la barra. Con razón se sentía tan mal. El problema es que los tres estaban en situaciones más o menos parecidas así que ninguno fue capaz de frenar el descontrol que crecía y crecía alrededor suyo. La ayudó

a llegar al segundo piso y a tomar asiento.

—Me...quiero...ir...hermanita...—la miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué demonios te estás moviendo de un lado a otro? —cerró los ojos y se echó hacia atrás.

—Estoy al lado tuyo. Y no, no me muevo. —sonrió de medio lado.

Puso la mirada en Dante que cruzó el lugar como un rayo para volver con un vaso de agua con hielos en el interior. Estaba molesto y no tardó en hacérselo notar cuando entregó el cristal y se le quedó mirando con los brazos cruzados al deshacerse del objeto.

—Toma enana, lo vas a necesitar.

—No te pongas tan serio, Dante. —Danna hizo una mueca de disgusto.

No servía de nada regañarla. Ya estaba borracha y lo que quedaba por hacer, era intentar que se le pasara lo antes posible.

—Papá me va a matar si la ve en este estado. Si nos ve en este estado a todos. —tomó asiento lejos de Marie pero en el mismo sillón. Pasó las manos por su cabello, sin despeinarlo.

Danna intentó recuperar la memoria de todo lo que habían bebido, pero le fue imposible contabilizar sin confundirse. Tenía la garganta seca, sedienta. El calor tampoco hacía bien, y como conclusión sacó que Marie había pensado que lo mejor era beber cualquier cosa que tuviese al frente. Tenía el cabello pegado a la nuca y de seguro el maquillaje era todo un desastre pero no quiso ir hasta el baño. Lo peor que podía hacer ahora era verse frente a un espejo.

—Tranquilo, no le va a pasar nada. Ya se pondrá mejor.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Porque haremos que se sienta bien. —quiso poner paños húmedos a la situación.

—¿Quieres que la vea así? —él la apuntó con el índice sin ningún miramiento.

La menor los observó a la par que bebía del agua, sin entender lo que ambos discutían con tanta batahola. Danna y Dante movían los brazos en todas direcciones y ella, solo era capaz de pestañear varias veces. Los ojos le picaban y era la única forma de calmar el pequeño ardor. No fue capaz de aguantar el ataque de risa al verlos así, que escupió gran parte del líquido en el proceso. Dante estaba exasperado y que ella tuviese ese

arranque no ayudó. La italoamericana tomó el papel que le correspondía como la mayor y pese a estar en la misma sintonía, se armó de valor.

—¡Quiero ir a bailar! —Marie hizo un intento fallido por ponerse de pie, porque las muñecas perdieron la fuerza y cayó hacia un costado, lanzándose encima el agua que quedaba en el vaso.

Antes de que su hermanastro dijera algo, se sentó al lado de la pequeña para estar al pendiente de su integridad física. Revisó algún rastro de torcedura y la abrazó a su cuerpo para evitar problemas. Bailar no estaba dentro de los planes. El cabreo del Dante le imposibilitó traspasar la labor de tomar las riendas.

—No puedes bailar, pequeña. Definitivamente no. —acarició su cabello con ternura y ella sonrió.

Vaya que estaba pasada de copas.

—Pero vinimos a divertirnos, Danna.

—Y te lo has pasado como nunca, ¿eh? —enarcó una ceja.

—Uhm...no tanto...pero...

No supo que la calló, pero el miedo que vio en sus ojos le brindó las pistas para armar el rompecabezas. Deseaba vomitar, pero la distancia desde donde estaban al baño hacía imposible el trayecto sin alguna interrupción. Muy a su pesar, porque conocía la sensación, negó con la cabeza. No necesitaban que Dante no soportara más y se arrepintiera de la idea que tuvo. Marie, cerró los ojos con fuerza y tragó saliva. No lo pudo creer, y tampoco fue capaz de reconocer si quería reír o echarse a llorar. Su hermanastra siempre tendría clase y dignidad antes de pasar una vergüenza.

—Podría estar mejor, eso seguro.

Masculló hacia él. Eso lo tranquilizó un poco, porque bajó los hombros y asintió. No la miró, pero el gesto fue claro. Ya pensaba en irse.

—¿Estás segura? —preguntó de vuelta. Nunca dejaba la desconfianza.

—Estará bien. —cambió el discurso y puso énfasis en la última palabra.

«O puede que deje hasta los pulmones en todo tu precioso auto, pasándolo a vómito por una semana completa.»

No lo dijo por la simple razón de que odiaba el carácter poco empático que tenía cuando la frustración le ganaba. Habría sido capaz de hacerlas

esperar varias horas hasta cerciorarse que se encontraba lista para viajar en automóvil. Podía ser todo un dramático cuando se lo proponía.

—Para ser la primera vez no está mal. —justo mencionó antes de acabar con el whisky.

—Me encanta ese positivismo que tienes.

—Y a mí me gusta que seas igual de positiva que yo. —bromeó, y le dio un codazo suave.

—¿Crees que es hora de irnos?

Deseó que fuese un sí. Y lo obtuvo.

—Supongo. Lo hemos pasado muy bien, más Marie que parece que se va a quedar dormida en...tres...dos...uno...

El gesto de hastío de los dos fue claro. Su hermana tenía la chaqueta puesta sobre los hombros a causa de la poca coordinación. Por lo menos no tendrían que preocuparse porque no durmiese. Estaba agotadísima y fue un punto a favor para ellos.

—Hora de irnos. —Dante dictaminó poco después—. ¿Crees que puedas bajar con ella mientras voy a pagar, me despido y aviso al chofer para que venga?

Deseó decirle que podría conducir ella mientras él se encargaba de ver a Marie, pero sería hablarle al viento. Era el responsable de ambas y sería justo lo que iba a hacer. Asintió en contra de sus deseos y se giró para ver a la muchacha que ocupaba toda la butaca con las piernas estiradas, medio dormida y quejándose entre sueños. Alargó la mano para ayudarla a ponerse de pie, porque estar con alcohol en la sangre y encima en esa pose no sería de ayuda después, pero prefirió estar segura que se irían pronto. Miró al techo, suspiró y cuando Dante desapareció, Danna le acarició la mejilla.

—Marie, ya vamos a casa...—susurró cerca del terso rostro femenino.

—Quiero dormir...—ni pensó en abrir los ojos, y se tapó la cara con las manos.

Por suerte supo dónde tenía la cabeza.

—Podrás dormir en casa. —sus gélidas manos sostuvieron sus mejillas—. Dante nos está esperando.

Se levantó para mirar hacia abajo. Con suerte vería a su hermanastro regresar para sostener a Marie por la cintura y llevarla consigo. Avanzó hasta dejar las manos sobre la barandilla. Y esperó.

—Daannaaa....no te vayas.

—No me voy a ir...estoy contigo. —giró la cabeza para verle.

—¿Lo juras?

Lo que menos haría sería jurar. Por eso se quedó callada y prefirió tomarla por los hombros, así no tendría tiempo para volver a pedirle cosas que no podía hacer. Pasó un brazo por detrás de su cuerpo para acercarla al suyo. La oyó quejarse y después hacer un pequeño berrinche. Terminó con una débil mano en la barandilla, incapaz de mover las piernas. La arrastró y le importó muy poco los dólares gastados en esos preciosos tacones que Marie llevaba. La misma joven de antes apareció para entregarles sus cosas, quien también la auxilió mientras se vestía ella y al bulto que tenía al lado. Nunca se había puesto la ropa con tanta rapidez.

Se olvidó del dolor que comenzó al costado y la herida que podría volver a abrirse.

—Marie, cuidado.

Capítulo 29

La vio enredarse en sus propios zapatos, los que a esas alturas parecieron de goma. Los tobillos se le doblaban solos y temió que al otro día el dolor fuera insoportable.

—¡No me hables tan fuerte! —alzó la voz en señal de queja.

—¡No te estoy hablando fuerte!

Como un chasquido fue que empezaba a perder la paciencia. Fácil, instantáneo como un incendio forestal.

—¡Ahora lo estás haciendo!

—Baja con cuidado, maldita sea.

Profundizó el mandato en su voz y de respuesta obtuvo un mohín y que bajase la cabeza. Danna pisó dos escalones por delante suyo para quedar a su altura y apurar el descenso. La palidez de su piel le preocupó, y por eso la insistencia en que se fueran pronto. La base pareció una máscara horrible en su rostro, y rogó porque su padre no estuviese esperándolos. No calculó el momento en que Marie desapareció de su campo de visión y acabó en uno de los escalones, sentada con las piernas cruzadas y la cabeza en una de las rodillas.

—Todo me da vueltas...me siento mal...

—Marie... —juntó el resto de paciencia que le quedaba—. ...tenemos que bajar. Inténtalo aunque sea de a poco.

—¡Danna, no! ¡Me voy a caer y voy a morir! ¡No quiero bajar y morir!
—afirmó los dedos a uno de los cortes de la escalera.

¿De verdad la hacía pasar por esto? Por un segundo deseó estar en Estados Unidos.

—Será peor que te quedes aquí. Arriba.

Quiso que entrase en razón a como diera lugar.

—¡No! ¡NO! ¡N-O! —Marie negó con la cabeza. El énfasis la mareó porque a la tercera vez, cerró los ojos y se quejó.

Media hora después, a las cuatro de la mañana según lo que vio en la pantalla del teléfono, salieron del bar en dirección al automóvil de Dante. El mismo hombre antes esperaba con las manos en el manubrio y la

mirada al frente, listo para partir. Dante miró hacia afuera durante todo el trayecto para fingir que estaba bien. Marie durmió todo el trayecto y despertó solo cuando pararon en una bencinera por unos café y un hidratador para ella. Nada extraño sucedió y el chofer, fiel a su contrato con Costello padre, no puso problema ante la parada y es más, hasta disfrutó del café que Dante le compró. No se le veía cansado pero el frío de la costa calaba los huesos sin importar las capas de ropa encima.

En casa, Danna subió con Marie hasta la habitación, donde la ayudó a desvestirse y la acostó bajo las sábanas. Dante entró después para cerrar las cortinas y que el sol no la molestase por la mañana. Dejaron un vaso con agua y una pastilla en caso de que despertase en unas horas más y no supiera qué hacer con el dolor de cabeza que sin duda tendría. Danna tuvo la esperanza de que no fuese de esa forma; el alcohol era de buena calidad, pero mezcló diferentes cosas. Solo un milagro la salvaría de una pésima resaca. Después, en su cama, pudo revisar algunos mensajes de WhatsApp y verificó su cuenta del banco.

Leonard mandó una foto para mostrarle lo bien que se lo estaba pasando en la oficina, —lleno de papeles y desorden a lo largo del escritorio—, y que tendría que quedarse ahí puesto que tenía un improvisado juicio por la mañana. Le deseó suerte. Nick, le contó sobre lo que había pasado en el bar ese día; todo estuvo bien, tranquilo y cerraron un poco más temprano. Dean, envió una serie de imágenes con evidencia que pidió “guardase” para su regreso. No respondió ese último porque los ojos se le cerraron solos. Se acomodó hacia la izquierda y el cansancio se aprovechó de su cuerpo como un parásito.

Por la mañana, lo primero que hizo fue estirarse y arreglarse un poco el cabello. Se calzó un vestido color rojo holgado y dejó el maquillaje para otra ocasión. Solo iba a tomar desayuno, no a un concurso de belleza. Salió de la habitación y recorrió el lugar hasta la cocina. Para todo lo que había acontecido anoche se le veía de muy buen humor. No estaba mareada ni cansada. Solo sedienta y con ganas de comer por un pelotón.

En la cocina, la silueta de una persona la hizo disminuir la velocidad de sus pasos.

—Buenas tardes, señorita dormilona.

Sentada tras la encimera estaba Marie. Una taza de café, o eso pensó por el olor que rociaba el ambiente, y un platillo con algo desconocido en el centro eran su desayuno. La vio levantar la vista, hacer un gesto con la cabeza y volver a su ensimismamiento. La mirada le indicó que la noche no la trató nada bien. Danna tomó asiento a su lado después de besarle la sien, y se preparó un café para acompañarla. Estaban solas, al parecer,

pero quiso corroborar.

—No hay nadie en casa. Fueron a la inmobiliaria a resolver unos problemas. Incluyendo a Dante. —respondió para darle un mordisco a la tostada

Gruppo Costello, era el lugar donde las maravillas ocurrían. No solo por la construcción de barrios residenciales y edificios en costas italianas, sino que por otro motivo que hacía de su apellido uno digno de recordar. No solo era Francesco Castiglia el encargado de la herencia familiar. Alessandro hacía lo suyo y de buena manera. El lavado de dinero corría sin que muchos se dieran cuenta de lo que sucedía entre sus paredes.

—¿Y has visto cuando se han ido? —intentó ahondar más en el tema.

—No, no los he visto. —negó antes de beber del café—. Mi madre me lo ha dicho hace un rato.

—Ah, ¿y dónde está ella?

—Fue al gimnasio. Creo.

—Hmmm...ya.

Entonces no vio el estado en el que amaneció Marie, a menos que fuese la peor madre de todos los siglos y ni siquiera le importe lo que pase con ella.

—¿Cómo te sientes? —no habló tan fuerte para no incomodarla.

—Peor que nunca. Jamás volveré a beber. —sonrió con cansancio. Hasta la comisura de los labios le pesaban.

—Puedes ir a recostarte un rato ahora que no hay nadie...

La idea pareció gustarle, porque se puso derecha en la silla y miró a la mayor.

—¿De verdad? —Danna asintió—. ¿Y qué harás tú mientras tanto?

—Iré a ver a los hombres de la familia hacer negocios.

A Marie le sirvió el hecho de que no estuviese sola para así perderse antes de que su madre llegase y preguntara por qué todavía estaba en cama. Y para Danna, la justificación perfecta de su salida matutina.

Capítulo 30

Abandonar la conversación con Marie nunca había sido posible hasta ese entonces, donde vulnerable por los grados de alcohol reticentes a abandonarla le pidieron a gritos volver a la tarea de enviarlos directo por la taza del baño, y por ende, a olvidarse de que Danna estaba presente. Con el desayuno a medio comer, la piel más pálida de lo normal y una mano sobre el vientre plano y dolorido, pidió disculpas y se marchó de la cocina. Fue la mayor la encargada de devolver todo a su lugar y de lavar. Todavía tenía algo de tiempo antes de salir, porque apenas y pudo probar las tostadas con mermelada que la más joven había hecho.

El clima pidió inclemente que fuese en shorts y camiseta, pero en vez de eso sustituyó la primera por un pantalón de jeans claro con corte arriba del tobillo. Su infaltable camiseta de los Guns N' Roses no pudo faltar. Su madre era una fanática de la banda, sobre todo de Axl Rose. Gran parte de sus gustos musicales eran gracias a Danielle. Menos Laura Pausini; era su placer culpable, por las canciones románticas y sentimentales que no se le acercaban a la realidad de sus propias emociones. Negar el talento musical de esa mujer no parecía posible.

Con uno de los automóviles de Dante, fue que consiguió llegar más al sur de donde se hallaba, en dirección a la inmobiliaria. Los dos hombres de la familia iban a estar en una reunión y Danna les esperaría. Deseaba ver cómo iban las cosas, conocer nombres de los involucrados y todo aquello que el FBI podría averiguar en un abrir y cerrar de ojos. No muchos lograban comprender el extraño acuerdo entre ambas partes, y poco importaba si la trataban de traicionera o hipócrita debido a los movimientos familiares. Debía velar por el bienestar de la familia, y era justo lo que pensaba hacer. Mientras le fuese posible, porque ser agente significaba muchas cosas menos seguridad. Esa palabra había quedado atrás hace muchos años.

El imponente estilo mediterráneo y blanco del edificio la transportó a un lugar lejano que le gustó, le pareció más real de lo que era en Nápoles. No tenía nada que ver con las grandes edificaciones de New York, las que apenas permitían el paso del sol; al contrario, Gruppo immobiliare Costello tenía tres pisos y una armoniosa ruptura con la naturaleza que más bien daba la impresión de siempre haber permanecido ahí. Parada frente a la puerta francesa, Danna no esperó para hacerse en el interior. Amaba las buenas entradas, sobre todo para sorprender una vez más a su padre y hermanastro. El olor dulzón la cogió por sorpresa. Era una colonia barata, femenina y también algo infantil. Siguió la pista hasta ver si encontraba a la responsable de la huella aromática e inmaterial.

Rose, una joven de veintidós años y secretaria de su padre por pedido de un amigo de la familia, leía más que perdida de lo que sucedía a unos

cuantos metros suyo. Ni siquiera alzó la vista para verla o preguntar quién era. La italoamericana carraspeó en ánimo de llamar su atención. Lo consiguió y de un salto la recibió con una avergonzada sonrisa, se puso de pie y abandonó la silla y el libro, el que terminó cerrado. Lamentó haberlo hecho, porque al parecer no había un separador entre las páginas en barrera de lo leído y lo que quedaba por desentrañar. Fue poco lo que conversaron, partiendo por el ánimo de Danna y también por la rapidez que puso en sus palabras. Quería conversar con su hermanastro y eso ocupaba su mente ahora.

Se despidió para subir la escalera, cuya sala de estar la envolvió en calidez gracias al sol que iluminaba todas esquinas. Sin nadie a la vista, se vio obligada a tomar asiento en los cómodos asientos disponibles. La sala de reuniones permaneció cerrada por casi veinte minutos desde su llegada, y no fue hasta un minuto después del cálculo que Dante salió. Otros hombres mayores le siguieron con unos papeles en las manos. Seguro era un negocio, y a juzgar por la sonrisa en todos los rostros el resultado era beneficioso para los presentes. Su hermanastro reparó en su presencia, se disculpó y fue a su encuentro.

—¡Danna! —llamó su atención junto al roce de los dedos sobre el antebrazo—. ¿Pasó algo?

Marie. Quizás estaba preocupado por el estado de su hermana. Negó de ipso facto para no dar señales equivocadas.

—Vine a ver como está todo. Hace meses que no me paso por aquí.
—dirigió una cautelosa mirada por el lugar.

También miró hacia los hombres que la observaron con cierto interés y recelo. Claro, no era común verla ahí y menos siendo agente. Ellos sabían que Danna pertenecía al bureau de investigación, pero también tenían en cuenta que no era un caso el que la llevaba a tierras italianas. Solo era un asunto familiar, y que pronto volvería a su rutina en Estados Unidos y las cosas volverían a la normalidad. La saludaron con un leve asentimiento de cabeza. Entre todos los reunidos, vio al señor D'Agostino. No era normal verlo en esas citas más se restó de preguntárselo a su hermanastro. Solos, tuvieron algo más de privacidad, pero esperó a que todos desaparecieran para dar rienda a sus pensamientos.

—¿Te gusta lo que ves? —Bromeó. La invitó a entrar a su oficina, la que pertenecía en exclusiva a él desde hace años.

Como era de esperar, el interior tenía diseños de automóviles en las paredes y los muebles, sencillos pero funcionales. Tomó asiento delante del escritorio de vidrio. Dejó su bolso a un costado. Dante en cambio, se arremangó la camisa y de pie, espero a que fuese ella la que hablara

primero.

—¿Qué? —dijo al fin—. Solo quería ver el lugar. Ya te dije.

Repuso con las manos entrelazadas en su regazo. En ningún momento puso los ojos en el rostro ajeno, más bien aprovechó cada instante en inspeccionar.

—Mentira. —mover la cabeza hacia un costado—. Quieres revisar que todo esté en orden. Te conozco, Costello.

—Tienes una pésima impresión de mí, hermanito.

Era cierto. Estaba pendiente de todos los movimientos de la empresa; contratos, presupuestos, libros de contabilidad y cualquier persona que ingresara tanto como para hacer negocios o para preguntar. No desconfiaba de Dante ni de su capacidad al lado de su padre, pero si se podía ahorrar problemas en su trabajo, mejor. Danna tenía una carrera como administradora de empresas que solo usaba para tener a flote el bar. Por eso le daba mucha importancia a todo lo relacionado con negocios. Si de vez en cuando echaba una ojeada a los registros para corroborar que todo se estuviese haciendo bien, le quitaba algo de peso de encima y regresaba sin novedades a su superior. Moore, al tanto del talento innato de Alessandro para el lavado de dinero, pedía que las transacciones fuesen lo más limpias posible. Una ironía si se tenía en cuenta el nombre que tenía el delito.

Su hermanastro sonrió. La conocía tanto que prefirió no comentar de vuelta. Antes de abandonar la sala, pasó por su lado y dejó un beso en la frente de la castaña.

—Iré por los libros. Ya regreso.

Agradecida por el favor que le hacía, asintió y prometió para sus adentros que permanecería sentada y sin registrar ninguna cosa. Todo ahí era personal y se dignó a respetar eso. No pasó tanto tiempo tampoco, porque antes de que pensara en sacar el teléfono solo por la manía de presionar el botón del medio, Dante volvía con un archivador negro bajo el brazo y una taza de café que supuso fue para ella.

Pasó unos veinte minutos o más revisando una a una las hojas con bordes perforados, firmados y con toda la información necesaria. A simple vista todo iba como viento en popa. Nuevos proyectos, entradas y salidas perfectas y una organización envidiable. Nada por lo que preocuparse. Dante la miró de reojo tras el periódico del día, regocijado en la idea de que su hermanastra perdía el tiempo, pero aún así le permitió voltear, escrutar y volver a poner en su lugar todo. Supo que no lo hacía con mala

intención, y fue ese mismo el detonante que dejó su boca cerrada.

Pasar fondos de actividades ilícitas para transformarlos en dinero legal podía llegar a ser lo más fácil del mundo o una trampa mortal. En el caso de su padre, había podido manejarse durante años sin problema. Era un experto de pies a cabeza. Lo llevaba en la sangre. Por eso la fachada de la inmobiliaria, donde podía justificar un sinfín de pagos y boletas de ser necesario.

Danna dejó de registrar las letras impresas cuando se dio por vencida. Darle más vueltas tampoco le iba a ayudar a encontrar un resquicio puesto que tenía metido que algo existía fuera de lugar. Los ojos se le nublaron por la sensación de búsqueda y hallazgo.

—¿Todo bien? —preguntó Dante.

—Mejor que nunca.

—Quiero decir...¿estás conforme con lo que viste?

Decoró la mesa con su mirada color avellana, que recorrió las manos de la joven hasta los papeles que dejó en un orden impresionante. Varias hojas organizadas en pilas, por fechas, y que después colocaría él mismo en el archivador. No podían perder ninguna de ellas o los problemas con impuestos serían graves.

—Lo único que me preocupa es que el papá de Angelo esté metido aquí.
—insinuó sin mucho tacto.

La relación entre ambas familias se describía como educada, pero no íntima. Su padre tomaba algunas copas con él de vez en cuando, más nunca habían hecho negocios juntos. El señor D'Agostino contaba, porque era un secreto a voces, que su único hijo y la mayor de los Costello se comprometiesen y que por fin se iniciara una real dinastía entre las familias mejor posicionadas de Nápoles. Alessandro no salía contento por dichas bromas, y algo le decía que tenía que ver con la poca confianza que sentía hacia el otro patriarca.

Dante se echó hacia atrás en el asiento de cuero y con un bolígrafo entre los labios, miró a su hermanastra. Ninguna cosa se le escapaba. Exhaló fuerte, seguro de la respuesta que daría puesto que esperaba que Danna no preguntara de más.

—Matteo vino porque desea que mi padre le ayude a financiar algunas obras que se llevarán a cabo en la ciudad.

Cuando le dio significado a financiar y ayudar, Danna negó con la cabeza. Demostrativa, también usó las manos por delante y casi se colocó de pie

para oponerse a la idea. No necesitó más información para saber que resultaría en una cadena que les ataría de por vida con el hombre. Y a ella también.

—Supongo que le dijiste que no. Eso no va a suceder.

—Danna Beatrice, per favore. No eres tú la que tiene que decidir eso.

—Son ustedes. Papá y tú. Lo sé. Pero eso no me priva a mí de decir lo que pienso. —esta vez sí se levantó. Dante se quedó en el mismo lugar—. Es una pésima idea.

—No porque sea padre de Angelo tiene que ser de la misma manera.
—sentenció desde un lado más neutro.

Entendió que los hombres que estaban ahí, trajeados y con maletines eran abogados y puede que otros socios en la idea. Correría dinero, obtendrían protección de las mismas personas que ayudarían y como si no fuese suficiente, mantendrían el monopolio jerárquico de la ciudad.

—Si quieres conocer a un hombre, mira a su padre, y al padre de este, y a su padre. —citó sin contratiempos—. De tal palo, tal astilla. Y aplica muy bien aquí.

—No sé por qué te enervas con tanta facilidad si ni siquiera hemos decidido si será así. Estamos viendo las posibilidades. —quiso mediar con ella, pero cada tramo era más empinado que el anterior.

—Que lo pienses como posibilidad es lo que me emputece. No lo quiero metido en los asuntos familiares.

—¿Temes que te emparejen con Angelo?

Burlesco, alzó las cejas. Dante sabía que provocando a Danna iba a generar una disputa de grandes proporciones. La enemistad entre los dos contra el napolitano se debía a él, pero por lo visto el dinero lo había vuelto un poquito codicioso o más profesional que ella, y no quedó otra cosa que esperar que los hombres de la familia decidieran el destino que elegirían para todos los demás Costello.

—¿Pensarás en negarte por lo menos? —rehuyó de la pregunta hecha por su hermanastro. No tenía sentido.

—Lo tengo contemplado, Danna. No haré nada que pueda meternos en problemas.

Ganó un punto por la sinceridad. Más tarde que nunca verían si era su juicio el que había hablado u otra cosa. Y la italoamericana estaría ahí de

todas formas para ayudar.

—Vale, me voy entonces para que puedas trabajar en paz.

—¿No esperarás a papá? —se vio sorprendido por su repentina partida.

—No. Ya conversaré con él cuando esté en casa.

Tenían un asunto pendiente, y nadie se lo hacía olvidar. Le besó las mejillas y lo abrazó, recogió sus cosas y abandonó las instalaciones. Lo que no sabía era que justo al salir se encontraría con alguien que pensó no ver durante su estadía, y que la recibió mejor de lo que esperaba.

—Buongiorno, principessa. —una sonrisa amplia y sensual la pilló de frente, y antes de que las manos la sostuvieran por los hombros, se apartó de golpe.

Capítulo 31

—¿Qué estás haciendo aquí? —increpó con mirada imponente.

—Podría preguntar lo mismo, Danna. Yo vivo en Nápoles, ¿y tú? —Angelo miró de reojo sus uñas.

El cabrón buscó hacerla enojar, incitarla. La mayoría de la gente hacía lo mismo.

—No te incumbe.

—Touché, signorina. —giró la cabeza en dirección a la inmobiliaria—. ¿Has visto a mi padre?

—Sí. —quiso agregar algo más, pero se mordió la lengua y se tomó el veneno—. Pero no está ahí dentro. Hace rato la reunión terminó.

—¿Estabas dentro también? —no disimuló la sorpresa que vino con la pregunta.

Ella negó. No servía de nada mentir si su padre le aclararía la situación después.

—Pero lo vi salir. —agregó al ver que Angelo no dijo algo—. Tu paseo se fue a la mierda.

—Oh, claro que no. Tengo la mejor vista de todo Nápoles. —guiñó un ojo, convencido de que era un halago de las grandes ligas.

Danna se arregló el bolso a un costado, preparada para irse. Ninguno de los dos se soportaba así que nada la obligaba a estar ahí, conversando como si el tiempo no hubiese transcurrido entre ellos. Además, todavía debía llegar a casa y seguir con sus vacaciones antes de regresar a su vida de adulta independiente. Iba a despedirse, pero el napolitano fue incapaz de resistirse a compartir un poco más con ella.

Habían cosas pendientes entre ellos. Muchas, y que los años no terminaban por borrar.

—¿Te acompaño a casa? —propuso el mayor, en búsqueda de unos minutos más con la hermosa joven.

—Vine en uno de los automóviles de Dante. No es necesario, pero gracias.

No le vino bien que mencionaran al hermanastro, y su rostro cambió a uno oscuro y preocupante. Angelo era atractivo, con los pómulos marcados y una impresión italiana que no hacía dudar a las mujeres a la hora de coquetearle, pero en muchas veces sus actitudes y acciones daban a pensar que meterse con él era ir directo al infierno. Tenía problemas legales en cuestiones de arte. Tráfico, sobornos, hurtos, y otras causas que no se le podían cargar al no tener evidencia comprometedoras.

—Estoy seguro que a tu hermanito no le va a molestar que dejes el auto estacionado aquí y camines un poco. —medió para convencerla de la idea. Al ver la duda en el rostro de Danna, expuso las palmas por delante de su cuerpo—. Traigo buenas intenciones. Créeme.

Entornó los ojos con rapidez para hacer notar que no tenía segundos propósitos. Ella, poco creyó en él pero igual deseó saber lo que quería. Quizás tenía que ver con su profesión como agente lo que Angelo pretendía usar a su favor. Los problemas a su alrededor eran comunes, y Dante la había puesto sobre aviso en más de una oportunidad cuando hablaban por teléfono o Skype.

—¿Qué quieres, Angelo? —se cruzó de brazos para enfrentarlo—. No te ayudaré en nada ilegal.

—Suficiente tienes con tu familia, lo sé. —si no quería que el comentario fuese ácido, tenía una jodida facilidad para hablar y camuflar el significado real—. Ya te dije: quiero conversar contigo. Ya está.

Sonó inocente y sincero, pero no del todo como para convencer a Danna de bajar la guardia y permitir que este se sintiese seguro. Aceptó, pero puso sus condiciones. La primera, que no hablarían del trabajo como agente. Angelo estuvo de acuerdo, y bromeó al respecto; no le valía ser interrogado por ella porque terminaría en la cárcel. Segundo, tampoco sería tema la inmobiliaria y lo que su padre fue a hacer. Segundo término admitido para vetar. Y tercero, Dante. Ningún comentario en desmedro de su hermanastro. Él puso mala cara, pero encogió sus hombros y la invitó a caminar. No lo prometió, por lo que saldría en cualquier momento que pudiese.

—Pensé que no estarías aquí. —dijo al voleo. Marie, curiosa también, le contó que Angelo estaba en Estados Unidos. Quiso advertirla, según sus propias palabras.

—No se puede abandonar el lugar donde están tus raíces. —caminó a la misma velocidad que la italoamericana, y le rozó el hombro varias veces. Danna no se inmutó—. ¿Cómo has estado en esa ciudad tan ruidosa?

El comentario le produjo risa. Ruidosa era justo lo que ella amaba y uno de los tantos motivos por los que había emigrado. Nápoles era muy calma, pacífica. Y deseaba más. No se sentía napolitana. Tendría la etiqueta doble de por vida.

—Bien. —no daba muchos detalles de su vida. Ni siquiera con su familia—. Ajetreada, pero no puedo quejarme de eso. —más que mal, era lo que la mantenía.

Un tramo lo recorrieron en silencio, ella con los brazos cruzados y Angelo resuelto a la hora de caminar. Como ninguno dijo algo, Danna se frenó de golpe. Captó la atención del hombre, que también detuvo su paso y se le puso al frente.

—¿Qué pasa? —increpó el mayor.

—Que nunca eres amable, Angelo. Y ahora pareces empeinado por caerme bien.

Él rió y copió la pose de Danna. Tuvo que mirar hacia abajo para conseguir dar con esos caprichosos ojos azules.

—Estoy pasando por alto el hecho de que me dispararas. —se defendió—. Y que cada vez que intento acercarme, te alejas.

—No te disparé porque quise. Amenazaste a Dante. —transformó la conversación en un asunto personal.

Es posible que un par de años atrás, cuando tenía dieciséis, se le pasara por la cabeza usar la justicia a su absoluto favor. Y qué mejor que teniendo un arma que sabía manejar al revés y al derecho que la sacaría de más de un apuro. Angelo fue el primero en probar su puntería, todo por querer molestar a su hermanastro en una fiesta donde habían muchas personas pasadas de copas que celebraban sin ningún motivo. El punto fue ese; lo dejó en vergüenza y peor aún, nadie se olvidaría que Danna Costello tuviese los ovarios bien puestos para hacerlo. Le dio en la rodilla, pero a juzgar por el suave y elegante andar, no tuvo repercusiones en el futuro. ¿El motivo? Que hiciera suposiciones que entre los dos hermanastros existía algo más que cariño fraternal, lo que terminó por colmar la paciencia de la más joven y en esa época rebelde muchacha. Jamás había visto a Dante con otros ojos, pero Angelo tenía la cabeza tan jodida que era capaz de decir otras cosas peores.

—Ustedes los Costello siempre son de solucionar las cosas así, con violencia.

—¿También eres uno de nosotros? —por la sorpresa en los ojos ajenos dedujo que no tenía idea de la información que la agente manejaba. Eso

le valió para empoderarse de la situación—. Porque tus métodos para delinquir no son muy amigables o limpios que digamos.

—El trabajo amerita cierta disciplina, Danna. —estaban del lado opuesto y no llegarían a entenderse nunca—. Pero como quedamos, no hablaremos de eso. Quería verte antes de que decidieras regresar a New York.

—Qué amable de tu parte. —bufó con animada ironía—. Pero dudo que sea considerado uno, más si tiene cláusulas ilegales de por medio.

—Para ser una mujer que trabaja con la justicia, tienes tus valores un poco trastocados, ragazza. —sonrió de medio lado, audaz y confiado—. Hasta aquí te dejo, bellissima. Volveremos a vernos. —hizo una reverencia.

—Lo dudo. —dijo ella.

—Volveremos a vernos. —sentenció Angelo, convencido de que así sería—. Danna.—llamó su atención una última vez.

—¿Hm? —respondió.

—Mándale mis saludos a Giordana.

Danna también lo creyó, porque esa seguridad en un lenguaje codificado para que no lo entendiese, le caló los huesos. Mencionar a Giordana no fue en vano, porque activó miles de recuerdos aleatorios mientras sus piernas caminaron por instinto hacia su casa.

Capítulo 32

Sus primeras semanas en Nápoles fueron extrañas, rudas. No sabía hablar el idioma y nadie tampoco se preocupaba por enseñárselo de una forma didáctica y fácil. Su madrastra, quien apenas la miraba, contrató a un profesor especializado en italiano, que solo la atareaba más y más con palabras y tiempos verbales que nunca aprendería. Dante, quien le llevaba por unos cuantos años, trataba de explicarle algunas cosas, pero era lo mínimo. Su padre hablaba inglés, y cuando estaba en casa ponía todo de su parte para que Danna se acostumbrara por fin a este desafío. En cuestión de años, según todo el mundo, se desenvolvería con gracia y seguridad entre sus pares. Pero para que pudiese hablar con otras personas, lo esencial era eso. Hablar.

Una mañana, la pequeña curiosa jugaba en el inmenso patio trasero de la mansión, con una manta amarilla en el césped y una pila de juguetes sobre ella. Barbies, tazas de porcelana, muñecos de felpa y accesorios la rodeaban por completo. Solía desordenar como si cuatro niños la acompañaran, pero dejaba todo en orden. Para eso tenía un tarro de color naranja donde las cosas cabían en todas posiciones pero que jamás se llevaba sin importar lo nuevo que llegara. Entretenida con el cambio de ropa a una de las tantas muñecas a medio vestir o desnudas, no notó la presencia de su madrastra, que recorrió toda la extensión del lugar sin siquiera verla o preguntar si necesitaba algo. Sus intrépidos ojos azules la vieron aterrizar en el rosal que tanto cuidaba y que daba unas hermosas rosas rojas, intensas como la sangre. La mujer llevaba guantes y una canasta en la diestra. Su curiosidad creció tanto que sin preocuparse dejó la muñeca a un lado y fue hacia Giordana para intentar conversar con ella.

—¿Puedo ayudar en algo? —juntó las manos sobre su pintoresco vestido azul con líneas blancas.

Su padre se preocupaba de la ropa y de todo lo que necesitase. No sabía por qué la mujer rubia de sonrisa congelada, —porque pocas veces la había visto sonreír—, no podía encargarse. Lo hacía con Marie, y no la veía poniendo caras o devaneos a su padre. Pero claro, la menor de los hermanastros era su hija. No podía competir contra eso.

Giordana apenas quitó la vista de las flores para escanear a la pequeña. Movi6 la cabeza hacia un costado y permaneci6 quieta por unos segundos que para Danna fueron eternos.

—Va bene. —habló, y como Danna entendi6, soltó un suspiro—. Non ti dà fastidio sporcarti le mani?

¿A qué niño no le gustaba ensuciarse un poco? Más si era con barro. Podría tomar una ducha y estaría como nueva. El único problema fue el vestido. Ese no quería mancharlo porque era posible que su padre se enojase por su falta de cuidado. Se sintió en un problema tremendo. Giordana aceptaba pasar tiempo a su lado, pero si se iba a cambiar podría perder la posibilidad. Antes de poder usar su infantil raciocinio, asintió. Eso complació a la mujer, que por primera vez mostró los dientes.

—Ho bisogno che tu vada nel capanno a prendere una pala, un rastrello e dei bastoni lunghi e sottili.

No quiso hacerla esperar. A saltos y otros tramos corriendo, llegó hasta la puerta. Estiró sus piernas lo más que pudo hasta conseguir deslizar el pestillo y abrir la puerta. Estaba oscuro, pero encendió la luz antes de adentrarse. Olía a pasado; humedad, tierra amontonada y productos químicos. Eso no la detuvo en su afán por complacer a Giordana, y en menos de lo esperado halló las estacas que había descrito como largas y delgadas. Las juntó en una mano y siguió su recorrido hasta encontrar la pala y el rastrillo de mano. La esposa de su padre se tomaba muy en serio la jardinería, por eso lo hermoso del paisaje que dejaba a la vista con la naturaleza que cuidaba con esmero. Se distrajo un momento con la cortadora de césped, cuando la luz artificial se apagó por completo. Se giró de un salto y se asustó cuando no fue capaz de ver la salida.

—¡Giordana! —gritó con la intención de ser escuchada—. ¡Estoy encerrada! —aumentó la desesperación en su voz cuando no hubo respuesta.

Silencio. Esperó junto a la puerta, con la cabeza pegada en la madera. El pestillo estaba puesto o de otra forma habría sido capaz de abrir por su propia cuenta. El calor aumentó de pronto, y sin nada para tomar, más deseos le dieron de beber limonada. Sus pequeños puños azotaron la puerta, y cuando se cansaron fueron los pies los que reemplazaron la tarea. Por más que aporreaba, del otro lado menos intención de abrir. Las lágrimas no tardaron en bajar por sus mejillas, unas que no ocultó. No había nadie junto a ella, para que la protegiera. Nadie prestó auxilio, y pronto se cansó de gritar. Comenzaba a dolerle la garganta y estar de pie se le hizo pesado. No tuvo más opción que sentarse sobre el plástico de la podadora y apoyar los codos ahí. El tiempo pasó lento, tanto que el sueño apuntó en cada dirección que miraba. Repasó en su mente todas las canciones que se sabía de memoria, incluyendo esa que tanto le gustaba a su madre. Nada.

—¿Qué voy a hacer? —susurró con temor.

Como si las cosas no pudieran haber empeorado más, su vejiga le pidió a gritos desesperados una visita al baño. Juntó las piernas y pensó en otra cosa, pero era una bomba de tiempo que acabaría por explotar si no

conseguía salir. El dolor en el abdomen la superó y avergonzada, terminó por liberar los vasos de limonada que había bebido horas antes, después del almuerzo. La orina escurrió por la piel desnuda de los muslos y también en el artefacto donde estaba sentada. Sintió que el cuerpo se relajó y que la punzada bajo el vientre disminuyó hasta ser inexistente. Compungida volvió a intentar ponerse en contacto con el mundo exterior cuando creyó sentir unas voces en el jardín.

—¡Estoy encerrada aquí! ¡Ayuda! —exclamó con la esperanza de ser rescatada.

Sus manos llamaron a la puerta y no tardaron en abandonarla cuando una figura grande y adulta por fin salió a su llamado. Se echó hacia atrás, asustada, y cuando su padre apareció del otro lado, corrió a abrazarse de su pierna. Alessandro blasfemó en italiano, — el tono fuerte y la rapidez de las palabras lo dijeron todo—, y no tardó en tomarla en brazos a pesar de que el vestido estuviera mojado. Ese fue otro motivo para que el mayor perdiera la paciencia y buscara culpables. El sol le dio justo en los ojos, y le dolió hasta mirar al frente. En el camino, se encontró con sus juguetes. Todo estaba igual que antes de desaparecer. Giordana ya no se encontraba, y después escucharía por parte de una de las jóvenes del servicio que había salido con unas amigas. Ahí se dio cuenta que no era bienvenida en esa casa, no de parte de la mujer de su padre, y que lo que sucedió no fue un error o coincidencia. Lo había hecho todo calculado, esperando a que ella, inocente, deseara y la buscara para que todo pareciera así. Su padre tampoco se enteraría, ni siquiera años después.

Una ducha no bastó para quitarle el miedo y la pena, pero supo disimularlo frente a Alessandro, que pasó el resto de la tarde con Danna para intentar hacer que se olvidara. Jugaron y se les unieron Dante y Marie, que tampoco supieron, con quienes se sentía a gusto pese a que los conocía desde unos cuantos meses. Los quería, sí. Ellos hacían que vivir en esa casa, cuando su padre no estaba, fuera mucho más sencillo y feliz.

No sería la primera vez en que su madrastra marcaría territorio de esa manera, ni tampoco la última. Se había hecho una promesa al permitir que su esposo trajera a la bastarda a vivir con ellos. Jugaría el papel de mujer comprensiva y cariñosa cuando estuviese, pero no todos los días serían soleados para la italoamericana. Se encargaría de que fuese un infierno para ella, que no tuviese sentido seguir viviendo ahí, y con un poco de paciencia los años pasarían y Danna desearía irse al otro lado del mundo, donde Alessandro no pudiese estar pendiente de ella como solía hacerlo. Giordana sabía que Danna era la debilidad del hombre; era el fruto del amor con Danielle, y era un espacio que ella jamás ocuparía sin importar los hijos que le diese o el anillo que tenía en el anular. La mayor de los Costello, para su desgracia, sería el vivo retrato de la mujer que le

robó el corazón y la atención del patriarca de la familia. Y por eso, tenía que pagar las deudas de su madre.

Capítulo 33

Bastó cerrar la puerta de la entrada para que su padre saliera de la oficina, una parada estoica y sin pie a prolongar más la charla entre ellos para que el semblante de Danna cambiase en un abrir y cerrar de ojos. La esperó para que no volviera a arrancarse. El momento había llegado, por más que pensó que su padre se echaría hacia atrás y lo dejaría pasar. El señor Costello no permitiría que Danna se saliera con la suya, menos si eso la ponía en peligro. Lo que menos quería el hombre era verla sufrir o en una situación donde no él no pudiese interferir. A la joven no le quedó más remedio que hacerse en el interior y callada, recorrer la distancia hasta el escritorio amaderado. Se sentó, echó el cuerpo para atrás y cruzada de brazos con los huesos presionando su estómago, aguardó por su padre. Resultó ser que Alessandro no estaba ni en la empresa ni en un almuerzo de negocios, y hasta el último momento en que se encontró con él, creyó que se había salvado.

El hombre, atractivo, alto y con carisma en el rostro no demoró más el asunto. Al frente, imitó los gestos de su hija, con la diferencia que los dedos estaban entrelazados y los codos sobre la superficie. Había espacio entre todos los papeles, artículos de oficina, fotos y el computador para que su padre mostrara su prestancia y superioridad. Danna lo admiraba en cada una de las cosas que hacía, incluso si no eran muy legales. Aprendió el negocio gracias a su progenitor y sobre estos en general, lo que la llevaría a estudiar una carrera destinada al buen comportamiento de una empresa, y que al final se transformó en lo que abrió las puertas al mundo de los agentes.

—¿Ahora sí me vas a contar sobre el FBI? —no dejó espacio a que Danna intentase mentirle.

Sucedía la mayor parte de las veces cuando intentaba no preocuparlo.

—Es una verdad a voces, ¿no? Todos lo saben pero esperaron a que tú dijeras algo. —reprochó de vuelta.

—¿Sabes lo mucho que te expusiste esa noche?

Alessandro abandonó cualquier rastro de mediación y los ojos se le tiñeron de una neblina oscura e impenetrable. Danna era territorio peligroso; la única persona que mantenía vivo los recuerdos de su amada Danielle exponía su vida día tras día tras un uniforme y un arma con unas cuantas municiones para percutir. Y lo que le clavaba el pecho hasta hacerlo sangrar, era que ella se mantenía reacia a cambiar de parecer.

—No más que en otras oportunidades, padre. —defendió su profesión con pasión. No dispuso de tiempo para pensar en una respuesta más

elaborada. Solo lo sintió en las entrañas y quiso soltarlo.

Tampoco era la primera vez que se ponía en riesgo. Los gajes del oficio la llevaban a hacer todo tipo de cosas, no el capricho de creerse inmortal. De pronto miles de ideas se le fueron acumulando y el inmenso espacio se transformó en un cuarto de un metro por uno con el aire condensado en una fórmula caliente y nauseabunda, imposible de respirar. Si Alessandro pretendió hacerla cambiar de opinión, fue claro que no estaba dispuesta a darle el punto.

Su padre, frunció el ceño en total desaprobación. Tenía claro que no estaba en sus manos pedirle a Danna que abandonase sus labores como agente, pero sí que pudiera ser más cuidadosa y no pusiera su vida por delante de cualquier cosa, sobre todo cuando ella misma no permitía que sus familiares se enteraran de lo que sucedía del otro lado del globo terráqueo. Advirtió la misma actitud temeraria que Danielle, porque si algo sabía con certeza, era que los genes estaban ahí para materializarse en algún momento. Su hija se lo demostró desde la primera vez que la tuvo en brazos y no dudó que su madre se sentiría orgullosa de la maravillosa obra de arte que representaba la joven, su amor incondicional.

—¿Por qué no nos contaste? —volvió con un tiro eficaz, justo en el blanco.

—Porque no me gusta que se preocupen. Y porque tampoco quiero que viajen.

No por vergüenza entre sus compañeros porque habría sido lo último en su pirámide de prioridades, era otra cosa. Molestia. Que intentasen, en particular Alessandro, crear esa atmósfera familiar que ella rehuía con intención y sin maldad, pero que la ayudaba a estar en su propio ambiente sin sentirse culpable. ¿De qué? De vivir alejada de ellos, por supuesto, y de no tener las mismas tradiciones o sesgos morales que los demás integrantes de la familia. Cosas que no celebraba, por ejemplo.

Alessandro la escrutó por largo rato. Intentó dar con el que había sido su punto de quiebre en el pasado pero solo vio unos hermosos ojos azules y una mirada llena de incógnitas que no pretendían ser descubiertas. No aceleró el flujo de las oraciones, siempre había sido un hombre apasionado pero centrado en cuanto a las palabras y el tono que usaba para hacerse notar. Un caballero hasta en los momentos donde otros perderían la cordura. Los Costello por lo general eran así, salvo Danna. Porque ella era diferente a los ojos de extraños y a los propios, había hecho hasta lo imposible para desmarcarse del clan y lo conseguía con creces. Era digna hija de su padre, pero jamás se lo diría. No le gustaría

verse envuelta en el mismo paquete.

—¿No crees que soy yo quien decide si debe preocuparse o no? —no esperó respuestas. No quería ponerse al mismo nivel de la italoamericana, quien de por sí siempre estaba lista para salir al camino y hacerse notar—. Y lo que hiciste, Danna Beatrice, fue un acto irresponsable y egoísta.

Abrió los ojos, impávida ante lo que su padre acababa de decir. No terminó de creérselo hasta que vio en su mirada la seguridad para no dar pie atrás. Egoísta. Dijo justo lo que todos pensaban de ella, —los que se atrevían a hacer conjeturas basadas en su manera de trabajar, comentarios o la manera fría para relacionarse con otros—, y que tenía razón de ser viéndolo como Alessandro lo exponía. Si serlo significaba no ponerlos sobre aviso para no preocuparlos, entonces se llevaría el primer lugar con orgullo. Aún así, fue incapaz de salirle al paso y de refutar con el mismo ímpetu que proporcionaba a la hora de una investigación. Se quedó con el semblante de su padre, con la calma del lugar y solo fue capaz de una sola cosa: ponerse de pie y darle la espalda.

Se negó al diálogo y a ser increpada. Era su jodida vida, y no pretendía involucrar a ninguna persona más que a ella misma. Y a Dean, pero porque el cabrón estaría con ella de por vida hasta que uno de los renunciara o los despidieran. Peor que eso, si uno de los dos terminaba muerto.

—¿Tengo que avisarte para que Giordana se entere y que haga un aquelarre para que me muera? —murmuró con despectivo acento. Escupió las palabras, una a una.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto, Danna? —Alessandro subió la conversación unos cuantos tonos—. Sabes que Giordana solo quiere que estés bien, como todos.

Nada. No tenía nada que ver en la conversación, pero fue lo primero que le vino a la mente. Pensar en ella era igual que diez mil clavos atravesándole la piel hasta el otro extremo y ver cómo la sangre se esparcía por su cuerpo hasta el suelo. E incluso si su padre no veía la maldad de su madrastra, ella fue consciente en el poco cariño que mostraba al verla. Todos se daban cuenta pero su progenitor solo ponía paños fríos a un volcán que nunca dejaría de echar humor. Nunca serían amigas y Danna la consideraba una de sus peores enemigas. A la que jamás podría tocar porque era la madre de sus hermanastros.

Cruzada de brazos, la joven de ojos transparentes fue la que avanzó unos pasos más y se volteó para enfrentarlo. En ese momento estuvo preparada. Más que nunca.

—Tiene que ver, padre. —asintió para darse la razón—. ¿Acaso no le conviene que yo deje de existir? ¿No es eso lo único que desea a toda costa? —farfulló.

—Danna, per favore. Sé que las cosas entre ustedes no han sido buenas ni que tampoco lo serán, pero Giordana sería incapaz de desear tu muerte. Además, sigue sin unirse con lo que sucedió en la estación de metro.

«¿Y la de mi madre? »

Justo lo que necesitó para cambiar de tema. Lo que había esperado durante mucho tiempo se servía en bandeja de plata frente a sus ojos. No desaprovechó la oportunidad para hacer notar todo lo que bullía dentro de su ser, una explosión de emociones contenidas, existentes pero que no podía expresar.

—No la veas como una pobrecita, ¿quieres? Que no lo es. —por primera vez, Danna expuso un lado confrontacional contra su padre. Le picaron las manos y tuvo que cerrarlas en puños para aminorar la sensación de hormigueo—. Durante años me hizo la vida imposible, me denostó y me maltrató...¿esperas que ahora me crea todo ese papel de mujer madura y amable que quiere mostrar? —Negó, afanada en la idea de no dejarse llevar por el buen corazón de su padre.

—Sé que ha cometido sus errores, Danna. —el padre, abrumado por la situación, cerró los ojos y apoyó la cabeza entre sus manos.

Danna tuvo la intención de dar unos cuantos pasos hasta llegar donde se encontraba y consolarlo, pero los pies no siguieron sus instintos y se mantuvieron clavados en el suelo.

—Más que errores, padre. Mucho más que simples errores. Lo que hizo conmigo fue despiadado.

No permitiría que su padre, por muy enamorado que estuviera de ella o fingiera estar, aminorara todos los episodios de rechazo y denostación que Giordana le había hecho pasar. Dudaba que existiera amor entre ellos, sobre todo por parte de Alessandro, pero la defendía y eso era motivo de peso para no involucrarse mucho. Su madrastra la había quebrado en miles de fragmentos, cada vez más pequeños hasta no dejar más que polvo a su paso, y que sin importar los años que pasaran seguiría extrañando por las noches cuando no conseguía dormir y buscaba en su cabeza algo que le ayudara a reencontrarse con la niña que solía ser.

—Hizo lo que pudo... —sonó a disculpa, amarga y prolongada—.

...tampoco fue fácil para ella saber que vivirías aquí con nosotros.

Por supuesto que eso lo entendía. Hasta cierto punto porque ella no tenía a nadie para que se hiciera cargo a excepción de su padre. Agradecía, aunque no correspondía porque era su labor, que la llevara con él a la ciudad y que se hiciera cargo de todo lo que llegase a necesitar. No todo lo vivido en esa casa resultó malo, pero esas experiencias no las borraría ni aunque hiciera terapia toda la puta vida. Estaba marcada, como los animales del ganado, como víctimas de violación de derechos humanos. De por vida.

—Tampoco fue fácil para mí saber que viviría el resto de mis días sin mi madre. Pero eso no era una excusa para que se comportara como una cabrona. —no pestañeó. No habían lágrimas en sus ojos.

—Entiendo, figlia. Nunca dejaré de sentirme lo suficientemente culpable por lo que tuviste que pasar. —cruzó palabras atragantadas en la garganta, atormentado.

No deseó verlo de esa forma. Alessandro era un buen padre y un buen hombre, no merecía pasar malos ratos y menos a costa suya, de su hija mayor. Y el hecho de que siguiera con esa mujer hizo ver lo comprometido que se sentía por la familia, por lo que tanto había trabajado para construir.

—No quiero que se preocupen por mí. Es todo. —buscó dar por terminada la conversación. No servía de nada seguir—. Y si soy irresponsable, es bajo mi responsabilidad. —bromeó, pero no hubo tintes divertidos en las palabras.

—¿Y si algo grave te sucede?

—Entonces haré que Leonard se ponga en contacto con ustedes. No puedes intentar protegerme toda la vida.

—Lo haré mientras esté en mis manos.

Su padre interfirió en su espacio personal y la abrazó. El tacto se sintió familiar y cálido, nada comparado con las otras veces en que gente desconocida trataba de tocarla. Cerró los ojos cuando el mentón hizo contacto con el hombro masculino, y se quedó ahí un buen rato. Oyó el latido de su corazón, el que no pudo evitar sentirse invadido por la misma sangre que corría por sus cavidades y le daba vida. Reposó las manos tras su espalda y se aferró con fuerza.

—*Tu sei la mia vita, bella.*

—E tu la mia, padre.

Nunca podría echarle la culpa por lo que no vio o por lo que dejó de ver. Él era una pieza más en el juego macabro de su esposa. Pasó de rey a peón en cuestión de segundos y sin que lograra darse cuenta. Danna tenía una misión, una que sin importar los años que le tomase, volvería a retomar y a cumplir. Se lo debía a las personas que amaba, tanto por los que no estaban, por los que nunca estuvieron y aquellos que seguían con vida.

Capítulo 34

—¡Nos vemos mañana, Leonard!

Besó la mejilla de su mejor amigo y le regaló una sonrisilla entre nerviosa y contenta que fue respondida de la misma forma. Leonard movió la mano derecha en el aire con los dedos extendidos para acariciar la abstracta sustancia, mientras que la otra permaneció sostenida por su madre. La mujer, de cabellos claros y brillantes contra la luz del sol, hizo el mismo ademán; siempre parecía contenta de tenerla en su casa, donde la cuidaba hasta que su madre regresara de las clases por la tarde. A veces Danna no podía ir con Danielle y era un alivio tener a su amigo justo al lado. Prefería estar con ella, pero de todas formas pasar más tiempo con él le gustaba, porque eran amigos. Nada los separaría y contaba con ello. Sería un hombre importante en su vida.

Su madre no conversó como de costumbre, ni tampoco avanzó con paso precipitado hacia su casa. Se le veía contenta y animada, y Danna pensó que quizás se debía a que la lección fue más fácil de enseñar de lo que pensó mientras ensayaba en el patio. Traía una bolsa de papel rebosante de cosas contra el pecho y la vista puesta al frente. Fue claro que deseaba estar pronto en el interior. La pequeña miró hacia la derecha, pero no había nadie en la entrada de la casa de Leonard. Por la mañana volvería a repetir la rutina, una de la que no se aburría.

—¿Qué tal estuvo el día? —Danielle regresó a la tierra, una donde su hija seguía caminando a su lado.

—Bien. Comimos una cosa rara con Leonard. —no supo el nombre. El alemán era tan complicado que apenas entendía un poco.

—¿Pero te gustó? —al ver que su pequeño tesoro asintió, se dio por aludida—. Me alegro. Oye... —se detuvo justo antes de meter la llave en el cerrojo—. ...te tengo una sorpresa.

Curiosa, esperó porque alguno de los objetos de la bolsa terminara en sus manos. Galletas, un juguete, un jugo. Cualquiera cosa la hacía feliz, no costaba darle en el gusto o sorprenderla. Tampoco exigía muchas cosas. Con tener a su madre le era suficiente para estar feliz y plena. Sin embargo, lo que vio al poder entrar a su hogar la dejó sin palabras. Esperó sin dar más pasos. Quería confirmar que quien estaba ahí era real y no se difuminaría en cuanto pestañeara. De hecho, hasta eso dejó de hacer. Los ojos azules como dos piedras preciosas, investigaron todo a su alrededor. Volvió la vista hacia su madre, que puso la mano sobre el hombro derecho y presionó con cariño.

—Mira quién ha venido a verte... —sonó melosa y emocionada.

—Ciao, bella Danna. ¿No saludas a tu padre? —el hombre, abrió los brazos luego de ponerse de pie.

La perplejidad de la pequeña cara, algo confundida con la sorpresa pero no menos contenta, soltó la muñeca que llevaba en una mano, corrió, —aunque solo fueron unos cuantos pasos por la distancia en que Alessandro ya se encontraba—, y saltó a sus brazos en cosa de segundos. El olor a perfume masculino y que iba a la perfección con su padre se le impregnó en la ropa y en las manos. Sus dedos los enterró en el cuello y se aferró a él. Seguía siendo real. Su madre ya estaba en la cocina, donde los observaba a la distancia pero no menos presente. Ella también estaba feliz y de una forma diferente a otras veces. Lo vio en sus ojos, igual de claros que los de Danna. Cuando Alessandro la bajó, protestó un poco pero se dejó. Arregló su vestido y miró hacia arriba.

—¡Qué bueno que estás aquí! —las manitas se agitaron por la emoción. Alessandro sonrió—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

Si pretendió permanecer alegre, la pequeña pudo eliminar esa sensación de un instante a otro con su inocencia y curiosidad. No la culpó; solo deseaba pasar más tiempo con su padre y podía comprenderlo a la perfección. Hizo una mueca que para la mayor de la nueva generación de los Costello fue la clave para comprender que algo no iba bien. Pensó que fue ella la detonante, y miró a su madre para dar respuesta a sus dudas. Esta, apoyó las manos en la encimera ya preparada para explicarle a su hija cómo eran las cosas. Los tres se miraron en un triángulo peligroso y silencioso que terminó solo cuando su padre habló.

—Tengo que irme hoy mismo, pequeñita. —se puso a su altura y le tocó la nariz con la yema del índice—. Pronto intentaré venir más tiempo, ¿te parece?

—¿Qué tan rápido tienes que irte? —susurró.

—En dos horas más, como máximo. —vio la decepción en la mirada ajena, pero intentó que eso no lo perturbara mucho.

No le gustaba verla así, triste. Cuando viajaba, que sucedía pocas veces, intentaba consentirla en todo lo que deseara, que en su mayoría consistía en paseos y juegos con las muñecas que tanto le gustaban. ¡Ah, y cómo olvidar las tardes de té en el antejardín! Danna tenía una imaginación vivaz y podía inventar cualquier historia para empezar a jugar. Admiraba la tenacidad de la pequeña para entretenerse por su cuenta, pero sobre todo, para no dejar de sonreír aunque las cosas no fuesen como quería.

Eso hizo; se encogió de hombros y puso su mejor cara.

—Quizás después podamos jugar. —no habló de en las próximas horas, sino que de otra oportunidad en la que su padre pudiera quedarse con ellas.

Danielle regresó con un vaso con líquido hasta la mitad para su padre y un vaso largo y delgado con jugo para ella. Lo sostuvo y agradeció en lo que los pies la llevaron a sentarse en la alfombra. Estiró las piernas y bebió. El azúcar ayudó a que se sintiera mejor. Verlos a los dos juntos era parte de las cosas que todos los días por la noche pedía para que sucediera, y aunque fuese por un tiempo prestado, lo tomó como una petición aceptada y cumplida.

—Danna. —su madre la llamó—. ¿Le quieres mostrar a tu padre lo que aprendiste la semana pasada? —instó con una amplia mueca en sus labios. También levantó las cejas para instarle.

Ella dijo que sí, pero no con la boca. Se quitó la chaqueta, la que Danielle arrugó entre sus dedos, y avanzó con sigilo hasta posicionarse frente a su padre. Los latidos de su pequeño y fuerte corazón latieron más agitados de lo normal, clara señal del estado nervioso en que se encontró de repente. Era cierto que su madre se había encargado de enseñarle y tuvo la paciencia para ir corrigiendo y mostrándole cómo debía hacerlo. Intuía que era parte del proceso de hacerlos sentir orgullosos por sus acciones. Danna amaba la sonrisa de ambos y los ojos brillantes cuando conseguía hacer alguna cosa por su cuenta, independiente de qué tan sencilla fuese. Alessandro la tenía a ella como hija mayor, y como tal, la responsabilidad de dar el ejemplo a sus hermanastros estaba clara. No había margen de error.

—¿Qué es lo que aprendiste? —su padre la miró desde casi la misma altura. Ya sentado, no dejaba de verse imponente.

—Es una sorpresa para ti. —apuntó con el dedo índice hacia él.

Su madre no esperó más y puso la pista con la voz abajo, por si acaso la pequeña se sentía muy cohibida y olvidaba la letra o la pronunciación. Del modo que fuese, la progenitora sabía que Alessandro estaría feliz. Las notas musicales del principio causaron en el padre la sensación de relajación y reconocimiento; una canción italiana y con tanto valor emocional y romántico que Danielle era la dueña de los pensamientos que se dibujaban a trazos finos por su cabeza, materializándose en un mundo donde no había distancia que se opusiera a su amor, menos tradiciones sin sentido y que los mantenían más lejos que nunca. Ella era el amor de su vida y los dos lo sabían. Danna era el reflejo de ese cariño transparente

y sincero que se profesaban.

—Un gabbiano che vola via la tua bocca e' gia' sulla mia —repitió cada una de las palabras como había aprendido—. canta il vento la sua poesia il tuo corpo gia' cerca il mio —cerró los ojos para después seguir con la canción—. Tu sei sei tu... tu sei tu sei tu... dolce fiore blu - tu sei tu sei tu...che profumo hai tu...

Finalizó la estrofa y relamió sus labios ante la atenta mirada de su padre. Él sonrió con gran amplitud y la acercó a su cuerpo para abrazarla. Sintió el calor traspasar su ropa y buscó refugio ahí por un momento.

—¿Tú le enseñaste a cantar? —preguntó el hombre sin soltar a Danna. Se le notó complacido y sorprendido a partes iguales.

—Es una niña inteligente, Alessandro. No me costó nada. —Danielle los observó con ternura. Así era como quería ver a su familia, unida.

—Oh, eso lo tengo muy claro. Es igual a ti. —puntualizó él, con gesto enamorado—. Ha sido una agradable sorpresa. Gracias, Danna. —besó la sien de la pequeña.

Danna, alegre por haberle regalado ese momento a su padre, estuvo el resto del tiempo que les quedaba con una actitud parlanchina y adulta. Se olvidó de las tareas que debía hacer para el día siguiente, pero como su madre tampoco puso énfasis en que debía ser responsable, no se preocupó por recordárselo. Los minutos pasaron muy rápido, más que en otras veces, y pronto el italiano debió abandonar la casa familiar. Lo vio ponerse el abrigo largo de color oscuro, los guantes de cuero y el sombrero. Así se parecía a un hombre de las películas que pasaban por la televisión y que tenían gente que caminaba detrás de ellos, con choferes y toda la cosa. Hizo un puchero que nadie vio, y lo acompañó hasta afuera. Un automóvil le esperaba y un hombre de pie en la puerta trasera con las manos juntas observaba hacia el frente.

No quería despedirse.

—Sigue portándote bien y cuidando a tu madre, ¿está bien? —poco a poco Alessandro rompió el lazo de sus dedos sobre los de Danna.

Aguantó un poco más. Presionó para no soltarse. No respondió. Su padre suspiró y esperó a que Danielle se les uniera. Ahí, le tomó por la cintura con una mano y la besó con suavidad.

—Estaremos en contacto en los próximos días. —ella asintió ante el grave tono del hombre—. Y suerte en tus clases.

—Gracias. —con la palma en el pecho ajeno, la mujer buscó la distancia—. Y...cuídate.

Dos minutos después, las dos mujeres vieron el auto perderse entre las calles, sumidas en un gran silencio que las acompañó hasta la hora de dormirse. Danna no quiso que su madre le leyera un cuento ni tampoco que la esperara antes de apagar la luz. Los próximos días fueron igual de tristes; ni siquiera Leonard pudo sacarla de ese hermetismo en que estaba envuelta. Pasarían semanas antes de poder seguir con una vida más o menos normal y donde su padre casi no formaba parte presente y física. Deseó que Nápoles estuviera cerca de New York, porque entonces aunque fuesen dos horas de viaje, valdrían la pena si podía estar con él.

Capítulo 35

Las piernas la llevaron lejos, hasta la parte trasera del terreno y donde una casa mucho más pequeña pero no por eso menos elegante llamó su atención y la invitó a seguir hacia adelante. Con los brazos alrededor de su cuerpo y protegiéndose de un frío que solo existía en su mente, Danna golpeó la puerta. Esperó en silencio y con expresión perdida, infantil. Retrocedió varios años, todo gracias al espacio donde estaba. Era uno de sus tantos refugios y donde sabía nadie podía ponerla en tela de juicio. De pequeña conseguía meterse ahí, aunque fuese por unos minutos antes de que su padre volviera a encontrarla. Su sorpresa se hizo presente cuando el paisaje frontal de la puerta con pequeñas ventanas de adorno fueron cambiadas por un semblante cansado y adulto, cariñoso y familiar.

La nonna demoró en darse cuenta de quién estaba con ella, pero la sonrisa fue suficiente para hacer énfasis en que se sentía contenta de tenerla una vez más ahí. Miró hacia los costados, por si su hijo notaba que quería apartarla un momento, y la invitó a entrar cuando se aseguró que nadie interrumpiría su momento nieta- abuela.

—No pensé que regresarías tan pronto. —la anciana apartó un canoso cabello hacia atrás, y caminó con paso sano hacia donde Danna se encontraba.

—¿Tenía motivos para no venir? —sentada, apoyó el codo en el brazo del sillón y la mejilla contra la palma abierta.

—Tu madrastra, querida. Tu madrastra. —puntualizó junto a una enternecida sonrisa.

Danna suspiró. Al parecer su abuela era la única que se daba cuenta de la tensión entre ambas mujeres, o que al menos se atrevía a decirlo en voz alta sin escandalizarse. En eso se parecían.

—Ya. —dijo sin mucho ímpetu—. Pero eso no me impide viajar. Es mi casa también.

—¿Lo es, Danna?

La mujer, hermosa y con rasgos marcados italianos, sostenía una copa con bourbon y otra de vino. Las repartió como correspondía y se sentó en la mesa de centro, la que no tenía tantos adornos como era de esperar. Solían pasar por el mismo ritual cada vez que pisaba suelo extranjero y se había transformado en una tradición. La cercanía entre ellas fue desde el primer momento en que Zinerva la conoció; a pesar de que creía que la estupidez más grande de su hijo era embarazar a una mujer fuera del matrimonio y que encima no era italiana, se enamoró de la pequeña a tal

punto de defenderla de su madrastra.

Danna, repasó las palabras de su nonna, encogiéndose de hombros por reflejo. Compartían ese secreto, que no se sentía en su casa. Uno de los tantos secretos a voces que no diría por miedo a romperle el corazón a su familia. Si ellos no se daban cuenta de lo que sucedía, era problema suyo, porque la italoamericana no estaría dando indicios de la incomodidad que se ponía a gusto en su interior.

—Da igual. —mover la cabeza—. ¿Qué has estado haciendo?

Su abuela bebió de su copa, carraspeó y continuó con su improvisada conversación.

—Pintar y pasar los días sentada, como podrás ver. —soltó con un deje amargo.

Eso causó interés en la muchacha, que ya había girado la cabeza en la dirección contraria.

—Sabes que puedes ir a vivir allá. —como la nonna negó, ella continuó—. Giordana no tiene problema contigo.

—Pero yo sí con ella, cara mia. —puso una mano en la rodilla.

—¿Papá lo sabe?

—Lo sabe y lo acepta, Danna. Pero...hay cosas que desearía jamás haber hecho.

Supo lo que era. En su cabeza la imagen de su madre se ramificó por cada hebra de las neuronas hasta conectar una foto completa. Se arrepentía, después de tantos años, de haber permitido que Giordana se casara con su padre.

—Oh, no. —dijo antes de que la mayor comenzara su discurso—. No tienes la culpa de lo que pasó.

Jamás podría echarle la responsabilidad encima, ni por mucha verdad que resultase. Danna comprendía la época y el tiempo en que las cosas sucedieron, y si su nonna pretendía que se le fuese encima con recriminaciones, estaba equivocada. Era la persona a la que menos rencor le guardaba. Solo había cariño hacia la mujer entrada en años.

—Aún así, Danna. Siempre tendré el peso de la muerte de tu madre sobre mis hombros.

—Olvídate de eso, ¿quieres? —no midió sus palabras ni el tono molesto. Comenzó a irritarla con tantas disculpas y recuerdos—. Ya está.

Su abuela con pesar, movió la cabeza para darle la razón. Danna respiró tranquila por un instante. Vio que sobre el sillón donde estaba sentada un ovillo de lana y el comienzo de un tejido sobresalía del color oscuro de la tela. Estiró el brazo y agarró los palillos con cuidado para no arruinar su trabajo. Por lo visto y la longitud de los puntos hechos, llevaba poco tiempo.

—¿Y esto? —preguntó con la lana en el aire.

—Estoy haciendo un gorro para Marie. —sonrió al nombrar a la menor—. Quería uno para cuando fuese a visitarte en esa ciudad de quinta en la que vives.

El comentario le causó risa, pero escabulló el ruido en la copa cuando bebió. A ninguno le gustaba que estuviese ahí, eso se hizo una variable constante en su vida.

—¿Y crees que lo usará alguna vez? —tentó al diablo con la pregunta.

La mayor cambió el gesto a uno que denotó el déficit de calma. No eran tan solo los años, motivo que no era excusa para su poca paciencia, pero sí el ADN que corría por su cuerpo y que a Danna le indicó que la mujer había sido muy peligrosa cuando joven. Como ella.

—Estás obligada a invitarla.

No dijo más. Si ella lo decía así, se hacía. Sin preguntas ni dubitaciones. Fue lógico que invitaría a la más joven del grupo a pasar unos días a su lado pero primero tenía que cumplir en la universidad, y cuando tuviese un espacio disponible, agarrar las maletas y cruzar al otro lado.

Pasó casi dos horas con su abuela, conversando y ayudándole a decidir algunos tonos para su próximo proyecto. Al igual que ella, vivía el arte con un espíritu libre e ignorante, puesto que sin tomar un curso podía dominar diferentes técnicas y materiales con la misma profesionalidad que un experto y erudito en el tema. Le gustaba el impresionismo, e intentaba crear sus propias obras en base a otras que veía por Internet. También se había rendido a los placeres de la conectividad, por lo que se manejaba en Google con facilidad. Sus cuadros, los regalaba a sus amigos o los donaba a alguna parte donde desearan adornar. Muchos de ellos terminaban en la inmobiliaria, un adorno bien valorado por aquellos amantes de la pintura.

A Danna le gustaba pasar tiempo con ella. Era moderna y comprendía muchas cosas que ni siquiera su padre, unos años menor, podía. También estaba el factor de que Zinerva nunca le preguntaba por el FBI; no era

falta de atención, conocía a su nieta y ese era uno de los temas tabú para la italoamericana. Se entendían bien, la mimaba como si fuese una niña pequeña y no temía en preguntarle por el "jovencito alemán", término que llevaba la etiqueta de Leonard impresa. No la presionaba para que tuviese novio, pero sí para que saliera al mundo y experimentase. Menos para el matrimonio. No tenía que seguir las mismas tradiciones que su familia le había impuesto por años. Confiaba en que su nieta, una de las mayores y con quien más contacto mantenía a pesar de la distancia, rompería los esquemas y no se doblegaría ante los arcaicos pensamientos. Lo que no sabía de primera mano era que la figura femenina que tenía al frente ya había cruzado los límites hace mucho. No los conocía, de hecho.

Como bebió más de la cuenta, la italoamericana se quedó a dormir ahí, escondida como una verdadera cobarde. No descansó mucho, puesto que durante los vagos tramos de somnolencia, recordaba las palabras de su abuela. Pensó en su madre, en la vida que podría haber tenido junto a su padre y en los miles de momentos que pudieron haber construido. Una retorcida parte de su subconsciente gustaba de hacerla sufrir, dañarla más hasta ver de lo que era capaz.

La idea no la abandonó hasta entrada la madrugada, donde cerró los ojos y bloqueó algunas horas del día anterior. Volver atrás no ayudaría a traer a Danielle de vuelta, y bajo ese concepto era mejor no escarbar demasiado. De momento.

Capítulo 36

Lo más inesperado no fue que durmió como desde hace años no conseguía, sino que al regreso de su improvisada pijamada se encontró con una Marie histérica y que caminaba de un lado a otro en búsqueda de lo que Danna no vio. Todos parecían un poco revolucionados, incluyendo a Dante, quien en la mayoría de las veces se mostraba sereno y más lógico que los demás integrantes. Cuando entró por completo, relajó los músculos al verlos a todos. Hasta Giordana. Por un momento pensó que algo malo había sucedido con su padre, pero todo estaba en orden, al menos en ese tema. Él sonrió, y fue el responsable de traspasar la noticia.

—El padre de Angelo nos ha invitado a una fiesta hoy en la noche. —el tono de su voz la inquietó.

—¿Y? —respondió de vuelta. No le gustó la simpleza de sus palabras.

—Que tendremos que ir. —balbuceó Dante. Cruzó los brazos, molesto.

La idea, absurda, tenía a su familia dividida. Si no iban todos, porque con ella ahí se completaba el núcleo, darían que hablar y en el caso que no aparecieran, terminaría en lo mismo. La cuestión era convencer a su hermanastro para que dejara a un lado la batalla de ego con el napolitano y aceptase ir a pasar una velada sin resentimientos. Entendía lo que Dante sentía cerca de Angelo, porque ella tampoco creía que todo esto era hacer las paces, porque al menos los más jóvenes sí estaban enemistados entre sí. Pero lo cierto fue que apoyar a su padre era una cuestión de tradición. De respeto. Y ninguno de los tres podía salirse con la suya si eso afectaba en algo a Alessandro.

—E iremos. —contestó la italoamericana, ante la incrédula mirada de Dante. Asintió para dar más veracidad a los hechos—. Nos comportaremos como la familia que somos. —indicó con voz sostenida.

Lanzó una furtiva mirada a su madrastra. Ella también tendría que fingir por al menos unas horas que Danna era una visita más que bienvenida y que la convivencia entre ambas era sana. La idea no le gustó a la rubia pero dejó las quejas a un lado, tomó una amplia respiración y aceptó en total silencio. Su rostro se desmarcó un poco y una sombra en los ojos advirtió que no se hallaba contenta con la idea de ir, igual que su hijo. Seguro que se ponía de su parte para empatizar, algo poco propio de la mujer de su padre, pero que igual vio como un indicio de maternidad.

Coincidiendo todos en que harían el intento por sentirse cómodos en esa casa, se dispersaron hacia sus habitaciones con la forzada preparación para la noche. Contaban con unas cinco horas por delante, y es que las

fiestas de los D'Agostino partían temprano y terminaban al amanecer. Tuvo la esperanza de que su padre no quisiera estar mucho tiempo, y fue lo que usó a favor para calmar a Dante antes de que este saliera blasfemando por el pasillo hacia su refugio. ¿Tendría que ser muy explícita al pedirle que no llevase ningún arma? Esperó que no, porque muchas veces alertarlo era pedirle a gritos que lo hiciera. Esta vez no deseó tentar a la suerte.

Danna comió una fruta antes de ir a la ducha y empezar a arreglarse. No puso demasiado entusiasmo en el maquillaje o en el vestido, todo sería sencillo y fácil de olvidar. Sin llamar la atención podría pasar desapercibida. O era lo que a toda costa buscó cuando escogió una tela de color dorado sin tanto brillo y cortes, pero que igual la hacía verse elegante y distinguida, justo para la ocasión. Sobriedad, pero no dejando de lado el buen gusto. Marie no iba a permitir el poco esfuerzo en su atuendo. Y Dante no le permitiría esforzarse demasiado. Halló un punto medio donde ninguno pudiese reclamarle, porque lo que menos necesitaban ahora era una pelea por partida triple. Y vaya que ellos solían discutir con manos alzadas y voces cada vez más altas. Se reunieron todos en la entrada de la casa y así la abandonaron para emprender viaje unas calles más abajo, minutos en vehículo y que sería en ingrato silencio salvo por la música que la radio desprendía. Italiana y juvenil, pero que a ninguno de los integrantes les importó en demasía. Es más, todos fueron tragados por sus propios mundos, donde las preocupaciones fueron diferentes y la energía también.

—¡Oh, Alessandro! Es tan bueno verte por aquí. Creí que no vendrías. —el padre de Angelo le golpeó el hombro como saludo.

No vio nada malo en ello, y su progenitor tampoco, el que sonrió por la recepción. Todo se veía elaborado, femenino, lo que llamó la atención de Danna. Según lo que sabían, no existía ninguna mujer al lado del empresario ni tampoco rastros de la madre de Angelo, pero con un buen servicio de catering se podía conseguir lo mismo que teniendo a Giordana en la familia. Dante le puso una mano en el hombro para apartarla cuando el único hijo de D'Angelo apareció con una sonrisa amplia en el rostro. Iba directo a saludarla a ella, sin embargo no fue por ser un buen anfitrión. Quería molestar a su hermanastro y joder, cómo lo estaba consiguiendo.

—Buonasera, Danna. Estás preciosa. —Angelo desmarcó a los presentes y extendió una mano en dirección a la joven. Tomó la suya y la besó sin apartar la mirada de sus ojos azules.

No pidió permiso ni esperó porque la italoamericana aceptara. Fue drástico y decidido, lo que la dejó de una sola pieza. Volvía a jugar con fuego, pero por suerte Dante estaba lejos y entre otros jóvenes de su misma edad, saludando e intentando que esto no lo sobrepasara. Marie,

pegada a su padre, hacía lo propio entre los adultos.

—No tienes que hacer esto, Angelo. —fue clara en lo que había presenciado entre ambos—. No me uses.

Él rió, negó y relamió sus labios. Era un hombre atractivo. Su herencia italiana hacía mella en cada rasgo de su rostro, partiendo por los expresivos ojos y los pómulos marcados. Su sonrisa delgada por la escueta carnosidad de los labios, no dejaba inadvertida a ninguna mujer. Más que atractivo, era el tipo de hombre con el que Danna se habría acostado sin pensárselo, por una noche y después de eso nada. El napolitano tenía más o menos la misma concepción de Danna, con la diferencia de que sus planes eran mucho más íntimos y elaborados que el placer de unas horas.

—No lo hago. ¿Por qué siempre tienes que inferir lo peor de los humanos, bella? —musitó, sujetó dos copas de espumante y le tendió una—. Que Dante lo haga no quiere decir que todos seamos igual que él.

Uno de los grandes dones del hombre era que decía las cosas sin generar molestia en quien escuchase, pero de que derrochaba veneno, lo hacía. Una vez más infería que entre los hermanastros había algo más que simple hermandad, y ella no estuvo dispuesta a escucharle. Le dejó parado, con las copas en ambas manos, y con una mirada fulminante. Lo vio mirar alrededor; su ego estaba dañado y esperaba que nadie se diera cuenta de lo que acababa de suceder. Pronto Danna le perdió el rastro y procuró no volver a encontrárselo en la fiesta durante el resto de su estadía. Disfrutaría de los cócteles y la comida, pero abandonaría la cruzada que ella misma había emprendido con su familia cuando menos se lo esperaran.

Notó que aunque todo el mundo puso su atención en sus modales, la personalidad y en cualquier cosa que hiciera por más mínima, no se sentía del todo cómoda. No encajaba y jamás podría hacerlo. Con desdén, jugó con el anillo de su madre mientras que desde una de las esquinas, aguardó el momento perfecto para su fuga. No iba a ser la primera vez que lo hiciera, porque en el pasado se convirtió en una experta a la hora de escabullirse lejos de la mansión Costello. Ya saboreaba el camino de regreso a casa, su cama, la televisión o el simple hecho de estar sola. Pero nada de eso llegaría a concretarse cuando Marie, abochornada y con la respiración entrecortada, corría hasta ella.

Antes de hablar, puso la mano en su pecho, tragó saliva o tuvo la intención de hacerlo, y clavó la mirada asustada, en su hermanastra.

—Dante...Angelo...discusión...afuera... —soltó entre murmullos. No quería

que nadie más se enterase, y comprendía el motivo.

No estaban en su casa, ni siquiera era su fiesta y lo que menos le convenía a su hermanastro era ponerse a pelear. Danna barrió el lugar, repleto de personas sonriendo, conversando y bebiendo, para dar con su padre. Si él se daba cuenta de que algo no estaba bien, las cosas se pondrían peor de lo que serían si ella se encargaba. Al verlo, Giordana le lanzó una mirada justo cuando pasó la mano por su brazo para buscar la mano y sostenerla. Ella, en vez de reaccionar como su madrastra esperó, se volvió para cubrir a su hermanastra, quien todavía permanecía consternada. Algo muy malo estaba sucediendo allá como para que reaccionara así.

—Anda, llévame.

Sin un arma para usar como la última vez, a la agente se le agotaron los posibles recursos para llevar consigo. La copa fue la última, pero se bebió el contenido para reunir el valor necesario para hacerle frente a la situación. Necesitaría unos ovarios grandes, porque volver a enfrentarse a Angelo no iba a ser para nada divertido.

Cruzaron el salón hasta el amplio jardín, parecido al de la familia pero no más grande o mejor decorado, y le bastó con ver el grupo de personas para saber dónde tenía que ir. Como último apoyo, miró al cielo, suspiró y maldijo. El color oscuro y marino le calmó los nervios, y se le hizo fácil sentir que la nomenclatura de tonalidades se fundía en sus ojos, colmándose de esta.

«Dame paciencia o terminaré asesinandolos a los dos. »

Los tacones se enterraron en el césped húmedo pero no se detuvo. Si para ir hasta allá tenía que quitárselos, lo habría hecho. El volumen de los comentarios sobre los hombres fue subiendo en tonalidad y la música del interior perdió su fuerza. Ninguno de los otros invitados sabía lo que estaba a punto de suceder, pero no cantarían victoria aún. Primero tenía que apaciguar a las fieras, después, ponerlos sobre aviso. Su hermanastra, se quedó unos metros más atrás, sola y con los brazos cruzados. Era más sensible a la violencia entre los italianos. No se acostumbraría a ese derroche de adrenalina excesiva y masculina que cada cierto tiempo los ponía cara a cara con la promesa de un disparo que les quitara la vida.

—Debería haberte atravesado el cuerpo con una bala desde hace mucho tiempo. —Angelo no disimuló el odio hacia Dante.

—Siempre has sido demasiado lento como para conseguirlo.

Cuando Danna llegó adelante después de pasar por un mar de seres humanos morbosos a la espera de una pelea mayor, se interpuso entre ellos. Llegó tarde, porque Dante tenía indicios de sangre en el labio, un corte que no tenía antes de llegar ahí. Se había ido a las manos contra Angelo. Los miró a los dos cuando extendió los brazos a lo largo, separándolos. No obstante, también reparó en otra cosa. El dueño de casa tenía un arma, una que apuntaba directo a su hermanastro. No halló temblor en su mano, más bien una seguridad inquietante, al igual que su mirada. Era oscura, tenebrosa, sin embargo eso no la desarmó para volver a encararlo como años atrás.

—¿Pensabas disparar? —le dio la espalda a su hermanastro.

No le asustó tener el cañón a la altura de su pecho ni menos que fuera con espectadores alrededor. El napolitano, ladeó la cabeza, frunció los labios y movió la pistola hacia un lado. Quería que se apartase. No dio ni un solo paso para correrse de la trayectoria que marcó con su cabeza. En miles de ocasiones estuvo en la misma posición, tanto para defender a otros o como por ella sola, los gajes de su profesión, y en esa oportunidad lo único que fue capaz de hacer, fue romper del todo la distancia. Agarró el metal y lo bajó hasta el pecho. Presionó y notó que Angelo quiso alejarla del peligro que significaba que él apretara el gatillo.

—Danna, quítate. —dijo, más ella hizo como si no fuese capaz de oírle. Lo molestó, porque entrecerró los ojos—. No tienes que estar aquí. Este es un problema entre nosotros.

—Es mi problema cuando te metes con mi familia. —no bajó la mirada en ningún momento.

—¿Acaso Dante no puede defenderse solo? —respondió de vuelta.

Oyó algunos comentarios al respecto. Quería exacerbar su enojo y que fuese él mismo el responsable de echarla. Miró por encima del hombro hacia atrás. Su hermanastro ni siquiera se sintió tocado por la provocación, y sonrió. Dante iba a ser capaz de asesinarlo si ella no ponía un alto a la situación.

—Dante puede hacerlo a la perfección. Quien me preocupa eres tú.

Eso le molestó, al punto que bajó el arma, miró por encima del hombro de la italoamericana y rió despacio. Fue una mofa a lo que ella había dicho. Y él, seguro de su capacidad para acabar con los problemas, no se sintió ni un ápice amenazado. El arma, reluciente a un costado del pantalón de traje que usaba, brilló hasta que decidió guardarla.

—Por ti no lo haré, Danna. No por él. —concluyó con aires de

superioridad.

—No esperes que te agradezca el gesto, Angelo. —negó, más no apartó la vista de los ojos ajenos. Esperó no tener que devolverle la mano en el futuro—. Que pases una buena noche.

Angelo ensombreció su mirada cuando oyó a Danna. ¿Se estaba despidiendo cuando apenas hace unos minutos había llegado? Puso un pie por delante para acortar la distancia, pero ella fue más ágil y se apartó. Más que eso, le dio la espalda para no mirar atrás. El espectáculo había terminado. Muchos la vieron dirigirse hasta Dante, que ahora estaba con Marie; ella tocó la herida, lo regañó por haber sido tan estúpido y le pidió que por favor se fueran. Los escuchó discutir desde unos metros de distancia.

—Nos iremos. Los tres. —Danna no cedió ante la mala cara de su hermanastro—. No esperes que mi padre no note lo que acaba de pasarte. —estaba molesta.

—Se lo buscó. Lo sabes. —Dante levantó la voz, cosa que nunca hacía en presencia de otras personas.

La agente asintió. Sabía qué le había dicho a Dante: que se acostaba con su hermanastra. La manía de ese hombre por convencerse de que así era le ponía los vellos de punta y agotaba la paciencia de cualquiera. Marie pestañeó sin saber de lo que los otros dos hermanos hablaban, pero no tardó en agarrarlo del brazo y empujarle para caminar.

—No le hagas caso, ¿quieres? —si lo ignoraba resultaría mucho mejor para todos ellos.

—Lo voy a matar. Esa es la solución.

—No, no la es. Sigue en lo tuyo y no te metas en su camino. —acarició la mejilla de Dante y luego la golpeó con suavidad—. Vámonos. Le avisaré a nuestro padre.

Si los tres terminaban por marcharse Alessandro comprendería que la fiesta los aburrió y que no podía tenerlos forzados ahí. La cuestión era hacerlo sin que ni él ni Giordana supiesen el real motivo. Como las noticias volaban, supuso que no dudaría mucho tiempo escondida y que después de todo, la culpa recaería en los dos mayores, porque Marie siempre se veía arrastrada a sus juegos de alguna forma u otra. Malas influencias, eso eran.

Salieron por la puerta ancha luego que Danna avisara a su padre. Él la miró confundido pero no mencionó más. Algo no iba bien pero tampoco deseó averiguarlo ahí, en compañía de su esposa y empresarios, todos

inmersos en el aire festivo y alegre. Se despreocupó cuando su hija le prometió que avisaría cuando llegaran a casa. Confió en eso y les dejó partir.

Angelo les observó desde una distancia prudente, pero la intensidad de su mirada captó la atención de Danna, quien se volteó para buscarlo entre los invitados. Él, levantó la copa y bebió a su salud.

Volverían a verse, eso había dicho, pero no había mencionado que sería ahí.

Capítulo 37

Después de la fiesta las cosas se calmaron un poco. No al punto de pasarlo por alto porque su padre citó a los dos mayores a su oficina para conversar, pero al menos no se salió de control. Alegó que debían comportarse como personas adultas y no como adolescentes rencorosos; Dante meneó la cabeza en desaprobación porque para él ese tipo de comentarios eran un insulto a su temperamento, y Danna escuchó con interés. No le sorprendió lo que Alessandro dijo. Halló que tenía la razón. Se habían comportado mal, y casi dieron un espectáculo deplorable, pero las cosas no llegaron a ese punto. Los invitados estaban muy pendientes de la comida, el alcohol y los nuevos negocios a armar, como para prestar atención a altercados que no les beneficiaban ni dañaban en algo. Solo por eso su padre terminó el monólogo antes y los dejó salir. Marie esperó paciente afuera, y la mirada de desaprobación del mayor de todos cuando salió dejó en claro que tendría la mirada puesta en ellos y lo que hicieran de ahora en adelante.

Los próximos tres días fueron normales, por suerte. Conversaba con su hermanastra por la noche antes de irse a dormir y después con Dante bebía una copa de vino en la terraza mientras hablaban de todos los proyectos que vendrían para la inmobiliaria en las semanas siguientes. La agente pidió que una vez estuviese de vuelta en su casa él la pusiera al tanto de todo lo que sucedía. Hicieron una promesa que el hombre fijó no obviar, y que ella aceptó por conocerlo. Después de todo, era profesional y maduro, a excepción cuando se trataba de Angelo. Con la ausencia de Giordana por un repentino viaje con sus estiradas amigas, Danna se sentía mucho más segura al recorrer los pasillos, y se le notó en el cuerpo completo. Y en el apetito, porque durante su estadía comió mucho más de lo que acostumbraba en Manhattan. Valía la pena tener unas calorías de más si se trataba de comida casera, y encima italiana. Su familia disfrutó con su genuino y alegre estado de ánimo, donde parloteó sobre recuerdos familiares, —los felices y compartidos por los cuatro—, y la idea que le rondaba en la cabeza sobre su próximo cumpleaños. No siempre los había hecho partícipes de la celebración, pero de un tiempo a esa parte ciertas cosas en su vida habían cambiado, y supuso que para bien.

Una tarde donde no fue capaz de empezar a leer uno de los libros que Marie le prestó, Danna sacó su teléfono y revisó los mensajes que tenía. Nick fue el primero en obtener respuesta y después Leonard. El tercero pensó dejarlo para más tarde, pero el contenido bloqueó sus planes por unos segundos. Se vio ennegrecida por la incertidumbre y la confusión, lo que la forzó a cambiar de idea, salir de la aplicación y marcar el número. No esperó mucho por la respuesta del otro lado. Supuso que era justo lo que estaba esperando que sucediera.

—¿A quién se le ocurrió la idea de ponerme en ese caso? Si fuiste tú...
—no dio tiempo a un saludo. Sonó escueta.

Directo al grano fue que gruñó. Amenazante. Enojada. Danna.

—No, Danna. Eres una egocéntrica, ¿sabías? —Dean interrumpió, y su voz sonó plasmada en gracia. Hasta pudo verle sonreír—. Me comunicaron que estabas en el caso, es todo.

Haciendo una burla de todo, se hizo presente con despreocupación. Supo que el mensaje no fue la mejor manera de hacerle llegar la información, pero si la llamaba era más probable que no contestara. La conocía y ya había aprendido a medio entender su funcionamiento y aquellas cosas que repetía como patrones. Necesitó llamar su atención y ahí estaba, conversando.

—Hoy en la mañana el señor Moore me dijo que me comunicara contigo para hacerte saber que regresarías antes de lo previsto por un caso importante. Uno que no ha podido cerrar en meses. —bostezó—. Eres la que conoce la investigación al revés y al derecho. Tiene sentido que seas irremplazable.

Apartó el aparato para ver la hora en el teléfono. La diferencia horaria no tenía que ver con el cansancio del agente, sino otra cosa más interesante. Si había estado con alguien fue más que claro que ahora estaría con ella, descansando. Sonrió por la hipótesis que se armó en la cabeza y que solo quedó ahí. Lo que menos quería era que Dean creyese que era capaz de provocarle celos.

—¿Y no te dijo ninguna cosa? ¿Algo en lo que apoyarnos al menos?

Para arruinarle la noche, Danna cortó la comunicación para hacer una videollamada. Dean contestó con rapidez y se mostró a torso desnudo y la sábana cubriendo hacia abajo. Mordisqueó una de sus uñas y sonrió de medio lado. No fueron necesarias las palabras. Todo se veía muy claro, y él, más atractivo con ese aire entre cansado y seductor que fingió no hacer de manera consciente.

—No tengo mayor información, cariño. Como soy tu compañero entonces dijeron que tenía que hacerte saber lo que pasaba. Ponerme en contacto contigo y hacer que volvieres o tendrías problemas. Me ahorré lo de los problemas, por cierto. —negó con diversión, y bajó la cabeza.

El cabrón no disimuló la gracia que le hizo lo del regaño.

—Problemas, ya. —movió la cabeza para insistir—. ¿Sabes lo que pasa?

Que necesito que me hagas el favor de averiguar más.

—¿No te conformas con saber que seguro tiene que ver con algún delito de cuello blanco y ya está?

De ninguna jodida manera tendrían otro tipo de casos entre manos. ¡Esa era su especialidad! Con menos paciencia que antes, esquivó su respuesta.

—¡Él sabe que estoy de vacaciones en Italia! Dean, por Dios. No seas imbécil. ¿Puedes o no? —Exasperada, pasó los dedos por su cabello.

La risa del otro lado la sacó de sus casillas. Cuando regresara a Estados Unidos vería si Hawkins era capaz de comportarse de la misma forma.

—Vale. Calma. Lo haré pero seguramente tendré la información para cuando estés aquí. Porque vendrás, ¿cierto? —vio a Danna asentir—. ¿Puedo ir a tu casa cuando llegues?

No era de esperar que Dean buscara la manera de llegar a su casa como fuese, incluso si existían asuntos del bureau por tratar. Desde hace años que había jugado las mismas cartas y pese a que Danna fue muy directa ante las propuestas que él puso a su disposición e imaginación, ella supo negarse y mantener la línea profesional bien marcada. Habría dicho que sí, pero alimentar falsas esperanzas no era parte de la forma de ser de la italoamericana. Si era directa y dolía, hacía un buen trabajo.

—Mejor envíame un mensaje o llámame. —contestó con pereza.

Acomodó el teléfono cuando la mano se le cansó. El agente se dio cuenta porque frunció los labios hacia el lado para no reírse en su cara. Ya había lanzado suficientes bromas y sabía que la coqueta castaña tenía su tiempo limitado.

—Qué pesada eres, Danna. Ni estando en Italia puedes comportarte como una mujer amable. —puso los ojos en blanco, algo más cabreado por la poca amabilidad que encontró en sus palabras.

—Me lo pensaré. ¿Te parece bien, gilipollas? Si es que no consigo un novio antes de volver, aceptaré tu invitación a mi casa.

—Eso no te lo crees ni tú. Pero está bien. —aceptó y se pasó una mano por el cabello—. Esperaré a que te des cuenta que no encontrarás mejor compañía que yo.

—Te tienes en tremenda autoestima, Dean. —como no se conformó con la mirada sospechosa, también agregó el tono de voz—. Pero en serio necesito que me ayudes con lo del bureau. —Dean asintió—. No tengo

mucho por hacer desde aquí.

—Haré lo que pueda. —el agente resopló—. En serio. —reafirmó.

—Gracias, en serio.

—Tenemos una cita para cuando vuelvas. Me lo debes. —inquisidor, movió el rostro hacia la derecha—. Tengo que irme pero cualquier cosa te mantendré al tanto. Adiós, hermosa.

Antes de cortar Dean lanzó un provocador y descarado beso que la dejó callada y sin poder dar réplica. Lo había hecho con intención de dejarla con la palabra en la boca. Solo para no enfrascarse en una discusión infantil no volvió a llamar. Ya cuando regresara tendría oportunidad para recalcarle que no tenía derecho a hacer ese tipo de cosas. Menos estando con una mujer al lado.

Dejó el teléfono en silencio, incapaz de soportar más interacciones por el día, y se lanzó contra la cama con la esperanza inútil de poder descansar un poco. No esperaba que su jefe volviera a llamarla para trabajar pero ante eso no existían las negativas. Debía rendir como cualquier otro agente, sin pedidos especiales. Y ahora el deber le exigía que abandonara a su familia, volara al otro lado y fuera una agente con todas las letras y sus responsabilidades. Le costó asumir la idea de volver a la realidad tan rápido, y en su fuero interno deseó rebelarse y no aparecer. Supo a los pocos segundos que iba a ser imposible.

El lado profesional le presionó el pecho para que siguiera la línea ética. Y así sería, pero no significó que a Danna le diese igual dejar sus vacaciones de lado por un jodido caso.